

L H U N A   W H I T E

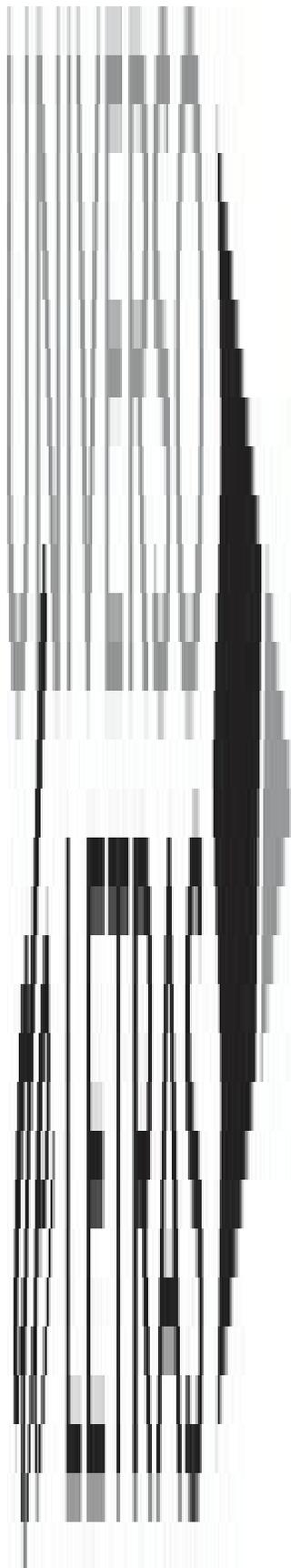
TAL VEZ  
UN QUIZÁ  
BASTE



UNIVERSO  
*de* LETRAS 

Lhuna White

**TAL VEZ UN QUIZÁ BASTE**



*Tal vez un quizá baste*  
Lhuna White

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Lhuna White, 2018

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras  
Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

[universodeletras.com](http://universodeletras.com)

Primera edición: julio, 2018

ISBN: 9788417274535

ISBN eBook: 9788417275921

# Introducción

Cierra con un portazo y se desliza sobre la puerta despacio, hacia abajo; le parece estar a kilómetros del suelo. Cuando por fin llega a la tarima y se sienta con la espalda apoyada en la puerta, cree que es el mejor rincón posible donde poder explotar en lágrimas, berridos y desesperación —pero ahogados y silenciosos, no os hagáis una imagen equivocada de ella; su orgullo es lo primero e imperturbable ante cualquier situación, por mucho que su corazón se pelee con él—.

Oye pasos, sigilosos pero pasos al fin y al cabo. Su orgullo sabe reconocer a un oponente aunque le parezca poco digno de serlo. «*Wow, vaya chica, cuánta dignidad y carácter*». Sí, también puedo escucharos a vosotros, y como personas inteligentes que sois, no os falta razón. Sabéis que no contaría esta historia a cualquiera.

Cree que ese momento es el principio de todo. El principio de una montaña rusa para la que no compró entradas. Y aun así, una buena mañana se encontró sentada frente a una pendiente enorme sin apenas seguridad que evitara un salto al vacío. «Ya sabéis lo que se dice, *la vida no es la fiesta que nos habíamos imaginado, pero ya que estamos aquí, bailemos*».

# Parte I

## El suceso

«¿¿Qué demonios?! ¿Es el cuero cabelludo lo que ven mis ojos? No me lo puedo creer». Desde que tengo uso de razón —que se atreva a aventurar fue antes de que sus padres se plantearan siquiera el concebirla—, este ha sido su mayor pánico. ¡Huy, huy, huy, esperad! Luego continuó con esos fantasmas que le provocan su pánico aún presente, ese que no deja de seguir alimentando a pesar de acercarse ya a la cuarentena. Al menos, si algo ha aprendido a sus treinta y siete años —edad supuestamente adulta— es la importancia de priorizar; y en este momento lo más urgente es el *regalo* —aunque no se oiga el tonito se intuye, ¿no?—, que se presenta frente a ella y que parece ir de mal en peor. Se acerca despacio y con mucho miedo —no puede negarlo— hacia el espejo —uno de esos de aumento que no sabía quién había inventado, pero lejos de ayudar a las mujeres, en su caso al menos, conseguía el efecto contrario. Llegado a este punto cree poder atisbar sus nervios ópticos; sí, sí, los dos. ¡Mierda! Teme que antes os ha engañado: quedarse sin pelo no es su mayor pánico, en realidad es este: ¡un pelo que le saluda desde donde nunca debería hacerlo! Más aún si en el DNI bajo la palabra «sexo» lo que veías era una «F», nunca, bajo ningún concepto, deberías encontrar un pelo dándote los buenos días en tu precioso y delicado mentón... Pero allí estaba, en su mentón, y no parecía ser reciente, la verdad. «¿Cuánto hace que no me observo con detenimiento? ¿Desde que tengo *nueva* pareja? ¿Desde que en el resto de mi cuerpo el láser asesinó a todas y cada una de las posibilidades de crear vida en forma de vello? ¿Acaso creí que las zonas no implicadas sentirían

pavor ante la posibilidad de ser las siguientes y no volverían a salir a la luz?». No dejó de preguntarse una y otra vez cómo había llegado el momento en el que cuidarse para estar fabulosa había dejado de ser una prioridad. Quizá ahora no tuviera a nadie que le obligara a estar —o al menos a intentar estarlo— perfecta a cada minuto. Este año y medio con Adrián estaba siendo relajado y sin presiones; todo lo contrario a su tiempo junto a Marcos. No caigáis en el error de que solo él era el malo de la relación al intentar imponerme esa perfección. Ella misma se obligaba cada mañana a pretender ser y estar estupenda. Bajo los cánones considerados adecuados por los clichés de la sociedad, sin causar así problemas o mala impresión a nadie, conocido o no. ¿Por qué? Quizá porque el «calla y observa» era el lema que se respiraba en su casa; «calladita y buena letra» recordaba que eran las palabras exactas de sus padres. En concreto de su madre.

¿Poner excusas absurdas en el trabajo para explicar el por qué llegaba tarde, que suele ser un día de cada dos?; frecuente en ella, muy frecuente si era sincera. Pero hoy no podía encontrar una excusa mejor. ¿Cómo podría acudir a la Secretaría General de la Seguridad Social con un pelo más grande que ella —aunque tampoco fuera difícil—, en su redondo, perfecto y proporcionado mentón? No, no, no, no, esa no era una opción. La gente espera ver una cara sonriente y tolerante a quien explicar qué le ocurre. Porque sí, no iba a exigir nada a ese ministerio: su trabajo consistía en escuchar las quejas y —los días de suerte— peticiones de todas aquellas personas que forman parte de la Seguridad Social. «¡Vaya rollo!», pensaréis. Pues no. Cada hora en su trabajo aprendía algo nuevo: un insulto, una excusa —que luego podía utilizar al día siguiente cuando se le

pegaran las sábanas—, un color de labios diferente, un nombre propio divertido... Todo tenía su lado positivo.

Así, entre reflexión y reflexión, observó en el reloj de la pared del baño —resistente a la humedad de ducharse con agua a cien grados la mayor parte del año—, que de nuevo llegaría tarde, y lo que es peor aún: su descubrimiento velludo aún seguía con vida. No sabía si tener un reloj en el baño era algo común. Ni sus amigos ni familiares lo tenían, pero tampoco es que supusieran un círculo muy amplio al que tener en cuenta. Son como esos estudios médicos poco relevantes por no contar con un número suficiente de pacientes que se hayan querido prestar a formar parte de ellos; que muchos de esos pacientes vayan a dedo por tener amigos importantes lo dejaremos para otro día en el que no tenga tanta prisa y pueda centrarme bien en el tema. Decide armarse de valor, coge despacio la delgada pinza de depilar que permanece oculta entre todo lo innecesario que hay en su neceser: maquillaje, pintauñas y demás enseres femeninos que debía guardar en otro sitio. Su descubrimiento parece sonreírle con sarcasmo e incluso crueldad.

Acerca la pinza a cámara lenta hacia él y...

¡¡Boooooom!!

¿La consecuencia del asesinato capilar perfecto? No, el pelo seguía ahí y parecía reír fanfarrón, y con más ganas aún que antes a la pinza, que se ha quedado a escasos milímetros.

«Vuelve, Claudia, vuelve».

Claudia permanece petrificada sin mover un ápice de su cuerpo, ni siquiera pestañea. Sus ojos son los únicos que se atreven a moverse de un lado a otro bajo los párpados, rápidos, inseguros y tan confundidos como ella. Un sonido fuerte, seco y violento se ha oído al otro lado de la puerta del baño. No tiene buena pinta. Asustada, se

acercas despacio a abrirla —aún con la minúscula pinza en la mano— y la desliza poco a poco. En su diminuta casa no hay espacio suficiente para puertas normales, así que están escondidas entre las paredes. Vamos, las puertas correderas de toda la vida, pero por dentro, no por fuera. O robaban tres centímetros o cuatro a los tabiques o se quedaban sin puertas. Debía reconocer que le dio un toque muy cuco y coqueto al piso —aunque Adrián odiara el uso de esos adjetivos para cualquier cosa con la que él tuviera algo que ver—. Para ella transmitían organización, si bien esta no se ajusta a ninguno de ellos, así que no podía evitar sentirse afortunada tras tomar la maldita decisión, aunque supusiera una de sus primeras discusiones en público, para deleite de empleados y clientes por el espectáculo gratuito. Solo les faltó repartir palomitas y bebida para todos.

Cuando al fin desaparece la coqueta, blanca —aunque ya más cercana a ser amarillenta. «Nota mental: limpiar las puertas», pensó resignada— y apropiada puerta hecha a medida, sus ojos se abren como platos ante la esperpéntica visión que se muestra frente a ellos: ahí estaba su pareja, compañero, novio o como queráis llamarle —menos marido—, sobre el suelo, boca abajo, sin moverse.

# **Parte II**

## **La batalla**

# Capítulo 1

## Poco a poco

La pinza se escurre entre sus dedos y se desploma, cayendo en el suelo junto a él. Tras un aterrizaje forzoso en el que tanto su cuerpo como sus extremos muerden el polvo de la tarima, que también necesita una limpieza en profundidad, se agacha —más bien se desploma— sobre sus rodillas y lo zarandea nerviosa, de manera agitada y hasta violenta.

—Adrián, cariño, despierta, despierta... ¡¡¡Despiertaaa!!! —suplica a su lado.

Tras unos segundos que parecen eternos, decide que lo mejor es llamar a emergencias, pedir una ambulancia, un helicóptero, reclutar a todos los *geos* —tanto en activo como retirados—; lo que sea necesario para despertarle. Salta sobre su cuerpo y va hacia el teléfono lo más rápido que puede. Sus dedos tiemblan, apenas puede marcar el 112, el 091 o cualquier número con sentido que le fuera útil en esas circunstancias. Entonces se da cuenta: «¡¡aún estoy en pijama!!». Y no se trataba de uno de esos perfectos que salen en las series de televisión, noooooo, es de los que te hacen parecer un saco de patatas con la palabra *antilibido* escrita en tinta transparente — que se hace visible, pero muy visible, solo cuando se apagan las luces —, sobre la rugosa tela cubierta de pelotillas... Así era ella: *sexy* solo en sueños.

«¡Vuelve, Claudia, vuelve!». Esto es grave.

Otra vez está dispersa y esta vez cree que va a superar su propio récord. «¡¡Si aún ni salí de casa!! ¿Cómo ha podido pasar esto antes del tercer o cuarto café? ¡Por Dios! Ni siquiera es una hora decente para salir a nuestra calle, donde suele pernoctar gente de dudosa honorabilidad».

¿Ansiedad? ¿Angustia? No, no... Es pánico en su significado más atroz y dantesco.

En ese momento, mientras sus dedos aún no han conseguido coordinarse, sus neuronas tropiezan sin control unas contra otras; las lágrimas de desesperación se miran entre ellas en un debate silencioso sobre si es el momento más adecuado para deslizarse sobre sus mejillas. Su mirada continúa fija en las teclas del teléfono fijo, a la espera de ser pulsadas, cuando le parece oír un leve gruñido. Se gira de prisa, a cámara rápida, y ve cómo Adrián intenta levantarse del suelo sin éxito. Vuelve sobre sus pasos —apenas dos metros separan la mesita desde donde descansa el teléfono del pasillo hasta donde hacía un momento parecía yacer Adrián—. Quiere incorporarse. Lo intenta. Ante la imposibilidad de hacerlo solo, trata de ayudarlo a ponerse en pie:

—Cariño, tranquilo, respira. ¿Qué ha pasado? —pregunta ilusionada, a la espera de oír que todo ha sido una broma, aun de mal gusto, por lo que pagaría en un futuro no muy lejano. La esperanza es lo último que quería perder.

Ya imagino lo que habrá pasado por vuestras cabezas hace un momento; no tengo ninguna duda: ¿su pareja tirada en el suelo y ella sin dejar de pensar en su pijama y su aspecto? Creedme, la mente encuentra caminos —inescrutables como los del Señor— para no entrar en shock y hacer lo que se espera de una persona adulta en

situación de crisis. Adrián intenta ponerse en pie con más ahínco al darse cuenta de que esos movimientos desgarrados e ineficaces de los brazos de Claudia intentan darle a entender que quiere ayudarlo en su empeño. Cuando alza la mirada y sus ojos se encuentran, la ilusión y la esperanza son borradas con el primer pestañeo. Los ojos de Claudia dirigen la mirada a sus piernas y no pueden creer lo que ven: intentan hacer lo necesario para ponerse en pie, pero parece como si Adrián fuera un potrillo recién nacido. Le es imposible siquiera ponerse de rodillas.

Sí, imposible.

«¿Cómo puede ser? ¿Qué ocurre?», no deja de preguntarse a la velocidad de la luz. Antes de que el pánico intente adueñarse por enésima vez de su cuerpo y mente, intenta echarle una mano —que no al cuello como solía decir su madre—. Agarra con todas sus fuerzas el cuerpo de Adrián, rodeándolo con sus brazos, y a duras penas consigue ponerlo en pie entre tambaleos por parte de ambos.

De camino al sofá y sin saber por qué, los últimos meses —¡¡qué meses, años!!— comienzan a pasar frente a sus ojos, uno a uno, despacio, tal y como describen aquellos que han vivido una experiencia cercana a la muerte.

Marcos la encontró en el momento en el que más necesitaba unos brazos que la ampararan. Que la abrazaran. Que la acercaran al calor de un corazón que palpitará por ella, protegiéndola de todo aquello que pudiera hacerle daño. Se sentía la mujer más feliz y afortunada del mundo; todos aquellos cuentos de hadas —que sus amigas decían no existir—, los vivía ella en una dulce conexión entre la ficción y la realidad a cada momento del día junto a él. Cada mirada. Cada caricia. Cada suspiro. Llevaban sus nombres unidos sin posibilidad

de separarse. Sin darse cuenta, poco a poco su individualidad se alejaba de ella uniéndose a la de Marcos —quien, por supuesto, no había perdido la suya— y no se percató de lo alejada que estaba de sí misma hasta un buen día, frente al televisor, en el que ocurrió lo que todos veían que pasaba a su alrededor y ella era incapaz de creer posible. Fue en ese mismo momento, como caído del cielo, como si de una iluminación se tratara, cuando sus ojos —no abiertos antes a esa posibilidad bajo ningún concepto— vieron lo que el resto veía que pasaba con claridad a su alrededor. Sin ninguna duda. Sin ninguna dubitación. De una manera más que clara, transparente.

Ya sabéis lo que se dice, se actúa con emoción y se explica con razonamiento... O algo así. En fin, volvamos al momento en el que todo se materializó y descubrió cuál es el significado más mundano y palpable de la realidad.

—Bueno creo que por hoy ya es suficiente, ¿no? —sentenció Marcos sin previo aviso.

—¿Suficiente? —respondió ella sin entender muy bien a qué se refería—. ¿Nos vamos ya... a la cama?

—Tú puedes hacer lo que quieras, yo buscaré algo en la tele o algún juego de la *Play* que me entretenga hasta que me acueste.

—Entonces no entiendo a qué te refieres con ese «hoy ya es suficiente»... —respondió, intentando no parecer excesivamente molesta.

Ya os podéis imaginar su cara. Su expresión. La velocidad sin control de la sangre que recorría sus venas... No podía creerlo. Se levantó y, sin articular ninguna palabra más, al igual que él, fue a su habitación. La de ambos. Se introdujo bajo las sábanas frías y solitarias de su cama, que más que nunca sintió suya con dolor al saber que en realidad era, de nuevo, la de ambos, y decidió no pensar.

A raíz de esa noche, una fina capa de niebla pareció envolverlos, y por salud mental —el cerebro sabe encontrar cómo lamerse las heridas—, decidió mirar a otro lado, hasta que dos semanas después...

—Este videojuego es increíble. Lo máximo, nada puede superarlo.

En su mirada podía verse la ilusión que a Claudia le pareció que hacía siglos que no veía en ellos.

—Si volvemos a ser los que éramos y me tratas como antes... ¡¡Te lo compro!! —le dijo con una media sonrisa mientras sus palabras eran escupidas por su boca sin pasar ningún tipo de filtro, ni real ni mental, y su mirada se fijaba en el suelo por temor a encontrarse con la suya.

—Pues entonces tranquila, ya me lo compro yo.

¡¡Zasca y requetezasca!!

Ni hace falta que os pregunte cómo imagináis que fue la expresión de su cara ni cuántos segundos su corazón dejó de latir y bombear sangre al cerebro. Creyó —o más bien deseó— caer muerta allí mismo. En el tercer pasillo de la planta de videojuegos de El Corte Inglés. No era el peor sitio para hacerlo, ¿no? Al menos la originalidad estaba asegurada. Optó por sobrevivir sin darle más vueltas a su comentario dependiente y desesperado por mantener a Marcos junto a ella.

—¡Eh, Claudia! ¿Qué ocurre? Tienes una expresión muy extraña en la cara, ¿en qué piensas? Tranquila, ya me encuentro mejor. Mira mis piernas, ¡¡se mueven!!

Claudia no pudo evitar sonreír al ver la felicidad en los ojos de Adrián mientras movía las piernas arriba y abajo sentado en el sofá.

Como un niño pequeño. Intentó dejar a Marcos atrás y abrazó a Adrián con todas sus fuerzas.

—Bueno, cariño, estoy mejor, pero... no creo que tanto como para lo que parece buscar ese abrazo —aclaró al mismo tiempo que arqueaba ambas cejas.

No os voy a engañar, hizo que su cuerpo se estremeciera a pesar de ser una situación tan... peculiar. No pudo evitarlo, pero sí pensar qué significaba.

Aun segura de que ya lo dais por hecho, os lo ratifico: no fue a trabajar y el dichoso pelo aún seguía en su mentón sin dejar de pavonearse. Solo os lo comento para que tengáis una mejor perspectiva de cómo empezó el día. Llamó a Recursos Humanos —y he de decir que aparte de hablar también lloriqueó un poquito, pero no en exceso— para explicarles todo lo ocurrido con pelos y señales. ¡Venga, olvidaos ya de su pelo! Sí, puede que igual dramatizara un poco más de lo normal, pero ¿y si el final no hubiera terminado tan bien como ahora él parecía estar? Por suerte, su día transcurrió en el sofá. La luz del sol de mayo ilumina de una manera especial su diminuto salón —pero cuco, ¿eh?—, y sin saber muy bien por qué, su mente no hizo sino revivir situaciones pasadas. Situaciones con Marcos. Sensaciones con él que le hicieron creer en su momento que de verdad se conocía a sí misma, y ahora solo provocaban que dudara de quién era en realidad en aquella época, o incluso de quién era en la actualidad, en ese mismo momento.

¿Por qué brotaban —o más bien de dónde— todos esos pensamientos y sensaciones? Posiblemente porque así se comportaban dos  $x$  juntas al unirse en un cromosoma; porque con treinta y siete años ya, Claudia debería haberse encontrado, y quizá porque el no haberlo hecho todavía, ese pelo que parecía agarrarse

cada vez más fuerte, a cada segundo que pasaba, sin preocuparse de que su dueña hubiera madurado, le empuja a gritos a realizar una introspección... ¿Se os ocurre mejor plan para una mañana de jueves sin actividad laboral entre manos? No es por confirmar que las mujeres no dejamos de pensar nunca —odio generalizar—, pero en su caso era completamente cierto: no paraba de hacerlo. Nunca. En ningún momento. Y sé que, aunque muchas renieguen de esta afirmación, el tanto por cierto de mujeres *pensantes* es muy elevado. Sabía que Adrián no iba a reparar en que, aún junto a su lado y entrelazadas sus manos, ella estaba muy lejos de allí. Imaginaba cómo su cuerpo levitaba despacio y poco a poco se acerca a la pequeña ventana junto al televisor para marchar a tiempos pasados; a esos en los que desconocía cuál era su destino. Aunque pensándolo bien... ¿Acaso en ese mismo momento lo sabía? ¿Alguien lo sabe? Está muy bien echar balones fuera, pero no era la actitud más adulta, aunque siempre estaba ahí como un perro fiel.

Marcos apareció antes de cumplir los treinta y sus padres le adoraban: «no eres consciente de la suerte que tienes con este chico...», «debes cuidarlo si no quieres que se vaya con la primera pelandusca que se le cruce...», «aprende a ser una mujer de tu casa que sepa qué necesita su marido...». Todo muy de nuestra época, ¿verdad? Así desde que tuvo uso de razón. Estas solo son pequeñas píldoras de los cuentos de hadas entre los que su imaginación crecía, sin muchas más opciones en las que poder moverse. Y se lo creyó, de verdad que sí, vaya si se lo creyó. Imaginaba su futuro con un delantal precioso mientras sostenía una enorme fuente de la que se desprendía un olor irresistible a comida casera. ¿Años cuarenta? Pues entre las películas que se veían en su casa y las coletillas de su

madre frente al televisor, pensó que nada diferente, alejado de todo aquello, estaba predestinado para ella. Los únicos momentos en los que pequeñas dudas aparecían, se desarrollaban cuando iba a visitar a su abuela, una mujer cerca de los noventa años, cuya vida había visto pasar la guerra, había sentido la pobreza y el no tener qué llevarse a la boca con siete hijos a los que alimentar... Desde luego esa vida sí era difícil y, aun así, era la única persona cuya mentalidad le animaba siempre a arriesgarse, a no ser como todos querían que fuera. Una gran mujer en todos los aspectos. Fuerte, con personalidad y ganas de llevárselo todo por delante, aunque ni su nombre supiera escribir.

La manera en la que se conocieron fue muy típica en este mundo 2.0, en el que nos hemos sumergido en ese momento, incluso sin conocimientos de buceo... ¡¡Y así nos iba!! ¿Lo adivináis? Sí, a través de un chat; ya ni siquiera recordaba cuál. A pesar de su asumida inseguridad —alimentada durante años por su entorno, que le hacía creer que no podría ser diferente a los demás y que las cosas realmente extraordinarias estaban reservadas para otros—, decidió probar suerte tras ver una foto: castaño, ojos claros y genes extranjeros. Aún estaba convencida de que los cuentos de hadas de los que se hablaba en el instituto y la universidad existían, quería creerlo con todas sus ganas, pero claro, de nuevo no pensaba que fueran para ella... ¡No creía ser extraordinaria! Cuando al fin lo vio, en el centro de Madrid, sola, sin dejar de mirar nerviosa la hora y la pantalla de su móvil, no supo qué pensar. De repente, en ese momento, uno que parecía ser como cualquier otro, se acercaba despacio a ella. Ya sabemos cómo funcionan estas cosas; no estaba mal, pero la foto no se ajustaba demasiado a la realidad, eso hubiera sido algo extraordinario...

—Claudia, ¿no lo coges?

Un sonido lejano, repetitivo y cada vez más intenso, hasta molesto, la devolvió de su pasado al sofá y aterrizó junto a Adrián de una manera poco elegante. Lo miró y su expresión de desconcierto hizo que su cerebro se activara al momento.

«Vuelve, Claudia, vuelve».

El móvil no deja de sonar y la vibración junto a su pierna se convirtió incluso en algo... agradable. Igual no lo creéis, pero sentía esa vibración como la emoción por recordar tiempos pasados en los que, sin tanto drama, todo parecía ser mejor, más fácil, más asequible y al alcance. Con un guion escrito por ella misma que, aun envuelto en problemas, no hacía que las esperanzas se escaparan sin más.

—¿Siiiiii? —respondió dubitativa al descolgar.

Cuando cuelga minutos después, echa un ojo a Adrián, y su mirada es como aquella con la que se enamoró, le cautivó o le devolvió a la vida. Esa que tan enterrada había dejado durante los últimos años con Marcos y pensaba que ya no existiría más para ella. Que estaba olvidada en algún rincón que ni siquiera ella sabría encontrar.

—Era mi jefa, quería preguntar si estabas bien, si había novedades... Ya sabes. En el fondo solo quería saber si necesitaba buscar a alguien que cubriera mi ventanilla si faltaba unos días. — Adrián permanecía en silencio, así que le preguntó en el tono más dulce que encontró—: ¿Los necesito? Ya sabes, unos días para estar contigo por si las moscas...

Si total era jueves, ¿qué importaba si no volvía hasta el lunes? ¿Y si se repetía otro episodio tan extraño como el de hacía solo unas horas, aunque ahora le parecieran años? Decide llamar a su supervisora y explicarle que le preocupa dejarle solo, aun sin haber recibido respuesta por parte de Adrián. Al principio se muestra un poco

reticente, no os voy a engañar, pero en el fondo sabe que la Atención al Paciente de la Seguridad Social no sufriría por su ausencia; hoy ya llegaría demasiado tarde y los viernes la gente está de tan buen humor que pospone las quejas hasta el lunes —día oficial de reclamaciones: «lo que cuento es verdad verdadera, completamente absoluta» y esas cosas que ya conocemos todos—. No supondría ningún problema. Faltar jueves y viernes no haría que el país se sumiera en una crisis mayor que nos afectara a todos, no, no, no. Adrián le parecía mucho más importante, y lo ocurrido esa mañana más aún.

El fin de semana no les resultó igual de corto; como todos los demás a los que estaban acostumbrados, y no precisamente por suponerse un fin de semana largo. Claudia creyó que, aunque sin hablarlo ni saberlo a ciencia cierta, ambos sentían miedo; no solo ante lo ocurrido, sino ante lo que podía significar. La salud siempre había sido algo que venía de serie, nada por lo que preocuparse... Y, en el caso de Claudia, demasiados interrogantes personales, derivados de su inoportuna introspección, se habían apoderado de su cabeza y pensamientos sin dejar de turbarla. No esperaba la llegada de su menstruación —no encuentro manera más correcta de denominarla—, no había reuniones incómodas de trabajo en la agenda de Adrián... Y tanto el viernes, como sábado y domingo, se sucedieron despacio; de hecho, demasiado despacio. Ya sabemos que cuando eso ocurre... malo, malo, malo. No es una buena señal estar con tu chico y que el aburrimiento se instale el fin de semana, y menos aún si este es largo. Hubiera preferido aprovechar esos cuatro días que llegaron como caídos del cielo —sí, literalmente, esa es la acidez que no siempre sabía controlar Claudia; no lo hacía, del

mismo modo que tampoco sabía quitarle hierro a las situaciones difíciles—. Y, para ambos, ese fin de semana largo se presentó sin invitación y sin nada nuevo alejado de su susto. El caso es que haber hecho uso de los derechos maritales —igual era un castigo divino por vivir en pecado—, ya sabéis a lo que se refería: sexo, caricias, intimidad y de vuelta al sexo otra vez, hubiera sido para ella la mejor opción, pero ya había llegado el sol del lunes, el comienzo de una nueva semana —aunque, sin duda, igual de rutinaria que todas— y el irritante sonido del despertador, que retumbaba en la habitación sin recuerdos sexuales en su cabeza, le arrojaban sin paracaídas de nuevo a la realidad. Dudó si era mejor esa opción o el suelo de la habitación. Para más *inri*, no había ni rastro de la regla. Ahora se había ido igual que vino, sin que nadie la invitara, o igual se había unido al festival de risas de su *precioso pelo mentoniano*...

Sentía las sábanas frías y estiró el brazo en busca del calor de Adrián, pero en su lugar solo encontró sábanas aún más frías, casi gélidas. Se sentó despacio e intentó abrir los ojos lo suficiente para demostrarse a sí misma que estaba despierta. Escuchó el agua de la ducha correr y decidió que podría haber una mejor manera de empezar el lunes. Pensó que poner un poco de picante al comienzo de semana sería el mejor ingrediente para alejarse de la rutina.

Se puso la fina bata colgada al lado de la cama y se dirigió hacia el baño. Deslizó despacio la puerta y pudo verlo de espaldas a la mampara, con las manos apoyadas en el *gresite* azul que tantas discusiones les supuso en su momento. Por suerte, por aquel entonces apenas llevaban unos meses y el amor colmaba demasiado sus cuerpos y mentes como para no poder superar una bronca decorativa.

Avanzó todo lo despacio que pudo para intentar evitar así que pudiera oírla y no darle una sorpresa, pero justo cuando creía haberlo conseguido, Adrián se dio la vuelta. En ese momento, Claudia se frenó en seco e improvisó: abrió despacio una de las puertas de la mampara y se desprendió de manera sensual de la bata, dejando su cuerpo al desnudo, a excepción de unas pequeñas braguitas —de esas que los padres creen que son como no llevar nada, o peor aún, insinuar de más; algo que una mente masculina no traduce precisamente como querer jugar a las casitas mientras se toma el té—. Prefirió no interpretar su expresión, aunque no le cabía ninguna duda de que no era la que cabría esperar. A pesar de ello, se colocó frente a él bajo el agua sin pronunciar palabra. Una incipiente erección pareció pronunciar su nombre junto a su ombligo y lo besó. Sin preguntas. Decidida. Segura. Espontánea. Sin pensar en nada más allá de disfrutar del momento. Las manos de Adrián abrazaron su cintura, presionando sus nalgas con la yema de los dedos. Su lengua comenzó a recorrer su cuello mientras Claudia se estremecía sin dejar de pensar en lo afortunada que era. Pero un momento... «¿Dónde está su erección? ¿Por qué no puedo localizarla donde estaba hace apenas un momento?». Adrián continuó deslizándose sobre su cuello y Claudia desvió la mirada en busca de la erección perdida, sin que él se diera cuenta. Nada. Allí no había nada. Había desaparecido. Y podéis creer cuando digo que no era por la temperatura del agua. Él se separó despacio y la miró. Antes de que ella pudiera abrir la boca, Adrián sentenció con tono serio, aunque alejado de ser seco:

—Ya. Lo sé. No hace falta que digas nada —musitó sin más.

Apoyó su frente en la de ella, la besó despacio con un suave roce casi imperceptible, y salió despacio de la ducha.

«Pero ¿por qué demonios no dice nada más? Sí, supongo que no debe ser agradable que el izado de bandera se desplome sin más, pero ¿y yo? ¿No importa cómo me siento sin saber qué ha ocurrido ni por qué? ¿Acaso soy la culpable? ¿He dejado de atraerle? ¡¡Llevamos apenas dieciocho meses juntos!! No puede ser eso; nos hemos divorciado de nuestras respectivas parejas para estar juntos». Su inseguridad volvió por donde creyó haberla visto marchar y ahora estaba de nuevo junto a su dichoso pelo *mentoniano*, desternillándose de la risa con él. «Vale, vale. ¡Hasta aquí! Termino de ducharme y me lo quito de una dichosa vez». No hace falta que explique que pensaba en el pelo porque dejar pasar de largo el pensamiento de creerse poco sexual o atrayente no sería tan fácil de conseguir. Llevaba dieciséis años disfrutando del sexo. Nadie la iba a convencer de lo contrario, ni mucho menos de que era algo *malo* o inapropiado.

Cuando salió del cuarto de baño tras darse una ducha rápida, el desayuno estaba sobre la mesa de la cocina: zumo de naranja, fruta, tostadas, café... ¿Culpabilidad? Quizá eso fue lo único que Adrián no pudo emplatar. Igual ni siquiera él sabía qué había ocurrido en la ducha y, sin duda, no quería hablar del tema. La expresión de su cara al abandonar la ducha no le engañó, fue lo suficientemente cristalina como para no entenderla. Adrián quiso hacer ver que nada fuera de lo normal había pasado, pero su mirada pedía ayuda a gritos. Gritos silenciosos que podían oírse más alto de lo que su tono de voz podría llegar a conseguir. Claudia no podía explicar qué era, pero algo se mascaba en esa cabecita y ella estaba dispuesta a descubrir qué era.

## Capítulo 2

### Más flashbacks

Estaba sola en casa, frente al televisor o la pared, porque ¿acaso había alguna diferencia? La semana había transcurrido tan rutinaria como se esperaba y, por supuesto, el *tema ducha* continuaba siendo tabú; apenas un par de veces intentó introducirlo de manera sutil en sus conversaciones nocturnas —de verdad que fueron comentarios sutiles, incluso perspicaces, de verdad que sí—. Pero en cada ocasión, ya con ambos en la cama, solo con ver su mirada quiso cerrar los ojos y aparecer en cualquier otro sitio lejos de allí. Alejado de su habitación. De su situación.

«¿Por qué me siento así? ¿Por qué no se me va de la cabeza mi indiscutible culpabilidad, y peor aún, por qué es indiscutible? ¿Qué hice mal?».

Al día siguiente, nada diferente. Tumbada en el sofá, cambiaba de canal sin ni siquiera dar el tiempo suficiente a su cerebro para ver lo que echaban en cada uno de ellos, hasta que una escena provocó que la imagen se mantuviera más de lo que lo habían hecho las anteriores. Dejó de buscar más opciones para su noche de jueves en solitario. Frente a ella se podía ver un contorno femenino precioso y perfecto —cuando eras así no servía de nada negarlo—, de una mujer delgada pero contorneada, castaña, tumbada de lado, con una de sus mejillas sobre las suaves y cálidas sábanas de la cama mientras sus caderas ronroneaban entre ellas y la imagen era captada desde atrás. Su espalda parecía delicada e invitaba a acariciarla.

«¡Vaya! ¿Desde cuándo una imagen así provoca que me humedezca?», pensó sin poder dejar de mirar la pantalla. Antes de poder reflexionar una respuesta lógica que contestara a una pregunta que parecía carente de importancia —o al menos eso quería creer Claudia—, un hombre alto, tonificado pero no en exceso y con solo unos *boxers* negros que escondían lo que esperaba ver en breve, se acercó despacio a ella y se tumbó por detrás, rozando su nuca con los labios. Colocó una mano sobre la curva de las caderas de la mujer, que miraba hacia la ventana situada frente a ella sin apenas inmutarse. Solo unos segundos fueron suficientes para provocar una leve turbación por esa leve caricia en su cuerpo. Él comenzó a serpentear por toda su piel con sus dedos, sus lunares y cada una de las sinuosidades que aumentaron esos ronroneos, que tan suaves eran en un principio y tan vivos se mostraban ahora. Lo hacía despacio, ascendiendo por su espalda hasta llegar al cuello, lugar en el que se pudo escuchar un gemido, más intenso que los anteriores, que emanó de entre los labios carnosos de ella. Sus caderas parecían recitar versos penetrantes sin parar, con una intensidad que se mostraba ya sin rubor alguno. Se dio la vuelta despacio y pudo observarse cómo se mordía el labio inferior y pretendía dirigir sus delicadas manos hacia el sexo erecto que se entrevía en él a través de la ropa interior. Los pezones duros de ella daban a entender más que las palabras que pudiera decir en alto. Sus cuerpos no se tocaban, no se acercaban, solo se miraban, hasta que ella decidió, con un sutil movimiento, dejar el sexo de él al descubierto. Sus delgadas manos se deslizaban sobre él, arriba y abajo, rozando su glande, llegando a la base y volviendo a la zona más sensible de él, que no encontraba cómo demostrar más abiertamente sus sentimientos que entrelazando sus dedos entre los mechones de pelo despeinados de

ella, hasta que estrechó su cuello entre sus dedos, guiando sus movimientos, dándoles mayor rapidez e intensificando los precisos y eróticos movimientos femeninos de su compañera. Se puso de pie y desde el lateral de la cama, pudo observar el cuerpo desnudo de la chica, que parecía hablarle, con sus glúteos contraídos por el sexo oral que tanto placer parecía darles a ambos. Cuando al fin ella decidió no frenar sus impulsos, en círculos, despacio, deprisa, despacio de nuevo; esta se detuvo, él se colocó de rodillas sobre la cama y ella, aún boca abajo, se acercó de nuevo a su sexo, esta vez con sus labios. Sus miradas se encontraron y ella recorrió su base, ascendió con su lengua, sin dejar de mirarlo de manera penetrante, y se paró en su glándula. De nuevo en círculos, lo saboreó y rodeó con su lengua, arqueando al mismo tiempo sus caderas, lo que provocaba en él un gruñido de placer que lo llevó a colocar sus dedos de nuevo entre sus finos mechones de pelo, con intensidad, marcando el ritmo que deseaba con sus caderas mientras observaba la escena de la que sus ojos no podían apartarse. Claudia se planteó seguir con el *zapping*, pero creyó que ya era tarde. En ese momento, fueron sus dedos los que buscaban su sexo bajo la ropa interior. Se deslizaban sin dificultad. La humedad había llegado a unos puntos que no recordaba desde hacía mucho tiempo, y solo se concentró en sentir, en disfrutar, en aprovechar el momento.

«¿Por qué no? ¿Qué hay de malo?», se preguntó mientras sus dedos se esmeraban en contestarle con hechos y sensaciones.

Intentó acallar las voces de su cabeza y continuar; al fin y al cabo, “hechos son amores y no buenas intenciones”, ¿no? Sus muslos se estremecían y contraían al sentir cómo se acercaba cada vez más esa corriente eléctrica que ascendió desde sus pies y arqueó sus caderas, sin poder evitar que gimiera, alejada de pudor alguno y de posibles

vecinos que pudieran escucharla. Permaneció en esa postura unos minutos más... «¡¡Wow!! ¿Qué ha sido eso?». Había olvidado lo que podría provocarse ella misma sin necesidad de una segunda persona, pero tampoco le importaba si había una persona más, o dos... En ese momento, escuchó la puerta del ascensor y se puso en pie. Se encaminó todo lo deprisa que pudo hacia el baño y escuchó cómo se abría la puerta mientras se lavaba las manos.

«¿Tengo quince años? Parece que mi madre ha entrado en la habitación y debo esconderme de lo que hacía», bufaba en su interior.

En ese momento, la puerta del baño se deslizó despacio y Adrián apareció tras ella.

—Hola, cariño. Pensaba que estarías dormida. —Se acercó con sigilo y la besó en la mejilla—. ¿Cómo fue la noche? ¿Muy aburrida? Los chicos y yo no lo pasamos mal.

—Sí, se puede intuir a través del aroma a zumo de naranja que desprende tu aliento —respondió con sarcasmo, resignación y un tono resentido mientras fruncía el ceño. Aun así, sonó menos distante de lo que esperaba o pretendía.

Su mirada asesina podía intuirse hasta para los vecinos más alejados de su piso, esos que, a pesar de la distancia, habían escuchado su orgasmo tan poco contenido y esperado, aunque ni ella misma lo supiera.

—No empieces, Claudia.

Se dirigió hacia el pasillo y ella, de nuevo, volvió a quedarse sola; pero, en esta ocasión, la humedad que abrazaba la yema de sus dedos provenía del agua del grifo y no de su interior. Frente al espejo, una sucesión de imágenes se reflejan en él. Sus ojos se convirtieron por

un momento en el proyector de todo lo que parecía discurrir por su cabeza.

Aún sentía escalofríos cuando recordaba lo que había pasado hacía unos minutos, y no pudo evitar morderse el labio y saborear su dedo corazón, que sin pensarlo o quererlo de manera voluntaria, se encontró sumergido junto a su lengua, rodeado por su humedad y sus labios...

«Vuelve, Claudia, vuelve».

Esta vez no quería volver, sino que se remontó a una noche seis años atrás.

En la discoteca ya no cabía un alfiler; habían tenido suerte de poder entrar, pensó tras mirar a su alrededor. Marcos estaba junto a Claudia, ambos intentaban hablar con sus respectivos amigos, sin mucho éxito por el volumen de la música. «¿Qué demonios pasará cuando todos nos hayamos quedado sordos dentro de unos años?! ¡Bueno! Quizá no sea tan horrible, para lo que hay que oír...», reflexionó ella para sus adentros.

Sandra le comenta, sin disimular su disgusto, cómo Julián había decidido poner fin a su relación tras un largo, intenso y apasionado mes. Intentaba prestarle atención, de verdad que sí, pero parte de ella escapaba hacia la conversación de Marcos con uno de sus amigos. Tras lo que parecieron horas de esfuerzo por parte de sus canales auditivos y cuerdas vocales, se dio por vencida y decidió respirar hondo e intentar unirse a la conversación de sus amigos, cuando de repente algo provoca que se paralice. Pero creía que aún respiraba... «¿Qué ocurre? ¿Una caricia? ¿Un soplo de aire fresco — difícil en aquel ambiente cargado de hormonas—? ¿Mi imaginación?». En ese momento, sus sentidos se difuminan, los

sonidos, la gente allí presente que bailaba, los colores, las luces... Nada de eso parecía ser real; sentía observarlo todo desde fuera, muy lejos de allí. Parada, sin moverse, siente cómo unos dedos se entrelazaban con los suyos. Cómo una corriente atravesaba en todas direcciones su cuerpo y cómo la suave yema de un pulgar —que, por supuesto, esperaba fuera de Marcos— la acariciaba con suavidad. No se dio la vuelta para encontrarse con él cara a cara, solo permaneció inmóvil, intentando no dar saltos de alegría y parecer una adolescente ingenua —que es lo que en realidad aún era por aquel entonces— y, pasados unos minutos, fue él quien se colocó frente a ella. Sus miradas perdidas se encontraron. El diálogo de sus ojos comenzó a traducirse dentro de la cabeza de Claudia en todas aquellas palabras que la princesa de cuento de hadas, que aún vivía dentro en ella, deseaba poder oír. Aquella noche no se besaron. Se marcharon de la discoteca al mismo tiempo que todos los demás, sin soltar sus manos, que ni siquiera recordaba con claridad cómo ni cuándo se entrelazaron. Solo dos protocolarios besos en la mejilla formaron parte de su despedida. En el taxi de vuelta a casa, Sandra no entendía cómo no se habían besado de una manera más intensa, no imaginaba mejor situación que aquella para hacerlo. Claudia oía el sonido de sus palabras, entendía lo que le decía, pero su cabeza estaba a cientos de kilómetros de allí.

Cuando abrió la puerta de casa, intentó no despertar a sus padres y se tumbó sobre su mullida cama. En ese momento, se dio cuenta de que la emoción que sentía era felicidad; no necesitaba nada más, solo quería disfrutar del momento, que estaba segura de que formaba parte de esos que sabes que cambiarán y nunca volverán a repetirse en la relación, que no dudaba que mantendrían. Esos instantes que deseas que se conviertan en eternos, inmortales. No miró la hora en

el despertador, solo quería disfrutar de lo que recorría todo su cuerpo y cabeza.

Nada es comparable con los principios de una nueva relación, de algo nuevo e inesperado, o quizá solo novedoso.

Los comienzos con Adrián habían superado todas sus expectativas, pero ya hablaría de eso cuando llegara el momento.

Siempre pensó que las expectativas —y más con las relaciones— eran peliagudas y traicioneras; de hecho, solían ser excesivas, hasta un punto que se desconoce. Nos vemos envueltos en ellas, y sin saber cómo hacerlas desaparecer, su poder pasa desapercibido junto con lo que supone.

Ya en el presente, en el aquí y ahora, se dirigió hacia la habitación entre la oscuridad, tras deslizar con cuidado la puerta del baño. El silencio, para no variar, es el sonido que impera en la noche *loca* del jueves, entendamos la ironía. Se zambulle entre las sábanas. Despacio, ronronea con suavidad en el cuello de Adrián, que se encuentra de lado, de cara a la estantería donde descansa su primera foto y de espaldas a su lado de la cama. Se colocó por detrás, con su espalda acariciando el rostro de ella. Mientras, su mano comenzó a acariciar el abdomen de Adrián, lo envolvió y descendió poco a poco... Su mano masculina, que tanto le gustaba, no parecía estar dormida, y retira la suya justo a las puertas del placer. Se da la vuelta. Se puede entrever su expresión a través de los reflejos de la noche, farolas y luces encendidas en el edificio de enfrente; no le gusta lo que ve.

«¿Otro *tema ducha?*», no puede evitar preguntarse.

—Hoy no —susurra junto a sus labios, que solo perciben el leve cambio en sus facciones.

—¿Es por tu desmayo? ¿El alcohol de esta noche con los chicos? *hummm...* ¿Yo? Se supone que al menos el alcohol desinhibe y... —le interrumpe antes de poder continuar.

—Estoy cansado, no vuelvas a cargar en ti el peso de todos esos problemas que solo ves tú en nuestra relación.

Se gira y se da la vuelta para mirarla mientras habla. Su espalda le expresa más de lo que habían hecho sus palabras. En esta ocasión, no siente que le acaricie el rostro; si acaso, solo es algo que se interpone entre el aire que entra por la ventana y ella.

No es capaz de mover un ápice de su cuerpo. Dentro de su cabeza, el tráfico de interrogantes y culpabilidad recorren sus pensamientos de un lado a otro, sin semáforos en rojo que permitan el descanso, que, a falta de sexo, es lo que requieren esas horas en las que ya la oscura madrugada no quiere observar ni el reflejo de las farolas. Siente que ya pasó por eso con Marcos, no es una sensación nueva, pero sí la rapidez con la que parece moverse todo en su cabeza. Y, sin saber por qué, el universo, Dios, o lo que quiera que haya cuando dejamos de respirar sin vuelta atrás, hacen que la persona que elige a su lado siga el mismo patrón que la anterior, la anterior y la anterior. Como dicen los psicólogos, también son un calco de su padre. Buen planteamiento para conciliar el sueño; vaya nohecita se le planteaba por delante. Menos mal que al día siguiente era viernes y eso hacía que todo pudiera teñirse de otro color, uno diferente, más positivo.

Sin pensarlo ni moverse de manera consciente, oye cómo suena el despertador, da un manotazo a la mesita de noche y la mayor parte de las cosas que hay sobre ella —esas que no deberían estar ahí, que son inútiles en cualquier ubicación que pensara para ellas— caen al suelo.

«¿Cuántas horas han pasado? Parece que han sido minutos, pero no tendré la suerte de que ese cachivache suene por equivocación y poder dormir más tiempo».

El despertador no se inmuta, continúa con su afán de fastidiar ya parte de la mañana y resopla sin consuelo. Mira de reojo y no ve ni rastro de Adrián, tampoco escucha que ande por casa. «Ojalá no vuelva a estar tirado en el suelo». No le convenció mucho la explicación del médico de cabecera. Dios le libre de dudar de un médico, pero algo en su explicación respecto al desmayo no le cuadró. Se sienta con los pies fuera de la cama. Están aún calientes por el calor de las sábanas que se había resistido a abandonar y siente el ambiente gélido, quizá más por la soledad que la época del año, ya que era mayo y esas temperaturas no eran lo que se suponía normal. Pero había algo más que la temperatura del ambiente, no sabía decir muy bien el qué. Igual solo era el “hasta el cuarenta de mayo no te quites el sayo”, pero fuera lo que fuera parecía introducirse por la planta de uno de sus pies, despacio, sin nada que lo evitara —menos aún su consciencia todavía dormida—. La sensación era desagradable y llegaba hasta su oreja, recorriéndola entera. «¡Joder con todo lo que estaba de más en la mesita de noche!», no pudo evitar pensar. Menos mal que no tenía hijos, porque pensaría que había sido un error comprarles los *Playmobil* o cualquier otro antojo que se les hubiera antojado. Estaba claro que el desorden de su mesita de noche se había unido al que sentía cada día más presente en su vida. Intenta esquivar el resto de cosas, se pone en pie y se acerca a la puerta, la deslizó a cámara lenta. Asoma la cabeza con miedo, como en la famosa escena de *Copycat* en la que Sigourney Weaver tiene frente a ella un largo pasillo —o así lo recordaba, si es que los años no pasaban en balde para nadie—. Era

demasiado pronto para que Adrián se hubiera ido a la oficina y que ella ni siquiera hubiera medio abierto los ojos. ¿O sí lo hizo y no lo recordaba? Se dio cuenta de que lo único en común entre su pasillo y el de la película era que estaba igual de vacío. Busca por todos los rincones de su casa y se llevaba sobresaltos a diestro y siniestro entre pelusa y pelusa; desde luego en otra vida debía vivir en el Oeste, y la reencarnación a su vida actual se trajo esas plantas redondas que no dejan de ir de un lado para otro por los pueblos estadounidenses del *western*. Muchas plantas redondas por casa, ni rastro de Adrián. Va a la cocina tranquila por no verlo desplomado sobre el suelo y resignada con las pelusas, que ya parecen sus amigas de toda la vida. Las pelusas, que parecían la única constante en su vida. Enciende la cafetera y comienza a desenredar la cinta del pan Bimbo cuando ve una extraña mancha —¿violácea?— sobre su preciosa encimera. Se acercó despacio —como cuando la tranquilidad de su mentón se vio quebrantada por el dicho pelo— y, cuanto más cerca está, menos le gusta el color que ven sus ojos. ¿Rojo? ¿Granate? ¿Burdeos? Era sangre, no hay duda. ¡¡¡Era sangre!!! Sale corriendo y llama a Adrián. No responde. Marca otra vez. Se le resbala el teléfono de entre las manos y cae al suelo, lejos de donde hayan ido a parar las pilas. Las coge pero no es capaz de colocarlas en su sitio; sus dedos no dejan de temblar.

«Vuelve, Claudia, vuelve».

Mientras continúa en su intento de encajarlas en su sitio: polo positivo, polo negativo, suena el móvil en la habitación y se cae de culo al suelo del sobresalto. Se levanta y va lo más rápido que puede en su busca. Cuando llega a la habitación —a los tres segundos, recordad que no vivían en un palacio victoriano—, ve el nombre de Adrián en la pantalla. Se tira sobre la cama y descuelga.

—Perdona, cariño, no llegué a tiempo de contestar. —Escucha antes de poder decir nada.

«¿Desde cuándo me llama “cariño”? Ah, sí, igual esa muestra de afecto es su compensación de hoy, como el desayuno de nuestra exitosa primera y última ducha juntos. La última porque no seré yo quien lo intente de nuevo sin señales que me inviten a hacerlo».

Nada. Como era costumbre en ella, se había colocado la tirita antes de existir herida alguna. Le explica que solo había comenzado a sangrarle la nariz mientras untaba la mantequilla en la tostada. ¡Qué gran escena se refleja en la cabeza de Claudia! «¡Qué asco, por Dios! Espero que no se comiera la tostada mientras las gotas de sangre no se coagulaban con la mantequilla y pudieran provocar algún efecto en su organismo, todo iría bien». ¿La velocidad de la corriente sanguínea podría verse enlentecida por la espesura de la mantequilla? No sabía desde cuándo, pero se sentía un poco... ¿hipocondríaca? «Bah, no, lo único que soy es un poco —vale sí, quizá bastante o incluso demasiado— exagerada».

No le apetecía mover ni un músculo de su cuerpo, todos le dolían, ninguno parecía querer ponerse en marcha y, para variar, ya llegaba tarde al trabajo.

«Vuelve, Claudia, vuelve».

Decide regresar al mundo real —sin mantequilla con sangre—, se sumerge bajo el agua de la ducha e intenta olvidar el desmayo de Adrián. El agua estaba tibia, cae sobre ella con violencia; era reconfortante, aunque le recordara lo sola que estaba. Sí, sola. Sola por no poder vivir su vida como siempre había deseado, por no poder compartir con Adrián esas escenas de pasión que siempre estuvieron en su cabeza y pensó que no estaban hechas para ella, aun deseándolas con la intensidad con la que lo hacía, y aún no dejaba de

hacerlo. También, por qué no decirlo, sola porque todavía no se había encontrado a sí misma y no sabía disfrutar del silencio, aprovechar todas esas cosas positivas que dicen que solo puede ofrecer la soledad —la voluntaria claro, no la impuesta— y miles de cosas más que en pareja suponían muchas explicaciones. Pero, al final, solo era capaz de pensar en esa vida que ya tenía edad de vivir y parecía resistirse a llegar. Muchas veces creyó rozarla con las yemas de los dedos, pero solo fue una leve caricia que le dejó con la miel en los labios; labios que hacía mucho que no eran devorados con pasión, mordidos o incluso simplemente admirados. Pensó que era mejor salir de la ducha y encaminarse al trabajo, aprovechando el supuesto recién llegado buen tiempo y el sol que aún no quemaba y bajo el que parecía dar gusto caminar.

Era viernes, no había pasado nada que reseñar durante la semana —a excepción del tema ducha y el jueves loco—. Se le podría ocurrir una buena excusa para explicar su tardanza al llegar al trabajo y, antes de lo de que podía imaginar, volvería a verse en su casa, en el sofá frente al televisor o la pared —que para el caso cada día se asemejaban más—. Esta vez tendría todo el fin de semana por delante. Igual Adrián querría dar vida a lo que aniquiló sin ni siquiera pestañear hacía solo —sí, continuaba sin recordar cuánto *durmió*— unos días o lo que parecían ya meses... ¿Seguro que no se trataba de años?

## Capítulo 3

# Realidad en carne y hueso

Tras las ocho tediosas horas en el ministerio, el sonido que provoca su tarjeta de empleada al deslizarse por la ranura del reloj que marcaba los fichajes, se convirtió de repente en un canto de sirena. Quizá hasta podía transformarse, sin proponérselo, en su mejor amiga. Sí, esa tarjeta vieja ya de tanto utilizarla. Su padre diría que es una buena señal, pero ella solo lo podía ver como una atadura de la que no había sido capaz de liberarse, pero hasta provocaba que se emocionara con algo tan simple y rutinario como marcar la salida del trabajo. Hasta la entrada en él. Fuera, el sol anima a dar un paseo y dejar de lado el autobús. Bueno, en realidad vio cómo este se encontraba en la parada y no le apetecía lo más mínimo salir corriendo tras él. Si tenía que ser sincera, debía decir que nunca antes lo había hecho; ¿por qué debería empezar a hacerlo ahora? Se preguntaba por qué debía ser ella quien cambiara sus hábitos si no terminaba de convencerle que eso podía suponer un beneficio en su vida. Estaba claro que necesitaba sexo, superficial o no, era su necesidad. El *tema ducha* no había hecho sino esclarecer más aún lo que necesitaba en ese momento —si no en todos— con Adrián. Igual de situaciones así venía el *no se sabe lo que se tiene hasta que se pierde*, ¿no? Los clichés de la falsa y anticuada sociedad que obligaban a seguir las mismas directrices a todos y estaban muy lejos de ser útiles, al menos para ella. Se sabía diferente, no le gusta seguir la corriente y, menos aún, que normas que consideraba obsoletas se las

intentaran imponer en su día a día; cuanto más se le insistía, más se desviaba hacia la dirección contraria. Se rebelaba contra todo y contra todos, incluso contra ella misma. Pero nunca contra lo que deseaba, o al menos, creía desear.

Caminaba despacio, la brisa de la primavera por fin había llegado; ya estaban, pero de verdad, en el precioso y deseado mes de mayo, aunque el frío al irse el sol aún hacía que las noches fueran interminables, deseando que llegara el buen tiempo, durante todo el día, al fin. Ese que, cuando llegaba, parecía tan infernal. No os confundáis, Claudia no se refería a ese frío que provoca un cosquilleo delicioso y le hace gemir en silencio —si estaba acompañada, los gemidos no eran silenciosos en absoluto—, junto con millones de pensamientos no aptos para menores de dieciocho años o mayores con mente cerrada a lo inesperado. No, era ese frío que no dejaba cambiar la manga larga por camisetas que marcaran el contorno de las caderas y dieran a entender sin mostrar, solo intuir. ¡¡Esperad, esperad!! Era Virginia quien podía permitirse el lujo de vestirse con la ropa que quisiera, fuera como fuera el tiempo. «¡Qué perra la tía! Maldita perfección inculcada desde pequeña...», no puede evitar pensar. Lo que le hacía acordarse, más de lo normal, de la gran frase: «progreso, no perfección». Pero qué difícil se le hacía ponerlo en práctica... Un momento, ¿acaso no habló aún de Virginia? Bueno, en breve, la espera merecería la pena. Soñaba tanto despierta que a veces sentía confundir los sueños con la realidad y ya creía que lo había contado casi todo. En fin, ¿donde lo había dejado? Deseaba poder pasear sin llevar abrigo, disfrutar de lucir su cuello —porque para una parte de ella de la que sí estaba orgullosa, lo mínimo era lucirla, no digáis que no—, así como vivir esos días más largos en la calle y no en el sofá bajo la manta. Esas tardes de sofá y manta

habían estado bien durante el invierno, mientras caían chuzos de punta en las frías y solitarias calles, esas que desde las cinco de la tarde simulaban ser las tres de la madrugada, pero ahora su cuerpo le pedía sol, calor y toda la luz que pudiera envolverla y calentar su corazón, ese que se encontraba unos cuantos grados más bajos de lo que la OMS seguro recomendaría óptimo para la salud. Sin darse cuenta, se ve parada frente a un *sex-shop*. «¿Desde cuándo lleva aquí esta *tienda*? ¿Y si alguien me ve aquí parada frente al escaparate? ¿No sería mejor entrar acompañada de... no sé... quizá... Virginia?».

Está bien, no lo quería dilatar más, que se iba a empezar a comer las uñas y eso era muy, muy, pero que muy mala costumbre. ¿Os acordáis aún de cuando de pequeñas vuestra madre os compraba un esmalte de uñas con un sabor repugnante para que las dejarais crecer hasta cortarlas con el instrumento destinado a ello? ¿No? ¿En serio? ¿Era ella la única que había pasado por eso? Vale, aceptaba el barco como animal de compañía. ¡Venga! Había llegado ya la hora de hablar de ella. Era la hora de Virginia.

Definirla, al menos a grandes rasgos, pero al menos los suficientes para poder dar una idea general antes de profundizar, no le resultaba nada sencillo. Se debatía entre la objetividad que podía verse desde fuera y la envidia femenina que no siempre era capaz de ocultar. En una palabra, que creía poder englobar ambos conceptos. Virginia podía ser... resultona. Sí, esa es la palabra. Tenía ese *no sé qué* que enamoraba al instante. Aparte de eso, la que creía que podía ser una de sus mejores cualidades aunque odiara reconocerlo, también le dio la impresión desde el primer día de que era desenfadada y divertida, se veía a la legua la seguridad que tenía —y no creía que hubiera dejado de tener a día de hoy— en sí misma, quizá a costa de robársela al resto de mujeres mortales que había sobre la tierra,

incluida ella. Tal vez todo esto pueda proporcionaros una opinión más amplia de lo que transmitía sin apenas cruzar palabra con ella. Debía decir que, cuando comenzó a trabajar en el ministerio, fue la primera a la que odió. Sí, ODIAR, en mayúsculas, y de verdad que deseaba poder pronunciar la palabra con luces de neón. En ese momento no podía, o más bien no quería entender cómo se podía ser tan perfecta, y más aún cuando un solo minuto fue y seguía siendo suficiente para enamorarse de ella, aún sin dejar de odiarla, que quede claro; no se confundan términos. Se podía querer y odiar al mismo tiempo, lo descubrió con ella. Gracias a Dios, su pareja, Adrián, aún no entraba en el grupo de los odiados y queridos al mismo tiempo. Podéis imaginar que Marcos sí tenía ese dudoso privilegio. Qué listo aquel que dijo que del amor al odio... Mejor dejarlo ahí y seguir.

Aquel día llegó al trabajo temprano. Sí, sí, no frunzáis el ceño. Aunque os cueste creerlo, llegó a la hora, incluso creía recordar que incluso unos minutos antes. Se moría de frío, apenas había comenzado un nuevo año, pero su cuerpo, lejos de alegrarse por la novedad de doce meses diferentes por delante, no dejaba de temblar. Como podéis imaginar, cuando algo va mal aún puede ir peor: la máquina de café se atascó. No solo no expulsó el vasito de plástico donde debía caer el líquido y la cucharita —si se le puede llamar así—, para *poder extraer su bebida*, como se podía leer frente a ella de manera cada vez más intermitente en la pantalla de la deteriorada máquina, sino que también se había tragado su dinero. Mientras golpeaba ese aparato infernal de manera cada vez más vehemente —incluso recordaba que comenzaron a volar patadas—, se percató de que alguien estaba junto a ella. Giró la cabeza despacio y pudo verla,

con su cara de ángel y una mirada de pánico que no podía disimular aunque lo intentara. Claudia era consciente de ello.

—*Hummm...* ¿necesitas ayuda? —preguntó con voz suave y melosa.

—Pues no sé, ¿tú qué crees? —rebuznó Claudia.

Reconoció que sonó borde, pero ¿acaso podía empezar peor el primer lunes de febrero? Y así, como por arte de magia, con un sutil golpe seco que apenas pudo oírse, el vasito se colocó sobre las rendijas de apoyo para tal fin y la máquina comenzó a expulsar el *capuccino*, que parecía reírse de Claudia con sorna y recochineo, al caer donde debería haberlo hecho desde la primera vez que lo intentó, lo que parecía ya una eternidad. El café y su *pelo mentoniano* estaban a punto de crear un grupo de *WhatsApp* para reírse a gusto de ella.

—Arreglado. ¿Quieres que te acompañe a la mesa de Alicia para que te apunte el dinero perdido? Ya sabes que cuando vienen al mantenimiento de este mal bicho abonan todo lo que se traga... ¡Menos mal que solo se traga dinero, je, je! —dijo mientras arqueaba ambas cejas de manera sensual y guiñaba un ojo, dando a entender más de lo que expresaban sus palabras.

«Será perra», pensó Claudia sin ningún atisbo de culpabilidad. Al fin y al cabo, era la verdad; perra o no, era perfecta. Y si no lo era — más bien es—, se le acerca bastante a lo que entendemos como *perfección*. De todas maneras, ese pequeño diablo que vive en todas las mujeres —en algunos casos el tamaño del diablo puede ser discutible—, sería capaz de encontrar algún fallo en ella, por minúsculo que fuera; de eso no le cabía ninguna duda. Aun así lo haría, pondría todo su empeño en ello. Ella luchando con la máquina, y Virginia al primer golpecito —de verdad que fue un golpecito, pareció el de un niño de tres años— consiguió más que Claudia con

los suyos. Fuertes. Con mala hostia. En fin, ya podéis imaginar cómo eran.

Poco a poco, se implantó una de esas normas no escritas, pero con el mismo valor que las que sí lo están sobre el papel, y cada día bajaban juntas a tomar el café de las doce. Sí, Virginia no tardó en darse cuenta de que Claudia no sería buena compañera para el primero de la mañana. Otro tanto para ella: siempre llegaba puntual. En realidad no importaba, Claudia seguía con su plan adelante y encontraría esa imperfección que les hacía parecer al resto de las mujeres menos... ¡¡Con menos falta de cualquier cosa!! Menos estilo, menos *glamour*, menos de todo lo que se os pueda ocurrir.

Y ahí estaba ella, de vuelta al presente, frente al escaparate del *sex-shop*, pensando que mañana le diría que la invitaba a comer, y de postre ¡¡*guarreridas* españolas!!

¡Vaya! El día siguiente no solo había llegado cuando se supone que debe hacerlo un buen trabajador, sino que de nuevo volvió a llegar puntual, y además cinco largos minutos antes de lo que marcaba su contrato —sí, los funcionarios también los tienen, mejores o peores pero contratos al fin y al cabo—. «Esto hay que celebrarlo con un buen *capuccino* y cantidades de azúcar de esas que te taponan las arterias, conmigo la OMS no da abasto. Cinco puntitos de azúcar en la selección de la máquina por cada minuto de más regalado a la empresa y a todos los afiliados a la Seguridad Social», se dijo a sí misma mientras sonreía. Llegó al cubículo de Virginia, pero estaba vacío, ni rastro de ella. Miró alrededor, pero no la vio por ninguna parte. No es que sus compañeros de departamento fueran muy agradables que digamos, pero se atrevió a preguntar al primero que vio por si sonaba la flauta y sabía dónde se había metido. Se cercioró

de que no fuera un jefe —al menos de los importantes— y no supusiera meterla en apuros. No era un momento laboral para vivir al límite y jugarse el puesto. Un chico moreno, con ojos verdes esmeralda, cruzó su mirada con la suya y un cosquilleo le estremeció, sin poder evitar que se reflejara en su expresión facial. «¿Qué es? ¿Un ángel? ¿Su sueño hecho realidad? ¡¡Por Dios, qué... qué... qué TODO!!».

“Vuelve, Claudia, vuelve”.

—¿Qué haces ahí pasmada?

Se dio la vuelta, sobresaltada, y encontró a Virginia con expresión confundida. «Seguro que está pensando que será una de mis *neurax*, como la de la máquina del café del día que nos conocimos», recuerda mientras la miraba, perdiendo de vista a... a su nuevo dios, su nueva religión o... su próximo sueño anhelante de deseo para esa misma noche. No había razón para dilatarlo más en el tiempo, esa misma noche lo colocaría junto a Morfeo, a ver si había suerte y lo introducía en sus sueños, o al menos en sus pensamientos.

—No has tardado en devorarlo con los ojos... —comenta Virginia sin dejar de arquear las cejas.

—¿Acaso hay otra manera de mirarlo? ¡¿Cómo no me habías dicho que ese monumento trabaja aquí?! Pensaba preguntarle dónde leches te habías metido, pero me interrumpiste —responde chasqueando la lengua—. ¡Ah, ya! Tú y él...

—Para, Claudia, que ya sé por dónde vas. Solo es un compañero, ni siquiera puedo llamarle amigo.

—Vale, sí, lo que tú digas —respondió escéptica, sin dejar que continuara—. ¡El caso! Yo venía, aparte de para celebrar con un *capuccino* mis cinco minutos extra en la puntualidad de la siguiente nómina, para invitarte a comer cuando salgamos y dar una vuelta por

el *sex-shop* que hay dos calles más abajo. ¿Qué me dices? ¿Te apuntas?

Tras mirarme con cara de sorpresa, asiente con una expresión en la que la admiración y confusión parecían ir de la mano, sin saber bien ni a dónde ni qué decir.

Cuando por fin llega la hora de salir, Claudia se siente como una niña pequeña a la espera de que abran su tienda de caramelos favorita. Permanece impaciente frente al reloj, esperando que marque la hora de salir.

—¡Vaya! Con esa cara parece que tengas una cita con el chico más guapo de clase, Claudia. —Oye decir a Virginia, de manera sensual en su oído, mientras se acerca al reloj tarjeta en mano.

—No es que no me parezcas atractiva y bonita, pero no eres Mario —apunta sin ánimo de ofender, al mismo tiempo que deja caer el efecto que Mario ha provocado en ella horas atrás.

—Así que ya has averiguado cómo se llama, pillina —comenta Virginia con una media sonrisa que no admite más interpretaciones.

—No ha sido difícil, parece ser que todas sabían de él menos yo. ¿Acaso tienes miedo de que te lo robe? Recuerda que, aunque no esté casada en la práctica, para mí es lo mismo. El único mercado en el que nuevo es el de los tomates, calabacines, pepinillos... Ahora que lo pienso, ¡¡ni en ese trajino con nada!! —Ambas se rieron con ganas frente a las caras largas de sus compañeros, que no parecían emocionados por salir de allí. Seguro que desconocían esos emoticonos de *WhatsApp* con berenjenas y gotitas de agua. O eso, o ella con Virginia volvía a los veinte años...

No preguntéis por qué, pero hacía tiempo ya que los dio por perdidos. Igual solo era la envidia de ver sus sonrisas, pero estas podían hacer su vida mucho más amena con menos esfuerzo del que

creían. Solo una risita y su estado de ánimo —sea cual sea— cambiaba y permitía disfrutar de cada momento del día.

—Pues en ese caso, lamento quitarte la ilusión: está felizmente casado y, para más sorna, con una mujer despampanante —afirma Virginia, lo que le hizo volver a la realidad y dejar de pensar en sus compañeros y sus caras largas.

—Guarra... —dicen ambas casi al unísono antes de volver a echarse a reír.

La comida fue divertida, pusieron a caer de un guindo a la pobre mujer de Mario y se desfogaron bien acerca de qué y cómo someterían a su compañero de trabajo en sus respectivas camas o, la verdad, en el lugar que se les permitiera. La posibilidad conjunta no se planteó, gracias a Dios, porque Virginia comenzaba a asustarla.

Y allí estaban al fin. Parecía que con un cartel luminoso, llamativo incluso, que provocaba un rubor igual de inconfesable que podía leerse en su nombre: *Placeres Inconfesables* frente a ellas. Todo ello se unía a lo que parecía una expresión en Virginia que le hacía pensar a Claudia que estaba igual de cohibida que ella. «Vaya, vaya, igual lo suyo es todo fachada y bla, bla, bla...». Así que Claudia decidió tomar el mando.

—¡Qué! ¿Entramos? —le preguntó sin dejar de mirarla, antes de continuar y propinarle un codazo divertido—. No creo que salgan a por nosotras y nos cojan de la mano para que pasemos.

Mientras pensaba que igual no era una mala técnica de *marketing*, ve cómo Virginia se acercaba a la puerta de entrada, con talante y decidida. Antes de abrirla, se da la vuelta y suelta como si nada:

—Tranquila, aquí no encontrarás esas cabinas de las películas ni esos espectáculos de bailarinas desnudas de los que hablan los machos alfa que quieren fardar frente a sus amigos.

«*No comment*». La cara de Claudia y sus ojos a punto de salirse de sus órbitas hablaban por sí solos.

Entró tras ella y vio cómo todo frente a ella no tenía nada que ver con lo que esperaba encontrar. Un aroma penetrante, pero dulce a incienso, le embriaga. Era suave, se introducía en su interior mientras lo inhalaba y miles de sensaciones la recorrían de pies a cabeza. «Solo con esto ya siento mi predisposición a comprar todo lo que me ofrezcan o vean mis ojos; otra técnica de *marketing*. Espero que no lo hagan o, al menos, no de manera directa».

—¡Eh! Claudia, ¿ocurre algo? —pregunta Virginia con su expresión de pasmo y de *yo nunca he roto un plato*, ya tan habitual cuando está con Claudia—. ¿Dónde te fuiste...? Es el incienso, tranquila, a todas nos pasa la primera vez que entramos aquí.

—Peeeerдона. ¿Ya conocías este sitio y no me dijiste nada?

—¿Y perderme tu cara? ¡¡Ni loca!! —responde con una pregunta al mismo tiempo que le guiña un ojo sin dejar de reír.

«Será perra la tía. Pero perra, muy perra», no deja de repetirse.

Juegos de mesa, vídeos, libros, pero ¿y lo interesante? Virginia agarra su mano y giran tras una pared que las coloca frente al Olimpo del placer autosuficiente —o quizá no—. Sí, consoladores de todos los tipos: grandes, pequeños, minúsculos, con formas adaptadas para ser utilizados única y exclusivamente donde es necesario, y otros que solo le parecían viables en las películas para mayores de dieciocho años —si es que aún hay límites en la edad o es dieciocho ese límite—. Junto a la última vitrina, una percha con cientos de disfraces colgados: enfermera, policía, chica *Playboy*, etc. Terminando con sadomasoquismo sin ningún tipo de filtro o tabúes: pinzas para pezones, látigos, esposas, cadenas, ataduras para muñecas, máscaras... Cuando consigue devolver a sus músculos la movilidad

que anula la parálisis que la ha dejado petrificada frente a una fusta de cuero, intenta darse la vuelta de camino a la salida, abrumada por todo lo que se le viene a la cabeza. Virginia estrecha su muñeca y la frena en seco; se coloca frente a ella, colocando sus manos en los brazos de ella, y comienza a escupir las palabras que necesitaba oír para no huir despavorida como pollo sin cabeza:

—Claudia, tranquila, no pasa nada; para todo hay una primera vez.

—Eeeeeeh... pero... es que yo... hummm... ¡¡No sé qué leches venía buscando!! Pero este no es mi sitio. —Se cruza de brazos e, incapaz de sostener su mirada, esta se fija entre tambaleos, como un potrillo recién nacido, en el pulcro y brillante suelo granate bajo los pies de ambas.

—Aquí al lado hay una cafetería muy cuca donde me puedes contar qué ocurre; igual si conseguimos averiguar qué necesitas en realidad, todo será más fácil. ¿Te parece?

«Si es que es ¡¡odiosa!! Así es imposible encontrar algo negativo en ella. Ya está, es mejor que yo, cuanto antes lo asuma mejor», se dice a sí misma mientras salen del *sex-shop*, aún con la mirada de Claudia fija en el suelo, sin levantarse ni siquiera para despedir a la amable y risueña dependienta. El sonido de la puerta al cerrarse tras ella parece haberle quitado una tonelada de culpabilidad de encima. Años de recatada actuación habían sido avergonzados y sonrojados, sin esperarlo, en un abrir y cerrar de ojos.

«¿Qué creía? ¿Que era lo suficientemente madura y adulta para desfogar mis anhelos en un sitio como ese?», se pregunta avergonzada a la vez que arrepentida.

Bajaron la calle despacio, sin decir nada, apenas compartieron unas miradas de comprensión que Claudia sentía sinceras por parte de Virginia. Mientras, pasó su brazo por encima de sus hombros. Las

miradas de Claudia quizá eran más de vergüenza. Doblaron la esquina y, como por arte de magia, una pequeña cafetería-pastelería se mostró frente a ellas: coqueta no, lo siguiente, con una decoración perfecta y un olor dulce que se desprendía con el vaivén de la puerta. Este no paraba al entrar y salir gente entre risas y conversaciones más audibles de lo normal, quizá por el final de la jornada de trabajo; si acaso, lo que hacía era aumentar. Ese aroma, que engordaba solo con respirarlo, le insufló la fuerza suficiente para que su mirada volviera a ser la de siempre e intentara observar la vida más allá del asfalto. Se sentaron en una pequeña mesa al fondo, junto al enorme ventanal por donde aún calentaban los rayos de sol. Virginia pide para Claudia un *capuccino* con extra de chocolate y tarta de zanahoria de la casa.

—Está impresionante, ya verás —le dice, relamiéndose antes de preguntar—: ¿Qué te ocurre, Claudia? ¿Habéis perdido el deseo? —pregunta sin preliminares, sin dar rodeos. Directa y clara como era de esperar en ella.

—Creo que sí, pero de una manera completamente inversa, si es que se puede explicar así. —Ante su expresión confusa, Claudia prosigue—: Yo estoy *on fire* a cada minuto, lo contrario que parece ocurrirle a él; por ejemplo, a Mario en medio minuto le hice de todo en mi cabeza, incluso cosas que ni me había planteado que sería capaz de hacer, y él... Adrián está lejos, o así lo siento, a otra cosa. No sé, muy lejos. —Hundió la cara entre sus manos y la camarera trajo los cafés junto con las dos porciones de tarta.

—¿Te has planteado, y perdona mi atrevimiento, si puede haber alguien más?

—No lo creo, no. Desde que se desmayó... ¿Te acuerdas? —Virginia asiente y continúa—: No parece compartir nada conmigo, solo

espacio físico; como si fuéramos compañeros de piso.

En ese momento, oyeron unos sutiles golpecitos en el ventanal, giraron la cabeza con una sincronización absoluta entre ambas, y vieron a Mario en la calle. Su sonrisa deslumbraba el local más que la luz del sol que lo inundaba todo en la cafetería —o igual solo iluminaba la mente adolescente de Claudia—. Virginia le hace un gesto, animándole a entrar, y acaricia la mano de su compañera de trabajo sin decir nada; una expresión de «continuaremos en otro momento con esta conversación» se reflejaba en su rostro.

—¡Hola, guapa! —saluda Mario a Virginia, que se levanta y le da dos besos, abrazándole el cuello.

«¡Qué tía, no pierde la oportunidad!». Claudia estudia en su cabeza su reacción y su expresión corporal al ver su muestra de afecto tan cercana, a pesar de haber dicho por activa y por pasiva no ser tan amigos...

—¿Conoces a Claudia? —pregunta sin soltarlo mientras se vuelve a mirarla al mismo tiempo.

Se levantó tambaleándose, al mismo tiempo que se dio con el pico de la mesa y casi consigue que los cafés se derramen por todas partes mientras oscilaban con peligro sobre los pequeños platos en los que se apoyaban.

«¡¿¿Qué leches pasa??!! ¡¿¿Tengo quince años??!!», piensa sin poder evitar poner los ojos en blanco.

—Humm... Sí. Creo haberla visto algún día frente al reloj del fichaje —contesta mientras no se molesta en disimular cómo la recorre de arriba abajo.

«¿Acaso nuestro encuentro visual de esta mañana solo pasó en mi cabeza?», recuerda Claudia sin dar tiempo a su cabeza para elaborar

una respuesta con sentido.

La quinceañera que llevaba dentro saltó de alegría y dio palmas como si le hubieran ofrecido llevarla al baile de primavera. Siente cómo el rubor comienza a teñir sus mejillas y, de nuevo, su mirada se centra ahora en las baldosas de la cafetería.

«Vuelve, Claudia, vuelve».

—Hola, ¿qué tal? —Se acerca a darle dos besos, no sin antes intentar esquivar de manera elegante el otro pico de la mesa, aunque con el mismo resultado. Hace como si nada y se encarga de marcar bien sus dos besos sin apenas inmutarse.

Mario abraza su cintura con vigor a la vez que su cabeza no cree recordar que hiciera lo mismo con Virginia; una sonrisa infantil e incontrolable se dibuja en su expresión, pareciendo más tonta que otra cosa.

—Claudia, ¿qué te parece si pedimos la cuenta y vamos a tomarnos algo con Mario? —le pregunta Virginia con mirada penetrante y muy intensa, con los ojos más abiertos de lo normal, incluso arqueando ambas cejas.

En su línea de papel secundario y *bicho-bola* que tanto le gustaba ejercer a Claudia, asiente y va a la barra a pagar. Mientras espera a que la camarera le entregue las vueltas, oye cómo Virginia se ríe y puede ver de reojo cómo coloca su mano en el brazo de Mario de manera *sexy* y despreocupada.

«Bien jugado, pero ¿a qué es a lo que jugamos? ¿Yo también participo? Hasta dónde yo sé, el levantarse de la mesa hacia la barra y caminar casi contoneándome —y sin el casi— como yo lo había hecho, invitaba a que los ojos de Mario me siguieran; pero ¡claro!, supongo que en ese planteamiento no entraba en juego Virginia. ¿De verdad había intentado ella alejarse de la situación? ¿O de manera

inconsciente buscaba algo más, esperando atraer la atención de su mirada?» Sea como sea, punto para ella; el guion de su vida se repetía. Seguía en un papel secundario.

Justo cuando recoge las monedas que le devuelve la camarera, oye detrás de ella a Virginia:

—¿Nos vamos?

Los tres se encaminan hacia la puerta y Virginia le susurra al oído que mañana hacían cuentas; Claudia asiente con la cabeza, sin necesidad de decir nada más. Estaba nerviosa, desconocía su papel en ese extraño trío que surgió sin buscarlo. Quizá solo era de *sujetavelas*, o un empujoncito divino para dejar de pensar y olvidarse de lo que en realidad pasaba en casa, o simplemente fuera solo la oportunidad para vivir y pasar un buen rato lejos de la rutina del día a día. Vivir, no sobrevivir.

Sin darse cuenta, entre pensamiento y pensamiento, entran en un irlandés del que no se había percatado antes, a pesar de pasar por ahí todos los días de camino a casa. A Claudia le encantaban estos bares, no puede evitar sonreír mientras mira a cada rincón, como un niño pequeño frente a una tienda de chucherías

—Parece que te gusta... —Escucha cómo susurran junto a su oído, y esta vez no es Virginia.

Agacha con falsa timidez la cabeza y siente cómo la piel de su cuello se eriza con el aliento de Mario, al mismo tiempo que sus piernas se estremecen ante la sensación que comienza a recorrer todo su cuerpo. Se da la vuelta y ve que Virginia no está; él parece leer su mente y, a escasos centímetros de ella, le dice:

—Tranquila, ha ido a por unas cervezas —sentencia y sonrío mientras desvía su mirada a la barra.

Claudia cree caer muerta ahí mismo; sentirle tan cerca, todo es tan... inesperado.

Antes de que pueda comentar algo divertido, simpático o simplemente adecuado, Mario coloca su mano en la espalda de ella y la lleva hacia una mesa apenas visible, solitaria y escondida, solo evidente si se giraba la esquina más alejada de la puerta. Da la impresión de haber ido decidido, como sabiendo de antemano que esa era la adecuada para el momento. Su momento. Claudia se sienta y él hace lo propio en la silla situada junto a la suya. Se coloca de lado y espera unos segundos, que se le hacen eternos, antes de comenzar a hablar.

—Bueno, cuéntame. Solo sé tu nombre —dice con una mirada que parece atravesarla. Miente, la atraviesa.

El mundo, o lo que sea que ocurría a su alrededor, incluso fuera del ya bautizado como *su irlandés*, el de ambos, desaparece. No quiere pensar, solo disfrutar del momento.

—En eso estamos igualados, yo tampoco sé mucho más.

—Pues si no sabes mucho más que tu nombre... es que no es solo café lo que tomabais en la cafetería. ¿Irlandés cargadito? —añade con una sonrisa, mientras ella no puede sentirse más estúpida, antes de continuar—: Yo pregunté primero, así que te toca empezar a ti.

Esta vez sonrío con malicia, de una manera tan encantadora que Claudia quiere abrazarlo fuerte, sin lógica alguna. Por suerte, o quizá no, se contiene.

—Pues vivo con mi pareja después de dieciocho meses juntos y dos rupturas, la suya y la mía, muy dolorosas para ambos; llevo en el Ministerio de Hacienda más años de los que me gusta recordar, y no sé, soy escorpio. —Sonrío de la manera más torpe que encuentra ese

diablo interior que la domina en esas situaciones, ese que suele recordarle que está fuera de lugar conversando con alguien así.

—Además de tener una sonrisa y una mirada preciosas.

Tocada y hundida; menuda manera de devolver sus pensamientos a la mesa *escondida*. Sí, ya sé que es una frase hecha, extraída de ese manual que algunos hombres parecen traer bajo al brazo al nacer, pero... ¡¡¡wow!!!

—Ya estoy aquí, chicos. Tres cervezas bien fresquitas. Habéis elegido la mesa más oculta a ojos curiosos, ¿eh? —comenta con una mirada que parece querer leerles la mente o pretende que comiencen a confesar estar haciendo algo malo, incluso inadecuado. Malísimo a los ojos ajenos.

En ese momento, Claudia se da cuenta de que Virginia ha cortado en seco su... ¿affaire? Había que fastidiarse, la tía no podía venir en peor momento. «¿Y yo en qué estaba pensando? Vuelve. ¿Las palabras de Mario de verdad significan lo que parece? No, no podía ser, esas cosas no me pasan a mí».

—Claudia, necesito que me acompañes al baño... —dice Virginia mientras la coge del brazo y prácticamente la saca a rastras de allí.

Ya en el baño, con algo menos de sonido ambiente que en la mesa, Virginia mira a Claudia fijamente a los ojos y comienza a hablar:

—Le encantas, de verdad. No hay duda, y como te conozco, seguro que no te lo crees: aprovecha, no dejes pasar esta oportunidad...

—Espera, espera. ¿Qué parte de pertenecer *exclusivamente* al mercado de los tomates no entendiste cuando hablamos? ¡¡Virginia!! Es como si estuviera casada, y sin el como.

—No te digo que te lo tires aquí mismo, solo que tontees, que te sientas femenina, mujer, *sexy*, que te demuestres a ti misma que también estás en un mercado alejado de tus dichosos tomates —

replica con un tono más elevado del que le hubiera gustado oír a Claudia.

Sin darle opción a decir nada, agarra su mano y la empuja hacia la puerta. Antes siquiera de cruzarla, entre un montón de chicas que entran entre risas, oye cómo dice:

—Vamos, Claudia, solo se vive una vez, aprovecha lo que él parece querer ofrecerte, juntos y sin mucho disimulo...

De vuelta en la mesa, intenta sonreír y espera no estar roja como los tan mencionados tomates que no dejan de mencionar Virginia y ella. Se sienta y, antes de poder abrir la boca, Virginia ya está de nuevo frente a ellos.

—¡Vaya! Lo siento, chicos, acaba de llamarme mi hermana. Le ha ocurrido no sé qué con la mudanza y me necesita. Pasadlo bien. El lunes me ponéis al día, ¿vale?

Y, sin más preámbulos, les da dos besos y sale disparada hacia la calle, no sin antes girarse para guiñarle un ojo a Claudia.

«Será perra. Como Mario se haya dado cuenta, la mato».

—¿Cuándo llamaron? —pregunta él dudoso y con una sonrisa, que al menos a ella le pareció... ¿pícara?

«¿Me intenta sacar información? Piensa, Claudia, piensa. ¿Qué se supone que debo responder yo a eso? Pero antes, ¿qué leches hago aquí?».

—Pues... eh... Ha debido de ser cuando volvíamos del baño; entre tanta gente seguro que no me di cuenta.

«Si no ha sonado creíble ni para mí, ¿cómo leches se lo va a tragar? Por su expresión, la verdad es que tampoco parece importarle ni darle muchas más vueltas».

—Bueno, entonces nos tendremos que beber su cerveza, ¿no? ¿Por dónde íbamos tú y yo? —Y de nuevo esa sonrisa que comenzaba a

matarla, despacio, sin salida por la que huir.

¿Le podría sonar más *sexy* y provocativo ese «tú y yo»? Intenta hacer memoria, despertar recuerdos enterrados en su mente de cuando salía de fiesta o simplemente tomaba café con sus amigas — esas de las que desconocía su paradero ahora mismo—, de cuando sus días no se reducían a sofá y trabajar, trabajar y sofá. ¡Vamos! Cuando disfrutar de vida social tenía algún significado para ella. Nada. No encontraba nada que le sirviera. El silencio comenzaba a ser incómodo y cada vez se encontraba más nerviosa. Con los ojos puestos en la pulsera que abrazaba su muñeca, siente cómo sobre la otra mano que está apoyada en la mesa, unos dedos se deslizan con suavidad. «¿¡¡Acaso quiere rematarme!!? ¿Me lanzo a sus labios y solvento el problema de si tengo que decir algo o no?», no deja de fustigarse hasta que oye:

—Tranquila, Claudia, pareces preocupada o incluso nerviosa. Solo estamos tomando unas cañas. Si no quieres la de Virginia, ya me la bebo yo. —Y una sonrisa burlona de oreja a oreja se dibuja en su rostro de una manera encantadora.

—Estás gracioso, ¿eh?

—¿Por? —pregunta mientras ríe ladino, antes de seguir—: Me he acercado a por la cerveza que Virginia ha dejado junto a tu mano, y me ha parecido que el mero hecho de hacerlo te incomodaba.

—Ya somos mayorcitos para esto, ¿no?

«O sea, nada de caricias, me ha acariciado por casualidad. Ya, ya, lo que él diga».

—¿Para qué...? No te sigo —responde sin dejar de mirarla a los ojos.

—Ya, ya. ¿Cuántos años tienes? ¿Cuántas chicas han caído bajo esas frases manidas y sonrisas practicadas frente al espejo? ¡¡Me has

acariciado la mano, por el amor de Dios!! ¿O de verdad era un roce fortuito yendo a por la cerveza? No me salgas ahora con que fue sin querer.

«Mierda, ha sonado demasiado borde. ¿Qué haces, Claudia? ¿¿¿¿Qué.Leches.Haces!!!???»

—Vaya. No te andas con rodeos, ¿eh? Quién lo hubiera dicho...

—En serio, Mario, no sé cuántos años tendrás, pero desde luego dejamos atrás el tontear como si fuéramos unos adolescentes — responde sin filtrar ni las palabras ni el tono de su voz.

—No te voy a negar que ya me había fijado en ti hace unas semanas, cuando empezaste a ir a buscar a Virginia. ¿Qué tiene de malo lo que estamos haciendo? —Y no deja de acariciar la mano de Claudia mientras habla, y ella intenta disimular los ronroneos de sus caderas en el asiento—. En serio, solo estamos disfrutando de tomar algo después de trabajar, ¿no?

—Venga, va, aceptamos barco, me relajo y dejo de pensar.

«¡Ja! Como si eso fuera posible. ¿Son necesarias las caricias? No cuela».

—Bueno, entonces... ¿Dónde nos habíamos quedado?

—En que soy escorpio...

—Sabes lo que dicen de los, o mejor dicho *las*, escorpio, ¿verdad?

—Sorpréndeme... —Y, de manera inconsciente, siente cómo una mirada provocativa era disparada directa de sus ojos a los suyos.

—Sois sensuales y apasionados como pocos, también... ¡Eh, espera! No puedo enseñar todas mis cartas en nuestra primera cita.

En ese momento, se acerca un poco más a ella y permanece en silencio, sin dejar de fulminarla con su mirada.

—Hummm. ¿Entonces esto es una cita? ¿Te pusiste de acuerdo con la hermana de Virginia para que la sacara de aquí? ¡Ah, no, espera!

¿Quieres encontrar algo escabroso que contar el lunes en la oficina?

—Eh... ¡¡Frena, frena!! Solo intento conseguir una excusa para poder volver a vernos fuera del trabajo.

Ahora es Claudia la perra, poniendo en práctica el guiño de Virginia mientras se alejaba; no puede evitarlo y sonrío mientras se muerde el labio inferior y aleja su mirada de la suya.

—Me encantan esos gestos tan sutiles que crees (o haces creer) que no utilizas para seducir. Pero creo que ese labio me dice que volveremos a vernos. Aunque no lo creas, no soy solo yo quien está jugando con esa raya que socialmente no debemos cruzar; solo que yo escondo a medias el volver a repetir esto y tú intentas esconderlo del todo.

## Capítulo 4

# Danger, danger, dangeeeeer

Cierra la puerta de casa despacio y apoya su frente sobre ella. La fría, blanca y preciosa madera consigue tranquilizarla durante unos segundos mientras piensa cómo es posible que haya podido llegar a casa sin tropezarse; se habían despedido hace cuarenta y cinco minutos, aún flaqueaban sus piernas y no había conseguido que sus dedos dejaran de temblar.

«¿Qué demonios ha pasado? ¿Cómo he llegado a compartir un momento así con alguien que hacía veinticuatro horas ni siquiera conocía?». Se separó de la puerta y se dio cuenta de que no tenía el teléfono de Virginia para poder desahogarse y amenazarla con una muerte lenta y dolorosa por haberla abandonado sin previo aviso. «¡¿Cómo ha podido dejarme allí tirada sin decirme nada?! Aunque claro, Mario tampoco ha sido un santo. Está claro que ya analizaré mi propio comportamiento más adelante». Tras su arrogancia, dando por hecho que lo que fuera que hubiera pasado volvería a repetirse, Mario se levantó despacio, se acercó abrazándole el cuello con sus manos y le dio dos besos en la comisura de los labios. Por suerte estaba sentada, se habría caído de no ser así. Sin decir nada, se dirigió a la barra para cerciorarse de que todo estaba pagado y se marchó sin echar la vista atrás.

De camino a la habitación, comienza a recordar cuando Adrián la miró por primera vez como lo había hecho hoy Mario. Se tumba sobre la cama y el recuerdo de aquella noche se refleja frente a ella

como si de una película se tratara. Fotograma a fotograma. Despacio, cada gesto, cada mirada... Revivirlo no estaba tan mal, la verdad.

Estaban de botellón —¡qué tiempos aquellos!— en el parque de cada fin de semana, con la única diferencia de que en el grupo esa noche había más gente que de costumbre. Dos chicas nuevas les contaban cómo habían conocido a Víctor, uno de los mejores amigos de Adrián, e intentaban hacerse un hueco en su noche de sábado. Parecían simpáticas, pero demasiado estupendas y fantásticas para su gusto —se da por hecho el tonito que se reproduce en su cabeza cuando lo recuerda, ¿no?—. Su mirada se desvió hasta encontrarse con la de Adrián sin saber por qué. No pudo evitarlo y la retiró casi de inmediato. ¿Acaso lo había pillado *in fraganti* mientras él la miraba? Esa noche, Marcos estaba en una fiesta de la universidad, y aún a regañadientes, le dijo que la dejaba —permitía, si hablamos de manera textual— salir con los chicos del grupo. ¡Oye, que igual tenía hasta que darle las gracias! Pero sí, Adrián, el más malote y rompecorazones del grupo, la miraba penetrándola con esos ojos color avellana; que, para no engañaros, ya habían llamado su atención en cuanto los presentaron un año atrás. No pudo evitar ruborizarse, pero volvió a mirarlo y él no había cesado en su empeño de mantener sus ojos clavados en ella. En ese momento, se puso en pie y fue a sentarse a su lado. Se acercó a su oído y susurró:

—¿Nos vamos a comprar hielo?

—Eh, vale. ¿Ya... ya no nos queda? —respondió Claudia, sin poder evitar tartamudear mientras intentaba buscar con la mirada la bolsa con el hielo, que juraría haber visto hace no mucho llena, de hecho hasta arriba.

—Hielo, bebida, da igual. Cualquier cosa me vale si hace que me pueda escapar de aquí contigo —sentenció él como si le hubiera leído la mente.

Se estremeció al momento. Observó alrededor en busca de alguien que se hubiera dado cuenta de la maniobra de Adrián, esperando una mirada que le explicara qué pasaba o incluso qué debía hacer mientras se debatía consigo misma entre alejarse de la seguridad del grupo o marcharse sola con él. Aunque pareciera haberse parado el tiempo mientras Claudia continuaba con su debate interno, apenas unos segundos después se puso en pie y pudo oír cómo Adrián les decía a todos que iban a la tienda. Nadie reparó en su comentario y siguieron a lo suyo; la miró, chasqueando la lengua y acercándose de nuevo a su oído, pudo escuchar: «¿ves? No pasa nada, ni siquiera les importa. Tranquila, vámonos». Se apartaron sigilosos y pronto la oscuridad de la noche en el parque los envolvió entre los árboles.

—Creo que no me apetece ir a la tienda —dice cuando están lo suficientemente alejados como para ser oídos. Podría incluso decir que estaban lejos de sus posibles miradas.

—Pero para eso nos hemos ido, ¿no? —pregunta a la espera de conocer qué pasa por su cabeza.

—Me encantan esos columpios. ¿Vamos? —pregunta Adrián mientras se acerca hacia ellos, sin esperar respuesta por parte de Claudia ni contestar a su pregunta.

Antes de poder replicar, observa cómo se sienta y comienza a balancearse, como si de un niño pequeño se tratara, solo que su mirada es muy, muy, pero que muy *sexy* como para ser la de un niño... En ese momento, sus ojos parecen decir todo lo que su cabeza se resiste a creer que esté pasando. Le tiende la mano y, sin pensarlo,

acerca la suya hasta acariciar la de él. La atrae hacia su cuerpo, hasta quedar a escasos milímetros el uno del otro.

—Hoy estás preciosa, y sin Marcos brillas aún más. No sé qué ves en él; está muy por debajo de lo que te mereces.

—Eh... No sé si deberías hablar así de un amigo tuyo —replica ella, aun si por dentro la había derretido, sorprendido y para qué engañarnos, dejado *KO*.

—Sabes que es así, Claudia. Lo que no entiendo es cómo aún no te has dado cuenta. A veces parece que ni siquiera te lo has planteado —añade mientras se acerca más, si es que eso es posible.

Esta retrocede unos pasos. Baja la mirada mientras sus pies juegan con la arena que hay entre ellos y puede escuchar cómo su corazón no deja de bombear cada vez más rápido.

—Anda, siéntate conmigo, aún hay muchas cosas que no sé y quiero saber de ti.

Y, dejando el columpio atrás, se pone en pie y vuelve a acercarse a ella, antes de sentarse en la arena junto a sus pies.

De nuevo esa mirada, esa atracción entre los dos que la paraliza y no recordaba haber sentido en este último año que había pasado desde que los presentaron.

«Me ha dejado con la miel en los labios. ¡Joder!».

Vuelve a levantarse al ver que ella no se sienta junto a él y se acerca despacio, acaricia su mejilla derecha y entrelaza los dedos alrededor de su cuello. Sin que ninguno de sus músculos hagan amago de oponerse, puede sentir cómo sus labios se acercan peligrosamente a los de Claudia...

—¡¡Ey, mi vida!! ¿Dónde andas? Pareces muy lejos de aquí...

Se pone en pie de un salto y encuentra a Adrián a los pies de la cama; la acaba de arrancar de un momento que creía olvidado, pero solo estaba enterrado, a la espera de volver a ver la luz. Ni siquiera había oído cómo se había abierto la puerta de la calle al llegar. Sin pensarlo, se lanzó sobre él antes de decir nada.

—Vaya. Menudo abrazo, Claudia. ¿Ocurre algo?

—¿Tiene que ocurrir algo para abrazarnos así? ¿No deberíamos hacerlo siempre?

—No te digo que no, pero no sé... ¡Bah! No me hagas caso — responde antes de ir hacia la cómoda situada al otro lado de la cama y comenzar a buscar su ropa para ponerse cómodo.

«Hummm... Ese despliegue de romanticismo y pasión que tanto me gusta, tal y como muestra en los últimos meses», piensa frunciendo el ceño. «No he hecho nada malo, así que no tengo razón por la que sentirme culpable, ni con Adrián ni conmigo misma», escucha en su cabeza sin dejar de intentar racionalizar —pero muy bajito, no os creáis— lo que ha pasado con Mario. ¡Total!, nadie le puede poner freno a todo lo que cavila en silencio en una mente femenina.

El fin de semana discurre como todos los anteriores. Lo único que cambia es que no escucha el despertador por las mañanas. Por lo demás, los parecidos con los días del resto de la semana son alarmantes. No sabía por qué, pero cuando se ve en la cama el domingo por la noche, no maldice que al día siguiente sea lunes.

«¿Hay peor señal que esa...?».

Al menos al día siguiente no solo se despierta eufórica, sino que se siente con el guapo subido cuando llega al ministerio; de nuevo llega pronto, esta vez tres minutos antes. Ficha, se dirige al ascensor y pulsa el cinco. Va a saludar a Virginia antes de ir a su ventanilla en la

primera planta, aunque una pequeña parte de ella parece ponerse en marcha para poder encontrar a alguien más que a Virginia al que poder dar los buenos días.

## Capítulo 5

# Ni danger ni boquerones en vinagre

Nada más abrirse las puertas del ascensor, Claudia se encontró cara a cara con Virginia y, como de costumbre, se anticipa a sus palabras.

—Bajaba a buscarte ahora mismo; no sé por qué, algo me decía que hoy llegarías pronto —dice Virginia con una sonrisa pícaro mientras Claudia pone los ojos en blanco y mientras nota los empujones de todos los que intentaban salir, sorteándola parada en medio de la puerta. Virginia no se inmutó y seguía con su *speech* —: Anda, venga, vamos a por un café.

Se echa a un lado y entran tanto ella como su preciosa sonrisa, que la deslumbra al golpear su reflejo con su expresión de persona simplemente... ¿normal? Alejada de la perfección de ella, a la que seguía sin encontrar una pega. «¡¡Pero si es lunes, vaya aspecto tiene la tía!!», continuaba azotándose en silencio.

Cuando llegan al minúsculo pasillo donde está encajada casi a presión, y sin el casi, la máquina de café junto a la de refrescos y demás comida basura, como si no hubieran encontrado otro lugar más acogedor para situarlas. Quizá no querían que se convirtiera en sala de reuniones y/o disfrute junto con charlas entre compañeros que se convierten en amigos con el tiempo. Ven cómo es Mario quien está recogiendo su café. Claudia se pone nerviosa, siente cómo sus labios comienzan a temblar sin control cuando pasa junto a ellas con su vaso ya en la mano, les sonríe y desaparece tras la esquina. Precioso. «Muy bonito todo». Su cara debe de ser un poema cuando

empieza a escuchar cómo Virginia está desternillada de la risa junto a ella.

—Yo no le veo la gracia.

—Eso es porque no te ves la cara —contesta sin parar de reír, antes de continuar—: ¿Qué esperabas? ¿Que se arrodillara y te dijera que ha dejado a la perra de su mujer porque ha descubierto que eres tú la mujer de su vida?

—Perdona, bonita, pero fuiste tú la que me dejaste tirada con él sin ni siquiera avisarme —replicó al mismo tiempo que metía en la ranura todas las monedas coloradas que encuentra en los bolsillos. Esas que guardaba en casa sin razón aparente, pero que ahora habían encontrado su principal objetivo en la vida.

No parecen importarle sus bufidos —quizá porque son silenciosos—. Mientras tanto, ella sigue sin parar de reír, cuando Claudia recuerda sus palabras en el irlandés y, de repente, siente que no puede seguir callada más tiempo:

—«Le encantas, de verdad, no hay duda», ¿recuerdas? Esas fueron tus palabras exactas nada más salir del baño, cual rata que salta del barco a punto de hundirse —la culpa sin poder evitar el retintín en su tono de voz, con evidente recochineo.

Recoge su café tan digna como puede y se dirige al ascensor mientras oye al alejarse cómo Virginia pide clemencia entre risas. «Sí, ese es su defecto. No hay duda. ¿De dónde ha sacado esa risita tan insoportable?». Un gruñido emana de ella sin poder controlarlo; como ese sea su gran defecto, iba apañada. Ella y el resto de mujeres en un radio de al menos cincuenta kilómetros. ¡¡Qué cincuenta... Cien o doscientos!!

Pasa el día refunfuñando, asqueada con Mario y, en especial, con ella misma. Al final, Virginia iba a tener razón; se dejó engatusar por

palabras bonitas, aunque manidas, miradas *sexys* y la sensación de gustar a un hombre que, bueno... ¡¡Vaya hombre!! «Pero ¿qué? ¿He vuelto a la adolescencia?». Piensa en que su vida debería ser mucho más que un tonto superficial que solo le proporcionaba unos minutos de euforia a su autoestima —que por otra parte debería fluir y quererle sin esfuerzo a sí misma, pero tampoco iba a negar que estuviera de más—, y un cosquilleo sexual, que ya creía olvidado, le estremece.

El último minuto antes de poder fichar la salida parece levitar en el ambiente sobre sus ansias de cruzar la puerta y ser libres, al menos por unas horas.

¿Conocéis esa sensación de que en otro lugar, lejos de donde estáis, quizá un mundo paralelo se apropia de todo lo que queréis? ¿No? Bueno, mejor entonces. Seguid así, tenéis más posibilidades de ser felices.

En ese momento, fija su mirada en el reloj como si así pudiera intimidarlo y conseguir que avanzara más deprisa. Estaba tan concentrada que no se dio cuenta de que alguien respiraba con suavidad junto a su cuello; se da la vuelta y encuentra a Virginia, que comienza a reírse de nuevo, como hacía unas horas.

—¿Esperabas que fuera tu amante secreto?

—Lo que no esperaba es que fueras así de adolescente. ¿Eres feliz cuando fastidias sin razón alguna? ¿Qué tienes, quince años?

En ese momento, el reloj parpadea y pueden comenzar a fichar. Desliza su tarjeta por la ranura y sale por la puerta, sin mirar atrás ni escuchar nada de lo que pasara a sus espaldas. Decide volver a su mundo apasionado, loco y envidiable a pie, al menos un tramo. Estaba orgullosa de su recién descubierta fuerza de voluntad, cuando escucha cómo un *WhatsApp* vibra en su móvil. Desbloquea la

pantalla: número desconocido. Se frena en seco y la señora que caminaba detrás de ella tropieza con ella, gruñe palabras que no alcanza a entender y vuelve a la pantalla de su móvil:

*Qué pronto te has ido, hoy no pude decirte ninguna característica más de tu horóscopo. ¿Tomamos algo? ¿Te parece bien en la cafetería de las tartas, o mejor en nuestro irlandés?*

Su cara debe de ser un poema, le parece que todo el que se cruza con ella observa su expresión y chasquea la lengua. ¡Ja! Ni que a los demás les importara saber qué le pasa a la gente con la que se cruza.

«Venga, Claudia, que no eres el centro del universo, ni siquiera del tuyo propio».

En ese momento, le llevaron todos los demonios que pudo encontrar, suyos y ajenos. «¿De verdad cree que iré a su encuentro sin haberme saludado cuando nos vimos esta mañana? ¡¡Ni una mísera mueca hizo!!». Comienza a caminar de nuevo, su cabeza es un no parar de improperios, comentarios alejados de lo políticamente correcto y movimientos negativos de su cabeza. A pesar de eso, las imágenes de lo maravilloso que sería tenerlo en ese momento entre sus piernas se cuelan entre bufido y bufido. Sin darse cuenta, se encuentra frente a la cafetería. Perfecto, sus pies andaban y pensaban por ella. Justo cuando se dispone a volver por donde ha venido, se encuentra con Mario frente a ella.

—No sé por qué, pero sabía que vendrías aquí. Estás intrigada por saber qué te define, como buena escorpio que eres —comenta con una sonrisa perfecta al mismo tiempo que arquea una ceja.

Claudia no quería engañarse. Eran odiosos, tanto él como sus gestos.

Por dentro intentaba controlar su cuerpo para no caer rendida a sus pies. Aun así, intentó encontrar toda esa chulería que siempre la

había caracterizado:

—Para saber tanto, ¿nadie te ha dicho que es de mala educación no saludar a una persona cuando te la cruzas?

—Mmmmmm... ¿Perdona?

—Esta mañana, en la máquina de café. ¿Acaso no me viste? En fin, da igual. —Pareció sacar a flote su dignidad, ahogada entre sus ademanes, sonrisas y coqueteo irresistible. Pero, dándole importancia cara a cara, no dejaba de sacarlo en la conversación—. ¿Y ahora qué? Te comportas como un macho alfa en tu mensaje y vienes aquí pavoneándote... —Deja las miles de cosas que le gustaría decirle (y hacerle) en el aire, sin poder evitar el disgusto en su expresión y en el tono de voz.

—Eh, tranquila. Calma, calma. Anda, vamos dentro y nos tomamos algo.

—Prefiero el irlandés, no sé por qué vine aquí —comenta tirante mientras su dignidad y ella intentaban no dejarle *ganar*.

—Pues al irlandés entonces. Donde diga la señorita, si eso hace que pasemos un rato los dos solos. Quiero descubrir cuánto más tienes de este escorpio tan especial.

Sin réplica por parte de Claudia, comienza a andar junto a él sin dejar apenas que pueda correr el aire entre ambos. Durante los escasos doscientos metros que separan la cafetería del bar, permanecieron en silencio. Le parece sentir una tensión sexual que su autoestima se encarga de devolver a donde quisiera que estuviera escondida. Se para frente a la puerta. «¿De verdad quiero hacer esto?», se pregunta mientras otra parte de ella desconoce qué es lo que estaba haciendo, o peor aún, iba a hacer. Al menos una parte en su cabeza, la que tiene muy claro lo que le gustaría hacer mientras se

debate entre si de verdad está bien o mal, sigue flagelándola por dentro.

—Ah, ¿no entramos?

—¿Deberíamos? —responde con otra pregunta al mismo tiempo que fija su mirada en la de él.

—Quizá sea mejor hablar todo esto dentro, si es que lo ves necesario. —Abrió la puerta, con su arqueado de cejas incluido, y le hizo un gesto con la mano para que entrara.

Apenas había gente, era lunes por la tarde y los pocos que decidían vivir al límite socializando un lunes preferían estar en una terraza, con el sol de primavera en sus caras, y no en la oscuridad de un bar de copas. Se sentaron en una mesa aún más escondida que la de la vez anterior. Mario se acomoda junto a ella, de nuevo sin aire que pueda correr entre ellos, con su pierna flexionada de lado, su rodilla rozando la cadera de Claudia y su mirada puesta en sus ojos.

—Dispara, ¿qué es eso que tanto te planteas para saber si deberíamos o no estar aquí? ¿Tienes miedo de convertirte en alcohólica? ¿De estar sola sin tu amiga? Disculpa mi ignorancia, y no te ofendas, pero como bien dijiste la última vez, no estamos en edad para andarnos con tonterías.

—¡Yo no dije eso! —responde en un tono más alto de lo normal, a pesar de que ni la música ni las escasas personas que están en el bar lo hagan necesario.

—Bueno, da igual, sigamos con tu horóscopo. Esta tarde se demuestra que eres dramática y... —Hace una pausa, antes de continuar al ver el estupor en la cara de Claudia—: No creo que sea algo negativo, solo que lleváis el drama en las venas. En ocasiones, lejos de lo que puede parecer, es muy positivo, tranquila.

—Das la vuelta a la tortilla, manipulas y conviertes una situación que sin duda no está bien o, al menos, no es políticamente correcta, en algo que no hace daño a nadie. En serio, ¿cómo es posible que los tíos como tú sigáis todos el mismo manual?

—Ja, ja, ja, ja, ja. Me puedo reír, ¿no? Pero dime, ¿cómo soy yo? Y antes de que te escaquees, ¿qué manual es ese del que hablas?

—¡¡Ya lo sabes, no me hagas sentir más estúpida aún!!

—A ver. Recopilo: aún no sé cómo soy y además te hago sentir estúpida. Qué buen partido soy, ¿no?

—Esa es la cuestión, ¡¡no eres ningún partido!! ¡¡¡Estás felizmente casado!!!

—Bien, entonces recopilemos de nuevo: hablo según me explica un manual (que me debo saber de memoria, porque no veo que lo lleve encima), te hago sentir estúpida y estoy felizmente casado. Mmmmm... Interesante, pero aún no me has dicho cómo soy en realidad. —Y de nuevo esa sonrisa burlona y tan sexy que la mata de una manera lenta y silenciosa que ojalá él no sepa; aunque creer eso solo sería engañarse.

Decide despertar a su dignidad, que ha vuelto a esconderse desde que entraron en el *pub*, pero a la mínima vuelve a rendirse —o se rinde ella, sin poder hacer nada—. Siente que no puede más y explota.

—¿Qué necesitas oír, halagos?! Bien, pues ahí van: eres atractivo, tu aspecto físico es... bueno, te ves todos los días frente al espejo, ¿qué te voy a decir que no sepas ya?! Eres divertido, simpático y te mueves como pez en el agua cuando estás con una chica. —Mario no puede esconder, o igual tampoco quiere, una media sonrisa adorable. Pero en este caso atisba una mínima prepotencia, tan mínima que no consigue debilitar ni un poquito su opinión acerca de él.

—Eres un amor. Lo sabes, ¿no? Pero entonces, en tu opinión, ¿qué hacemos aquí?

«Un amor, patada a mi autoestima, mi estómago y todo lo que encuentre a su paso».

—Supongo que siempre viene bien darse cuenta de que aún se está en el mercado, ¿verdad?

—¿Eso lo dices por ti o por mí, bonita?

«¿Soy un bonito amor, un amor bonito?». No puede evitar hacer juegos de palabras y alejar así el no haber oído lo que en el fondo tanto deseaba.

—Supongo que por los dos, pero no comprendo por qué tú necesitas oírlo cuando se ve a la legua que las chicas esperan en fila, aunque solo sea por ver una sonrisa tuya —le dice antes de chasquear la lengua, poniendo al mismo tiempo los ojos en blanco.

—Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja. Eso sí que es gracioso. Añadiremos a ser un amor que también eres graciosa. Pero entonces, ¿qué demonios hago aquí contigo? Mira, Claudia, vamos a hablar claro: antes me lo que esperaba, pero se ve que lo necesitas tanto como yo el poder estar a gusto contigo. —En ese momento, Claudia aprieta los muslos e intenta evitar la cara de pardilla que, sin lugar a duda, se le iba a quedar cuando Mario dejara las cosas claras. Tras una breve pausa, continúa—: Eres fantástica, desde la cafetería, antes de venir aquí la primera vez, vi algo en ti que me encantó y no esperaba. Me encontré muy cómodo, había una conexión que hacía años no sentía y solo intento no perderla. Así de fácil, no hay más. ¿Tan malo es no querer perder ese cosquilleo cuando estás cerca o simplemente pienso en ti?

«*No comment.* Perdonaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa. ¿Conexión? ¿Fantástica? ¿El primer día en la cafetería? Pero si el pico de la mesa habló por mí antes de que yo abriera mi amorosa y graciosa boca». Cientos de

preguntas se agolpan en su cabeza y siente que, si habla, tartamudearía o vomitaría todo el desbarajuste que luchaba dentro de ella.

—Cualquiera diría que mi comentario es negativo. Mejor voy a por unas cervezas y le vas dando una vuelta. O, mejor dicho, lo haces con más intimidad que la que tienes ahora aquí conmigo. —Y, con paso firme, Mario se dirige a la barra sin mirar atrás.

Quizá si salía disparada hacia la puerta todo sería más fácil. No entendía qué se suponía que debía hacer, qué era lo correcto en esa situación, así que rescató su móvil del bolso para intentar mantenerse distraída, pero como ya podréis imaginar, no lo consigue. Tras lo que le parecen unos segundos interminables, con tanta red social, grupos de *WhatsApp* y boquerones en vinagre... Para que en la pantalla solo estuviera el fondo tan ñoño que eligió en su momento. Sí, ese paisaje predeterminado que venía en la galería del móvil. «Me proporciona calma», se dijo a sí misma, y seguro que lo pensó en ese momento. Tras horas buscando algo que fuera con ella, eligió lo que creyó la mejor opción posible. Estaba claro que, si en ese momento no le proporcionaba calma, es que fueron horas perdidas aquellas en las que buscaba alguna imagen con la que se identificara.

—Se nota que hay poca gente, no tardaron ni tres minutos en atenderme. Aquí tienes tu cerveza con limón. —Y, de nuevo, esa sonrisa que en ese momento, más que adorable, solo le hacía que deseara ver cómo la observaba mientras la cabalgaba de una manera que ni siquiera ella misma se veía capaz de hacer. Otro tanto para ella y su desbocada vida sexual—. Supuse que querías lo mismo que el otro día. ¿Me equivoqué?

De camino a casa, se siente tan idiota como halagada. Esa mañana pensó que nada de *danger*, y ahora ese tío había conseguido que... ¿¿¿qué leches es lo que había conseguido??!! De nuevo, cuando cierra la puerta tras ella, apoya la frente y coge aire, mucho aire. Antes siquiera de llegar a la habitación, vibra su móvil:

*Ha sido fantástico, como tú. No le des más vueltas y solo disfruta. No hacemos nada malo.*

No hacía falta que explicara lo que se contrajo en su cuerpo al leer el mensaje. «Sí, sí. ¡Vale! Lo diré y así aprovecho para acostumbrarme a ser adulta y sentir emociones normales como el resto de la humanidad. O eso creo, hay mucho fantasma por ahí suelto». Fue su sexo el que comenzó a palpar solo con un mísero mensaje. Le había sentado bien, la próxima vez lo diría en alto en lugar de solo pensarlo.

Creía que nunca antes había bebido tan rápido; cuando terminó su cerveza con limón, él apenas le había dado un sorbo a la suya. Le dijo que Adrián no se encontraba bien y debía volver a casa para acompañarlo al médico. «Mala pécora». Odiaba hacer uso de excusas así, y más después de lo que había pasado hace unas semanas, pero necesitaba salir corriendo. Literalmente. Sin más opciones.

Aún con el móvil en la mano, oye cómo se abre la puerta de casa.

—¿Claudia? ¿Cariño? —Antes de poder contestar, Adrián llega al punto exacto del pasillo donde se encuentra parada con cara de colegiala a la que el chico malo de clase acaba de guiñar un ojo.

—¿Te encuentras bien? Estás muy pálido —dice con gesto de preocupación, coloca el dorso de la mano sobre su frente y constata que está ardiendo—. ¿Qué ocurre? —pregunta alarmada.

Adrián se aparta y entra tambaleante en la habitación con ella, y la señal de alarma de Claudia parpadea, cada vez más rápida e intensa, detrás de él.

—Me cambio y voy al hospital. —No deja de abrir y cerrar cajones, su mirada parece perdida hasta que se centra en Claudia como si acabara de verla y no hubieran hablado hace un segundo—: Qué bien que ya estés en casa, ¿me acompañas al hospital? Igual podemos llevar el coche pequeño y...

—Adrián, para —implora Claudia mientras lo agarra del brazo—. ¿Qué demonios pasa? Déjate de coches, pararemos un taxi en la calle. Vamos.

## Capítulo 6

# Montaña rusa sin Biodramina

Claudia intenta mantener la calma, sus dedos estrechan fuerte los de Adrián mientras ve cómo la ciudad se difumina a través de los cristales del taxi. Evita cruzar su mirada con la de él y que pueda descifrar el pánico que salía a borbotones de sus ojos. ¿Qué leches ocurría? No había sabido decirle qué le pasaba, y en el fondo sentía pánico de conocer la respuesta. En la habitación es como si hubiera entrado en *stand by*; durante unos segundos parecía estar como... no lo sabía muy bien. Como ido, desubicado...

Ella solía ser responsable, llevaba los pagos al día, en la nevera siempre había qué comer y la casa estaba en una situación más que aceptable —a pesar de las plantas del Oeste que se cruzaban con ellos de vez en cuando—. Dados los horarios laborales de ambos, eso era algo comprensible, ¿no? No creía que hubiera alguien que no las hubiera visto alguna vez en su piso, rondando como Pedro por su casa. Lo oye toser, fuerte, cada vez más, lo mira y parece que vaya a ahogarse. Por fin llegan al hospital. Mientras ella paga al conductor, Adrián se baja rápido y puede ver por el rabillo del ojo cómo está vomitando en una alcantarilla. «Joder, joder, joder». Su trauma con los vómitos intenta mantenerse aletargado bajo su señal de alarma cada vez más insistente, llamativa y rápida. Cuando llega a su lado, se agarra a ella y entran en Urgencias.

Era caótico, pero como ocurre en las películas en situaciones de intriga y suspense, desconcierto o pánico, su cuerpo estaba allí, pero

su mente parecía verlo todo desde fuera. La gente se desdibujaba y perdía su tridimensionalidad, el ruido se convertía en silencio y los colores de carteles, señales e indicaciones se desvanecían, permitiendo que el pánico comenzara a tener un protagonismo mayor (en ese instante creyó que hasta había conseguido ganar la batalla a su dichosa señal de alarma). Justo en ese momento, Adrián se desmaya y es incapaz de sostenerlo en pie. Como por arte de magia, enfermeros, médicos, auxiliares, celadores y todo el personal sanitario que pasaba por allí acude a su —si era sincera, se incluía en el caos— rescate. Comenzaron a atenderle en el suelo mientras una silla de ruedas esperaba a que pudieran ponerlo en pie, o al menos sentarlo. Imposible. Un chico joven con expresión de velocidad apareció como caído del cielo con una camilla. Lo colocaron sobre ella mientras no dejaban de dar órdenes, y todos parecían saber cuál era la función de cada uno de ellos. Bien, eso era bueno, el pánico solo se había sentido atraído por ella.

«Vuelve, Claudia, vuelve. Aléjate de tu país natal, sea cual sea y ¡¡haz el favor de centrarte!!».

Se quedó de pie frente a la escena, que no parecía tener nada que ver con ella, mientras observa cómo se alejan. «Esto es grave, muy grave, ya lo sabía yo», se dice al mismo tiempo que siente cómo el látigo agarrado fuerte por sus dedos no deja de fustigarla. En ese momento, una mano se posa sobre su hombro y la aparta de sus pensamientos angustiosos y completamente inútiles.

—Disculpe, ¿es su mujer? —le pregunta un atractivo joven que, antes de su relación con Mario, hubiera imaginado en miles de escenas nada relacionadas con la situación en la que se encontraba.

—Ah, no. Eh, solo soy... mmmmm... su pareja. Sí, soy su pareja, pero sin ningún papel legal de por medio ni nada reconocido. —La

expresión del hombre era la descripción gráfica de la perplejidad, aunque Claudia suponía que en su trabajo habría escuchado comentarios menos acertados que el suyo.

—Acompáñeme, por favor.

Esta solo asiente con la cabeza sin decir nada y camina tras él hacia una pequeña habitación, donde se sienta sin esperar a que se lo diga. Era un despacho frío, el color verde oscuro de las paredes no animaba a pensar nada positivo. «¿Quién demonios había pensado que este color era el más acertado para las noticias que se supone iban a escucharse entre sus cuatro paredes? Además, mi silla es minúscula y no invita a estar cómodo; está claro que el decorador obtuvo su título por correo, nada de clases prácticas ni presenciales, unido con el probable desconocimiento del *feng shui*».

—Necesitamos saber los datos de la persona que está con los médicos ahora mismo.

—¿Dónde se lo han llevado? ¿Es grave? Porque desde luego lo parecía. ¿Necesitan mi consentimiento para tomar alguna decisión? Al no ser una relación con respaldo legal... —¡Vaya! Sí que hablaba bien en situaciones así—. No sé si debería llamar a su madre, o quizá...

—Tranquila, tranquila —la interrumpe antes de permitirle continuar con los interrogantes y la verborrea que parecían no tener fin—. Solo necesito lo más básico, con la tarjeta sanitaria será suficiente para empezar. Más adelante, si es necesario algo más, la avisaremos. Intente estar tranquila y no adelantarse a lo que pueda pasar. Solo se lo han llevado a un *box* para obtener más información con todos los medios necesarios. ¿Puede decirme la razón por la que vinieron? ¿Los síntomas?

—Ah, pues no sé... Ehhh... —Otra vez comenzó a tartamudear, y lo poco que se le entendía no carecía de sentido. Inhaló aire despacio y volvió a empezar—: Llegó a casa, me dijo que lo acompañara al hospital, comenzó a hacer cosas que yo no entendí y se olvidaba de lo que decía. Ah, vomitó antes de entrar en Urgencias, y no sé, la verdad... ¡¡Ah!! —gritó en uno o dos tonos más altos de lo permitido en un hospital, e incluso por la ley en la mayoría de ambientes de la vida cotidiana—. Hace unas tres semanas, se desvaneció en casa, pero el médico de cabecera nos dijo que no era nada...

Este frunció el ceño y arqueó las cejas, como si el pobre hombre con gesto de resignación sentado frente a ella —y que además parecía escuchar con atención— tuviera la culpa o fuera responsable de actuaciones médicas ajenas.

—Perfecto, la acompañaré a la sala de espera y, si recuerda algo más, pregunte en el control de enfermería por el doctor Abarca. Toda información será útil, aunque pueda parecerle innecesaria.

Tras su charla, se encuentra en una silla aún más incómoda que la anterior, frente a un televisor que, para pertenecer a la sanidad pública, estaba bastante bien —plana, HD y cosas de esas—, aunque en ese momento prefirió que no se escatimaran gastos que pudieran necesitarse más tras las puertas abatibles de entre las que acababa de salir. En fin, decidió que era mejor respirar hondo y comenzar a pensar en cualquier cosa que pudiera ser de interés para los médicos. Un sonido lejano, que parece originarse dentro de su bolso, la aparta de sus divagaciones y recuerda que debería llamar a su querida suegra. Era un *WhatsApp* de Mario —qué oportuno— en el que escribe más cualidades de los escorpio. Estaba inmersa en la pantalla del móvil cuando una sombra frente a ella aleja su atención de la pantalla —y siguió sin avisar a su adorable suegra—. Víctor estaba de

pie frente a ella con expresión confusa. Claudia se incorpora y, sin pensarlo dos veces, le dio un abrazo.

Víctor es amigo de Adrián desde hace años, de esos compañeros del trabajo con los que se tiene más relación que con el resto; vamos, era su Virginia en versión masculina.

Se separan y se da cuenta de que ha tomado una buena decisión, su expresión parece más tranquila y ella también se sintió así.

—Hola, Claudia. No sabía si venir, ni siquiera si estaríais en este hospital. Adrián no contestaba al teléfono y no tenía el tuyo. Decía cosas sin sentido antes de irse de la oficina y me preocupé. Por suerte, te he visto mientras iba a información a preguntar. ¿Qué le ha pasado? ¿Sabes algo ya?

—Ven, siéntate y te cuento.

Víctor y ella apenas se han visto, solo en un par de cenas de Navidad de la empresa y en unas cervezas tras salir del trabajo con la llegada del buen tiempo. Siempre le pareció un buen chico, y que estuviera allí le daba la razón. Mientras le explicaba cómo había sucedido todo desde que Adrián llegara a casa, se dio cuenta de que Víctor tiene la mirada fija en la pantalla del móvil. «Mierda, el mensaje de Mario. No lo he leído. ¿Y si ha escrito algo inoportuno? En este momento cualquier cosa puede serlo...». Víctor se da cuenta de que ella también miraba la pantalla y aparta la suya, fijándola en sus ojos.

«Vuelve. Claudia. Vuelve. No es el mejor momento. No todo el mundo es tan cotilla como tú. Céntrate en dónde estáis y lo que está pasando».

Cierra el *WhatsApp* con un movimiento rápido y preciso, al mismo tiempo que cambia el látigo de su mano por una palmadita en la espalda. Antes de seguir con la conversación, se oye por megafonía:

«familiares de Adrián Bravo Seco, acudan al *box* número cinco». Sí, curiosos apellidos los de Adrián.

Cruzaron las puertas abatibles y, en ese momento sí, Claudia percibió el caos, el ruido y los distintos colores que abarrotaban todas las paredes de manera clara y más intensa que cuando llegó con Adrián. Se acercaron al control de enfermería, les dijeron dónde se encontraba el *box* cinco y, sin darse cuenta, Claudia comienza a caminar más rápido, hasta que llegan. Corrió la cortina y ahí estaba. Apenas se le puede ver la cara, entre el oxígeno y los miles de tubos que entraban y salían de su cuerpo. Su respiración comenzó a agitarse y empezó a sudar.

—Hola. —Escuchó detrás de ella.

—¿Qué ha pasado, doctor? Parece grave —responde angustiada mientras ponía su mano sobre la de Adrián, con cuidado de no tocar ninguna vía ni cable al que estuviera conectado. Solo faltaba que sacara algo de su sitio; algo que, viniendo de ella, sería bastante posible.

—Aún no lo sabemos, eh...

—Claudia, me llamo Claudia.

—Bien, Claudia. Aún no sabemos nada, la analítica está bien y la muestra de orina que hemos podido recoger tras volver en sí del desvanecimiento tampoco presenta nada fuera de lo normal. Seguiremos haciéndole pruebas, por ahora podéis estar aquí unos minutos hasta que se lo lleven a radiología. ¿Ha podido recordar algo más?

—Eh, yo no, pero él habló con Adrián antes de salir del trabajo. —Y se giró hacia Víctor, que se ha mantenido en silencio en todo momento, en un segundo plano.

Ambos comienzan a hablar tras la cortina y ella se sentó, apoyando su mentón en la suave mano de Adrián, que se le hizo diminuta a pesar de no serlo ni de lejos. Una atrevida lágrima consigue pasar el filtro de la vergüenza y la compostura, y se desliza por su mejilla. No entendía por qué, no era el momento, pero Mario no desaparecía de su cabeza, y comenzó a pensar qué demonios estaba haciendo. «¿Qué leches pasa por mi cabeza para olvidar lo que de verdad importa?», se preguntaba con pena. Adrián parecía yacer junto a ella, y la culpa comprimió su pecho mientras la angustia volvió a apoderarse de su pecho. Oyó cómo Víctor deslizaba la cortina y colocó su mano sobre su hombro; esta apoyó su espalda en la silla y descansó su mejilla sobre su mano, llena de comprensión y apoyo silencioso.

Se mantuvieron en la misma posición unos minutos sin que Adrián se despertara. Se lo llevaron a rayos y ambos volvieron a la sala de espera.

—¿Conoces al doctor?

—Perdona, ¿qué? —preguntó sin entender el porqué de su pregunta o si había un mensaje subliminal escondido tras ella.

—No sé, me parece extraño que el doctor te quiera llamar por tu nombre, y parece muy cercano. No sé, como si fuera... ¿algo más personal que profesional? —preguntó con un arqueado de cejas que explicaba lo que de verdad quería insinuar.

—No, no, qué va, será su manera de comportarse con los familiares. Estaba muy nerviosa al venir. Que se llevaran a Adrián, el desmayo... Quizá solo quiere transmitirme algo de calma.

Víctor no pareció convencerse con su respuesta, pero se mantuvo en silencio con los ojos puestos en el televisor, enfrente del cual volvían a estar. Mario no había desaparecido de su cabeza, así que cogió el móvil y decidió leer su mensaje, en esa ocasión con toda la

atención posible. «¡Joder, aún no llamé a la madre de Adrián!», se acordó de repente entre pensamiento y pensamiento. Comenzó a leer despacio, sin preocuparse de si Víctor continuaba centrado en el televisor:

*Los escorpio sois del todo o nada, creo que se ajusta bastante a tu personalidad, pero ¿no es agotador? Igual deberías relajarte, pensar menos y disfrutar.*

Oye, igual tenía razón. Igual lo mejor era que lo mandara bien lejos con una foto adjunta de la sala de Urgencias para que quedara claro que el refrán que dice aquello de “consejos vendo, que para mí no tengo” no iba con ella. Cogió aire y contó hasta cinco antes de responder. Mario no tenía la culpa, era su cabeza la que estaba del revés. En ese momento, el teléfono comenzó a vibrar entre sus dedos y vio el número de su suegra en la pantalla.

«Mierda, mierda, mierdaaaaaaa».

— Ah, hola, Toñi.

Nombre típico de suegra. Esperó a que comenzara a parlotear antes de pronunciar palabra; sabía que enumeraría cuántas veces había llamado a casa sin que nadie contestara, para terminar con un «ya sabía yo que algo pasaba, las madres sabemos estas cosas aunque estemos lejos, es un vínculo que no entiende de distancias». Sé que lo intentas, reina, pero ya sabes lo que se dice, «una madre es una madre y a ti te encontré en la calle». Su sentencia irrefutable y repetitiva, la de siempre cuando algo no iba según lo esperado...

— Perdonas que aún no haya tenido ocasión de llamarte, Toñi. Estamos en Urgencias y los médicos aún no saben qué le pasa, estaba esperando a tener más información para hacerlo; no quería que te preocuparas sin razón. Esta tarde... — Su suegra la interrumpe antes de poder continuar.

Mira que le había quedado bien la excusa.

—¡¡Ya sabía yo que algo pasaba!! Tú no lo entiendes porque no eres madre, reina, pero...

Oyó la retahíla que sabía que le esperaba, sin decir nada, por supuesto. ¡¡Dios la librara!!

Cuando al fin colgó, Claudia estaba agotada. Todo el mundo decía que estar en un hospital era pesado, pero no. Las conversaciones así eran las que de verdad agotaban. Se apoyó en el respaldo de la silla y recordó que aún no había contestado a Mario. Comenzó a escribir:

*Lo siento, estoy en el hospital con Adrián, aún no sé qué le pasa, mañana hablamos.*

Se lo mandó e intentó esconder el móvil en el bolso, como si así pudiera purgar el haberle escrito, y lo que se suponía que parecería si Víctor se enteraba. ¡Pobre! Si es un alma cándida, como una verdadera mala pécora se sentía.

No entendía por qué debía contestar siempre a toooodos los mensajes que le llegaban, y se reiteró el *toooooodos*, ya que ninguno en absoluto se quedaba sin respuesta. ¿Por qué su mayor característica era *siempre estar disponible*? ¿Por qué no parecía tener ni voz ni voto en su propia vida, o al menos una vida propia? Una idea aún más aterradora comenzó a rondar por su cabeza. Sabía que no tenía la culpa de lo que quisiera que le estuviera pasando a Adrián —aunque flagelarse fuera su deporte favorito y en el fondo creía que era su manera de expiar sus... ¿pecados?—. El que Mario hubiera entrado en su vida no tenía por qué ser un problema, pero no dejó de plantearse que su papel como pareja de Adrián estaba muy lejos de merecer un Óscar. Por suerte, su otro yo —uno de los múltiples que tenía— no dejaba de preguntarse si merecía lo que le pasaba de una

época para acá. Colocó los codos sobre sus rodillas y escondió la cara entre las manos.

«Vuelve, Claudia, vuelve. Ahora no es el momento de evadirte».

De nuevo los llaman a *boxes* y Víctor y ella se dirigen hacia allí en silencio. Cuando llegan a su cama no hay nadie, se miran extrañados y sin saber qué ocurre.

—Claudia, lo siento. Solo era para que supierais que la resonancia tendrá que esperar —Oye tras ella. Es el doctor—. Nada más tumbarlo en la camilla, comenzó a convulsionar y hubo que practicarle una RCP. Salió con rapidez, pero lo hemos intubado y está en observación. Os lo comento por si preferís marcharos a casa a descansar o ir a comer algo; no sé cuándo podréis verlo.

# Capítulo 7

## En la salud y... ¿en la enfermedad?

En esa ocasión no fue una lágrima la que se arriesgó a descender por sus mejillas, fueron miles en tropel las que descendieron sin medidas de seguridad mientras sus manos se frotaban sobre —bueno, más bien contra— su cara, de una manera incluso violenta mientras se dirigían hacia la salida; aún así, sus lágrimas luchaban por permitir, y en cierta manera lo conseguían, que pudiera ver a través de cada lágrima salada.

Llegó a casa y no colgó el bolso en el perchero de la entrada, ni la cazadora, ni las llaves en los preciosos enganches que habían comprado el día que Adrián se instaló. Solo se derrumbó en el sofá y fijó la mirada en el suelo. Sus dedos jugaban con el llavero, se deslizaban por el relieve desigual de las diferentes llaves, y su cuerpo se hundió despacio y a cámara lenta. Sintió como si el sofá se hubiera convertido en arenas movedizas, contra las que no tenía fuerzas para luchar ni escapar; de hecho, pensó que ojalá pudieran engullirla.

Nada. No hay nada. La soledad de su pequeño apartamento parecía alimentarse de las pocas fuerzas que aún luchaban, aunque de manera frágil, por sobrevivir dentro de ella.

«Vuelve, Claudia, vuelve».

Pensó que, antes o después, algo tenía que cenar, darse una ducha e intentar dormir unas horas, así que cuanto antes empezara, mejor. Se puso en pie y se dirigió despacio a la habitación. En ese escaso trayecto, se dio cuenta de que el bolso y la cazadora deberían estar en

su sitio y no con ella. Media vuelta. Los colgó y de nuevo en dirección a la habitación. Creyó caminar por inercia; de hecho, todos sus movimientos, incluso añadiría que también pensamientos, lo hacían de la misma manera. Esa inercia que parecía haberse adueñado de ella desde que el hospital parecía un nuevo complemento en su relación con Adrián. En el esfuerzo que le supone el rebuscar en los sitios más inhóspitos de su interior, consigue hallar energía, fuerza o simplemente las suficientes ganas que tanto necesitaba. Fue hacia el baño dejando, no sin una profunda pena, su acogedora cama, que no parecía dejar de llamarle a gritos. Se sumergió bajo el agua de la ducha y, aunque de manera inconsciente, intentó alejar los recuerdos de aquella maldita ducha que no llegó a término y que tanto deseaba aún junto a Adrián. No era capaz de mantener todos esos pensamientos a la distancia suficiente. «¡Qué nimio me parece todo ahora! ¿Sexo? El sexo no deja de ser lo que es; somos animales y como tal lo necesitamos, pero nada más», se intentaba decir como consuelo y procurar no martirizarse más aún.

Intentaba convencerse por todos los medios de algo que, en realidad, no creía que fuera como lo pensaba, si es que aún era capaz de racionalizar algo que tuviera sentido. Sí, el sexo tenía un pilar físico explicado de manera antropológica, con una base muy sólida y cierta, pero los seres humanos habían evolucionado, o eso creía. Ya no se desplazaban a cuatro patas, sus tribus —quería pensar que la mayoría— habían evolucionado, no involucionado, y creía que todo lo que daba por supuesto la interpretación de que en el sexo solo había una transacción física era una equivocación, aunque eso en parte fuera contradecir a la ciencia. ¿Qué había sido de las conexiones? ¿De ese cruce de miradas en el que todo lo que nos rodeaba se evaporaba despacio y el tiempo se detenía? Ella ya no

saboreaba nada de eso, había dejado de sentir el significado de electricidad en el cuerpo (quizá meter los dedos en el enchufe fuera una manera más económica para sustituir al vibrador; sí, pocas semanas antes de que Adrián se desmayara, el amiguito a pilas entró a formar parte de su mesita de noche). Aunque Adrián estuviera en una cama de hospital, esa necesidad no hacía desaparecer sus sentimientos confusos en cuanto a su relación. Ya sabéis: ¿hacia dónde iba? ¿Debían tener una conversación profunda y sincera, o con el silencio todo volvería a donde fuera que tuviera que volver?

Sonó el despertador y no sabía dónde estaba ni qué hora era. «¡Joder, Adrián!», se gritó en silencio mientras intentaba volver al mundo real y alejarse de los brazos cálidos de Morfeo. Se levantó de un salto o algo parecido, si no se tenían en cuenta sus nulas cualidades para la gimnasia rítmica y lo que se reían de ella en clase de Educación Física. Llama a Urgencias, pero nada. Tal y como esperaba, no le podían dar ninguna información aparte de que aún permanecía en el hospital. Eran las seis y media, aún muy pronto — más para una enamorada de las sábanas como ella—, así que ya podréis imaginar cómo de remota era la posibilidad de que hubiera alguien en Recursos Humanos. Lo intentó de todas maneras y, al no obtener respuesta alguna de una persona en tres dimensiones, decidió dejar un mensaje lo mejor explicado posible sobre todo lo que había ocurrido. Seguro que ya daréis por hecho que todo, lo que se dice todo, no lo contó. «La empresa siempre era el enemigo...», recordó tras la última vez que todo fueron problemas por no ir a trabajar. Sí, lo sabía, en vez de desordenar su intestino en su casa, lo solía desordenar en el ministerio, pero pobre a la que le tocara limpiar el desaguisado. Mientras estaba en el baño, ojeó una revista y

esperó a que sonara el teléfono. Seguro que le devolverían la llamada para saber más. Serían políticamente correctos, pero no les interesaría la versión humana del problema; no estaban casados y, por tanto, no había nada en el convenio de los trabajadores que le cubriera las espaldas. Igual sería algo en lo que pensar cuando todo acabara y lo tuviera en casa, sin estar conectado a máquinas ni tener cables que salieran de sus brazos.

Horas después, pues tampoco iba a salir a mil por hora de casa ni gastarse su futura pensión en un taxi, llegó a la puerta de Urgencias tras salir del metro, donde vio a Víctor con un cigarrillo en la boca que más parecía ser engullido que disfrutado.

—Hola, ¿qué haces aquí? ¿No deberías ir a trabajar? —pregunta extrañada. Su convenio debía de ser aún peor que el suyo, así que no comprendía nada.

—Expliqué la situación y puedo entrar un par de horas más tarde. ¿Has conseguido descansar?

—Mi cuerpo creo que sí, pero me temo que mi mente no llegó a desconectar. Son, no sé, muchos frentes abiertos, Víctor. Quizá demasiados. Iba a ir directa al trabajo y mira dónde me ha dejado el metro, en la puerta del hospital...

—Bueno, tranquila, ya estamos aquí. Vamos a entrar a ver si nos pueden decir algo.

Agradeció que no quisiera saber más del tema, porque igual hubiera cantado por soleares y desahogado todos sus pensamientos respecto a Mario, que la mantuvo más tiempo despierta que dormida. Tras una hora en la sala de espera, al fin el doctor Abarca apareció tras cruzar las puertas abatibles y se dirigió hacia ellos.

—Hola, Claudia —saludó con un tono neutral que no permitió descifrar si precedía a buenas o a malas noticias. Miró a Víctor y le tendió la mano—. Ha pasado la noche estable, en una hora más o menos intentaremos de nuevo realizar la resonancia aplazada ayer. Podéis pasar unos minutos a verle, pero continúa sedado, no creo que pueda hablar.

Lo siguieron de camino al *box*. Cuando corrieron la cortina, la expresión en el rostro de Adrián reflejaba paz, esa que deseaban tener Víctor y ella en ese mismo momento. Claudia se sentó junto a la cama y estrechó su mano con dulzura, acariciándola y dejando caer con suavidad sus labios sobre ella. Víctor se quedó de pie junto a ella sin decir nada. Sintió cómo algo vibraba en su bolsillo y pensó que serían sus *amigos* de Recursos Humanos. Antes de lo que esperaba, el teléfono dejó de vibrar. Cuando rebuscaba en el bolso, lo que apareció en la pantalla fue el cuco icono del *WhatsApp*. «No serán ellos, ¿no? ¡Lo mínimo es llamar!», pensó sorprendida. Sí, son ellos, un mensaje de Recursos Humanos. No sea que vayan a escuchar algo incómodo, a lo que no saber dar la respuesta adecuada, que pudiera evitar una demanda por *acoso* si le hablan como solían hacerlo. La verdad es que esas cosas no iban con ella, y seguro que ellos lo sabían o, como mínimo, lo sospechaban —era demasiado vaga para lo que suponía un enfrentamiento legal, si se fiaba de cómo lo explicaban en *The Good Wife*—. Fueron escuetos:

*Tranquila, Claudia, asegúrate de conseguir informes y fechas del tiempo que permanezca ingresado. Cuando vuelvas, ya encontraremos una solución.*

«¡Pues qué tranquilidad, oye!», maldice entre dientes Todo para que al final le redujeran vacaciones, hiciera las horas extras correspondientes o restaran el tanto proporcional de su nómina por

los meses que parecía llevar sin acudir a la silla del ministerio sobre la que se podía leer su nombre, esa que sí habrá echado de menos su trasero, no como otro que ella sabía y se sentaba solo unos pisos por encima de ella. Decidió no pensarlo, al final sería lo que ellos quisieran y la prioridad era Adrián. «¡Ja! Sí, Claudia, sí, esa sí que es buena. Sigue soñando con que no le darás más vueltas», comenzó a fustigarse de nuevo. Estaba claro que su cabeza tenía más raciocinio que sus esperanzas, tan alejadas de la realidad, que, para no perder la costumbre, se asomaban a su cabecita con cierta timidez. Hasta ellas sabían que no las tenía todas consigo.

De repente, un leve roce la devuelve al *box* junto a la cama de Adrián. Abrió los ojos como platos —ni siquiera sabía en qué momento los había cerrado, igual solo era un parpadeo largo—, su espalda se enderezó sin apartar la vista de su mano y pudo apreciar cómo entre los dedos de Adrián, que entrelazó con los suyos tras besarlos, se pudo observar un leve movimiento que se deslizó despacio bajo su mano. Lo miró y pareció querer pestañear, incluso abrir los ojos. De verdad lo estaba intentando, con un trabajo que parecía agotador para algo que solía ser lo más fácil del mundo. Para el resto de los mortales, claro. Adrián siempre supo marcar la diferencia fuera la situación que fuera.

—Cariño, soy Claudia, estoy aquí. Te quiero, te quiero, todo va a salir bien. —Alcanzó a decir sin tartamudear ni una vez.

«¡Bien por mí!», gritó en silencio. Había conseguido mantener la calma en una de esas situaciones que le solían sobrepasar y reducían su edad a los quince años. ¡Qué decía quince! Más bien cinco, o la edad en la que aún llevar chupete era considerado políticamente correcto.

Le besó con fuerza la mano y la estrechó con una intensidad aún más fuerte que cuando llegó; necesitaba transmitirle todas las sensaciones que recorrían sus venas desde el día anterior y, por lo que parecía, no estuvieron el tiempo suficiente con Morfeo.

—Claudia... —susurró Adrián con un hilo de voz apenas perceptible.

—Estoy aquí, estoy aquí, no pienso irme a ninguna parte. Te quiero, te quiero, te quiero tanto que será suficiente para mantenernos a los dos en pie.

Sí, el símil no era el más adecuado, pero en las películas de chicas que solía ver, ellas están aún más locas que Claudia y no se solían mover en esas lides de tragedias griegas. Pero griegas, griegas. ¿O eso era en las bodas? ¡Bah! Daba igual, no era el momento de pensarlo.

«Vuelve, Claudia, vuelve».

Detrás de ella oye cómo deslizan la cortina y escucha cómo el doctor habla con Víctor y le informa de que han conseguido un hueco para subirlo a radiología.

De vuelta ya en la sala de espera de nuevo, Víctor coloca su mano sobre la suya y al mirarlo observa una expresión que la confunde. Lo mira desconcertada.

—¿Sabes? Nunca estuve de acuerdo en que Adrián se divorciara de Beatriz. Siempre me pareció, y lo sigue haciendo, muy buena chica; la quería, la quería de verdad. Aún ahora dudo de que haya dejado de hacerlo.

Antes de que el Miura que llevaba dentro Claudia se dispusiera a saltar a degüello por su comentario y su modo *PivaOn* se activara con miles de reproches tales como: ¿quieres decir con eso que yo no lo quiero tanto? ¿Acaso ella era mejor para él que yo?, decidió respirar e

intentar contar hasta cinco antes de hablar, pero él se adelantó antes de poder llegar siquiera a tres.

—Espera, no digas nada. Fui con ellos unas vacaciones, sí, de *sujetavelas*; acababa de separarme y fueron el apoyo que necesitaba para seguir adelante. Pude ver cómo se miraban, cómo se abrazaban; eso era amor, del real, del bueno, de ese que todos soñamos con encontrar algún día. Cuando me comentó que había conocido a alguien que no podía quitarse de la cabeza, no me lo podía creer. Ya sabes, como tío pensé: «seguro que la chupa de vicio». No me entraba otra explicación en la cabeza, y peor aún, si algo tan puro como lo que yo mismo había visto con mis propios ojos terminaba, ¿qué nos esperaba a los demás que ni siquiera nos habíamos acercado a lo que él había vivido? Lo mío con Irene había estado bien, o eso creía hasta verlos a ellos, así que no me quedó otra que perder la esperanza hasta hoy —dijo mientras fijaba su mirada en los ojos de ella, haciendo una pausa antes de continuar—: Tus ojos, tus dedos temblorosos, cómo casi le dejas la mano sin circulación de lo fuerte que la estrechabas la primera vez que entramos al *box*. ¡Bueno, y todas las que nos dejaron pasar a partir de ahí! Todo.

—Tampoco te diré que lo hago mal. A lo de chupar, me refiero — responde chasqueando la lengua con la mirada perdida, en un intento de quitarle hierro al asunto.

*Wow*, lo había dejado sin palabras. Su comentario sí que era de las películas románticas para chicas adolescentes, o quizá solo chicas, sin encuadrarlas en ningún rango de edad. Aunque a veces no quería reconocerlo, en el fondo opiniones así conseguían que las chicas vibraran, que se estremecieran; si no enteras, sí buena parte de ellas.

Víctor sonrío. Le estrecha con fuerza la mano y se encoge de hombros.

—Lo que intento decirte es que si aun en aquellas vacaciones vi lo que yo consideraba amor, lo que veo desde ayer en ti es mucho más, ni siquiera sé si tiene nombre que pueda definirlo; es mucho más de lo que yo podría imaginar. Como te he dicho, yo nunca he experimentado algo así, ni parecido. Adrián tiene mucha suerte de haberte encontrado, y ahora entiendo por qué tomó la decisión de romper con Beatriz.

En ese momento, alejó su mano de la de ella y la colocó sobre su hombro mientras la acercaba despacio y con timidez hacia él. Le da un beso en la sien que, más que suave, lo siente frágil. No sabía por qué, apenas se conocían, pero ese gesto le reconforta unos segundos antes de que Mario aparezca de entre las tinieblas de su conciencia. «¡Joder! ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué ahora Mario se presenta junto a la constante culpabilidad en mi cabeza?! Desde luego no debo merecer tanto la pena si he dejado que Mario entrara en mi vida». Entre Víctor y ella notan cómo vibra. Y de nuevo era el teléfono de Claudia. En esa ocasión no para. No pudo disimular su sorpresa al leer el nombre de Mario parpadeando en la pantalla unos segundos, que en su cabeza parecieron horas, mientras decidía si responder o no. Se animó a tomar una decisión, y creed que no fue así de rápido ni de fácil cómo se vivió dentro de su cabeza. Todas sus neuronas se tiraban de los pelos, axones o como quiera que sea que se llamen sus extremos, sin dejar de chocar unas con otras. Creyó que hasta podía oír sus gritos desesperados o incluso emocionados dentro de ella. En el fondo sabía que lo mejor era rechazar la llamada; no tenía ninguna duda. «No, ahora no, Claudia, ahora no». Víctor decide marcharse y ella ir a la cafetería a intentar comer algo.

No sabía cómo, pero consiguió probar bocado. El ruido era ensordecedor y su cabeza no necesitaba más bullicio del que ya tenía

como inquilino desde hace unos días. «Madre mía, solo han sido unos días cuando en realidad pienso que han sido meses». Igual si lo dijera en alto y no pensara tanto con ella misma volvería a ubicarlo todo en su línea temporal. Decidió salir al jardín trasero del hospital. Necesitaba que la brisa primaveral y el sol le acariciaran la cara y despejaran esos pensamientos tan controvertidos, que parecían negarse con fuerza a abandonarla, y pudiera cargar pilas antes de volver en busca de respuestas.

Paseaba despacio, observó las primeras flores y se agachó frente a una violeta preciosa que parecía pronunciar su nombre. Estaba convencida de que si *La bella durmiente*, *Cenicienta* o tantos cuentos infantiles no hubieran sido lo primero que hubieran conocido las chicas sobre la vida, esta sería mucho más fácil, o al menos eso se obligó a pensar, intentando así evitar hacerse más el *harakiri*.

—Hola, preciosa.

Oyó al mismo tiempo que una silueta se dibujaba en el césped y oscurecía la luz del sol que la iluminaba hasta ese momento. Alzó la vista despacio y no entendió cómo no se cayó de culo sobre la hierba frente a lo que veían sus ojos. Sí, no lo podía describir de otra manera, ni ser más refinada. De nuevo bien por ella.

—¡Vaya, menuda reacción! —Se rió con un nerviosismo que no pudo disimular—. Parece que te asusté, perdona. —Le tendió la mano sin dejar de sonreír y la ayudó a ponerse en pie.

—Ah, ¿qué haces aquí? ¿Cómo...? —La sorpresa de Claudia amenazaba con sacar a la luz su tartamudeo. Demasiadas experiencias seguidas estaban soportando ya su cuerpo y su cerebro como para que mantuvieran la compostura mucho más tiempo.

No entendía nada. No sabía si dejar corretear a la niña de quince años que vivía en su interior —y en el de probablemente todas las

mujeres, ahora no lo neguéis — mientras daba palmas. Quizá volver a ser adulta era la mejor opción.

—Pensaba ir a Recursos Humanos en el ministerio para dejar unos papeles y así que pudieran preguntarme si yo sabía algo más de la situación que ellos. —Consiguió decir para que no resultara una situación tan comprometida. Pero claro, ya no sabía qué hacer ni cómo reaccionar.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué no me has devuelto la llamada?

—¿Tu llamada? —preguntó, antes de que una pausa imprescindible para poder continuar los envolviera a ambos—. ¿Qué haces aquí, Mario?

Sin articular palabra y sin ni siquiera hacer amago de mover los labios, la abraza. Un abrazo intenso, sin aire que pudiera correr entre ellos. Sintió su respiración en su cuello, sus brazos rodeándola y sus manos en el contorno de su cintura, como si de piezas de un puzle en tres dimensiones se trataran. Intentó separarse, no le parecía bien ese cúmulo de sensaciones a escasos metros de la cama de Adrián. Pero no pudo. Fue incapaz. Ese contacto entre ellos la tranquilizó, sintió cómo a cada segundo que pasaba su cuerpo se dejaba llevar, se relajaba más y más hasta que sus brazos lo estrecharon también y Claudia respondió a su ¿atrevimiento? Experimentó una intimidad hasta ese momento desconocida para ella con una persona con lo que no tenía relación alguna. O quizá sí la tuviera y ni siquiera lo sabía.

Cuando se separaron, sus labios se quedaron apenas a unos centímetros y una corriente eléctrica, imparable, rápida e incluso mordaz, pareció atenazarlos sin poder perder el contacto entre sus cuerpos. Por lo menos eso es lo que le pasó a ella.

«¿Qué ocurre? ¿Qué es esto? ¿Por qué? Adrián está prácticamente inconsciente a unos metros de distancia y yo aquí abrazada a Mario,

que lleva en mi vida... ¿cuánto? ¿Cinco días? ¡¡¡Sí, joder, cinco malditos días!!!».

—¡Claudia! —Escuchó a lo lejos sin saber de dónde venía la llamada o, más bien, el grito.

Se separó, quizá más rápido de lo que debería y de manera brusca. «Muy bien, Claudia, un Óscar al disimulo más creíble». Cuando vio cómo el doctor la llamaba desde una de las puertas del hospital que daban al jardín.

Se acercó a él deprisa, casi corriendo, esperando buenas noticias por su parte.

—Adrián está despierto —dijo sin moverse de donde estaba, sin ni siquiera hacer el amago de acercarse a ¿ellos?

Qué extraño le resultaba pensar en un ellos; ellos juntos, que no incluyera a Adrián. Intentó no pensar en lo que debía estar pasando por la cabeza del médico de su novio al ver la escena. En un parpadeo, sus actuaciones adultas habían desaparecido y la niña con un moño que le oprimía la cabeza aplaudió burlona, sin ninguna vergüenza.

Claudia entró en Urgencias acompañada del doctor —del que aún solo conocía su apellido y no sabía cómo dirigirse a él— y se encaminaron al *box* de Adrián. Solo fue capaz de levantar lo justo la vista para no darse con nada y provocar otro numerito. Sintió cómo el rubor comenzaba a adueñarse de su cara e intentó evitar que sus miradas se cruzaran. En ese momento, y sin saber por qué, se dio cuenta de que ni siquiera había hecho un poco de presión en el hospital para que lo subieran a una habitación y pudiera estar más tranquilo que en la UCI. Su cabeza seguía a lo suyo, creyó que hasta se había unido a la risa de la dichosa niña que correteaba entre sus neuronas.

—Pensé que ya te habías escapado —comentó Adrián cuando los vio aparecer mientras sonreía y le tendía la mano.

«¡Genial! ¿Había sido él quien había hecho que fueran a por ella? Muy bien, Claudia, toda una actuación digna de novia compasiva y atenta», se reprochó con cara de póker.

—Al menos no has perdido el sentido del humor, eso es buena señal, ¿no? —consiguió decir al mismo tiempo que decidió que ya era hora de dejar de fustigarse.

—Puedes llamarme Pedro —dijo de repente, como si hubiera podido leerle la mente, con una mirada que la pareció de reproche; quizá por lo que acababa de ocurrir fuera y había visto con sus propios ojos.

«¿Cuánto habrá visto? A saber qué habrá parecido».

De nuevo se sentó con la fusta en su mano. El doctor continuaba su escueta explicación e interrumpió el silencio de Claudia junto con sus flagelaciones.

—Está bien, en las pruebas no hay nada que nos haga preocuparnos, al menos por el momento. Aún así, la semana que viene quiero volver a verlo y que me contéis cualquier cosa que hayáis podido observar.

Sus palabras, aunque tranquilizadoras, hicieron que sus piernas comenzaran a flaquear. «¿Ha sonado a que piensa ya darle el alta? ¡Si no tenemos nada que se parezca a un hospital en casa! ¡¡Ni unas míseras tiritas!! Siempre pensé que una servilleta o trozo de papel higiénico podían tener el mismo uso e incluso era una manera más económica. Sí, lo sé, no me maldigáis todas a la vez». Comienza a preocuparse, pero de verdad, como adulta, cuando se imaginó con un *sexy* disfraz de enfermera con su cofia a juego incluida. Madre mía, estaba claro que iba de mal en peor. Todo era más sencillo cuando

pensaba que salir del mercado de los tomates no era para ella, así sería imposible que un dios carnal como Mario la hubiera mirado como lo hacía cada vez que estaban juntos.

A regañadientes, siguió al doctor hacia el control de enfermería para recoger el alta, sin dejar de pensar en todas las preguntas adultas que se esperaban en una situación así. ¿Adivináis qué preguntó? Exacto, nada. Asintió con la cabeza y volvió con Adrián. Al correr la cortina, ya se estaba vistiéndose y, al verla, estira los brazos como lo haría un niño pequeño, incluida la expresión de cariño y alegría que se dibujaba en su cara, para poder abrazarla. La separa al terminar de abrazarla y, tras acariciar su mejilla con su pulgar, la besa con dulzura. Es un beso tan casto y profundo que la estremece. Hacía tanto que no compartían un beso real que miles de hormiguitas volvieron a corretear por su estómago —y no eran las del césped del hospital—. Lo estrechó con fuerza al recordar lo que era capaz de hacerla vibrar, aunque Claudia pareciera haberlo olvidado en los últimos días.

# Capítulo 8

## La abstracta lógica de las conexiones

Tras un recorrido en taxi que se pareció más a un viaje al infierno que otra cosa, llegaron a casa y Claudia no dejaba de preguntarle cómo estaba, si le preparaba algo de comer o si por el contrario prefería dormir un rato. Deseaba con todas sus fuerzas que no le pidiera comida, porque no sabría prepararle nada sano. Intentó ayudarle a quitarse la camiseta, pero le sujetó las muñecas sin dejarla continuar.

—Para, Claudia, tranquila. Estoy bien, puedo hacerlo yo solo. De verdad, respira y recuerda lo que decimos siempre: hay que mantener la calma. Confía en mí, puedo hacerlo. Y ya oíste al médico: mejor que intente hacer las tareas cotidianas por mí mismo.

Claudia consiguió convencerlo de que lo mejor era que comiera algo y se metieron ambos en la cocina —o ese cubículo con falsas aspiraciones gastronómicas— para intentar hacer comida no prefabricada, sana y, sobre todo, que pudiera comerse; mira por dónde iba a ser verdad que todo lo malo trae algo bueno. En su caso, la novedad de descubrir juntos el mágico, y para ambos también desconocido y milagroso, mundo de la cocina. Sí, sí, viviendo al límite, pero al menos juntos. Seguro que ya sabéis lo que pasó por la cabeza de Claudia en el mismo momento en que decidieron cruzar el umbral de la puerta en dirección a los fogones, unos cincuenta centímetros. La verdad es que no lo recordaba muy bien. ¿Era en *El cartero siempre llama dos veces*, o quizá en el vídeo musical de Shakira y Alejandro Sanz? Daba igual, igual fuera en ambos, y seguro que

también se presentaban en vuestras cabecitas esas escenas sobre la mesa de la cocina; harina por doquier sin que nada más importe —ni que luego fuera a limpiarlo su amplio servicio de palacio—, junto con pasión y anhelo que ardía a través de sus miradas. Los platos y vasos son arrojados al suelo, como en esos encuentros desesperados de oficina en que se tira todo lo que hay sobre la mesa del despacho. Al final, tras cinco minutos en los que él no parecía entender sus movimientos de cadera, trapo en mano —debía parecer que extraños espasmos se apoderaban de su cuerpo—, y sí, la escena debe ser tan grotesca como la estáis imaginando —además, seguro que me quedo corta—: todo se cae, se da con la minicafetera que hay sobre la encimera (colocada ahí tras una clase avanzada de *Tetris* que les llevó un buen rato tras mudarse), seguro que es el mayor ridículo que había experimentado en su vida. Adrián, que demuestra ser el listo de la relación, decidió que era mejor esperarla en el sofá.

No se rompió mucho la cabeza y, al verse sola, parada como un pasmarote en medio de la cocina, recurrió a la dieta blanda que la preparaba su madre cuando se ponía enferma: pollo y patata asada.

Adrián, como el hombre respetuoso y educado que era, no dejaba de relamerse como si comiera el manjar más codiciado. «Pobrecito, mi niño, cómo debe de quererme». Terminaron y, tras dejar los platos en la pila y lavarse los dientes, Claudia lo acompañó a la cama para que pudiera disfrutar de una merecida siesta, pero para su sorpresa, le pide que se tumbe junto a él aunque solo sea fuera un momento. Creyó que hacía mucho que no sentía tanta ilusión por una *proposición* como esa. O a lo mejor es que hacía mucho que ni siquiera la tenía. Sin pensárselo dos veces, se acomodó en la cama, lo abrazó colocada de lado junto a él, sin que corriera mucho el aire, y no pudo apartar sus ojos de los suyos, con la fina sábana que cubría sus

cuerpos abrazándolos. Sintió cómo su cuerpo reaccionaba a la cercanía que le transmitía Adrián, el mismo chico del que se enamoró y empezaba a echar de menos. Sentía su respiración relajada, ese latido rítmico que el cuerpo de Claudia interpretaba como una dulce y suave nana para la que llevaba preparada desde hace semanas, quizá meses. Se acercó un poco más y apoyó su pierna por encima de la de él mientras su mano, tras acariciar su abdomen, se posó en su cadera, estrechándola de manera inconsciente, o puede que no. «Espero que no crea que tengo intenciones alejadas de estar tranquilos en la cama el uno junto al otro», pensó Claudia. En ese momento, su mano comenzó a acariciar su espalda, despacio, con suavidad, cuando sintió cómo bajo su pierna algo pedía permiso para entrar en juego. «¿De verdad? No, no puede ser. Seguro que son cosas mías. Mmm. Parece que no. ¿En serio mi cabeza no se lo está imaginando?». Se separó despacio y lo miró confusa, a la espera de una respuesta sin necesidad de formular pregunta alguna.

—Sí, lo sé, no me mires así. Ya sabes que mi amiga no pregunta antes de despertarse. Antes eso te gustaba, ¿te acuerdas? — reflexionó en alto Adrián.

Al parecer estaba tan sorprendido como ella.

—Sí, claro, claro que me gusta. No me refiero a eso, es solo que... no sé, me sorprende. Hace mucho que tú y yo no... y ahora, recién llegado del hospital, es la última reacción que me esperaba, la verdad.

—Yo también, pero ahí la tienes, llamándote. —Y la dulce sonrisa de Adrián se convirtió en traviesa—. Supongo que te echaba de menos tanto como espero que tú a ella. —Sonrió de manera sincera y juguetona.

Se colocó sobre ella con los codos apoyados en la cama, se acercó despacio y rozó los labios de Claudia con los suyos, de manera suave y apenas perceptible, antes de deslizarlos por su mejilla, el lóbulo de su oreja, su cuello, sus clavículas... Hasta llegar a sus pechos. Mientras una mano se aferraba a su pecho izquierdo, sus labios rodeaban el pezón derecho y su lengua humedeció su areola, hasta que sus dientes pellizcaron con suavidad el pezón endurecido de Claudia, ese que aumentó su solidez desde el mismo momento en el que sintió su cuerpo tumbado junto al de ella. «Menos mal que el buen tiempo me hizo tumbarme sin apenas ropa», pensó Claudia para sus adentros. Advirtió cómo el sexo de Adrián aumentaba más entre sus piernas y la mano que acariciaba su pecho descendía hacia su perfecta cadera y, antes de que pudiera sumergirse bajo su fino pantalón de pijama suave —que ni siquiera le había dado tiempo a pensar que podía sobrarle tras su proposición de tumbarse con él—, un leve gemido ahogado se escapa de entre sus labios y se arqueó, acercándose más aún, si eso era posible, a su erección.

—No creía que estuvieras ya tan preparada —susurró en su oído antes de morderle el lóbulo con dulzura.

Puso sus manos sobre sus caderas y le respondió sin pudor:

—Deseaba tanto sentir cómo se pone dura por mí, por mi cuerpo, por nosotros. Hacía tanto...

Se apartó de su cuello y se abalanzó sobre su boca; sus lenguas no dejaban de buscarse, se encontraban y se devoraban sin dejar de entrelazarse. Cuando Adrián consiguió deshacerse del pantalón de ella, se incorporó y la contempló sin decir nada, solo mordiendo su labio inferior. Despacio, consiguió resbalar la ropa interior por sus muslos, sin dejar de mirarla con unos ojos que bien podían hacer que ella terminara la función antes de empezarla. Parecía salir fuego de

ellos. Cómo lo ansiaba Claudia. Sin saber en qué momento ni cómo había llegado ahí, sintió la lengua de Adrián en su ombligo, en su pubis, y mientras comenzaba a separar sus labios regados de las ganas por él, hasta que introdujo su lengua entre ellos y se adentró en su cuerpo. Primero despacio, mientras su brazo agarraba su cintura por detrás, aprovechando uno de sus arqueos, y con su otra mano comenzó a jugar con sus dedos dentro de ella. Lengua, dedos, humedad, gemidos, respiraciones aceleradas y movimientos de cadera delectaban su nombre hasta que no pudo contener más su deseo y se deshizo entre sus labios. Se incorporó con expresión orgullosa por el trabajo bien hecho y la besó. Un beso más suyo que nunca. Enredó sus dedos entre los mechones del pelo de Claudia y le susurró al oído:

—Vamos a la ducha. Acabemos lo que no pudimos aquella mañana.

La niña pequeña de la cabeza de Claudia, esa a la que le gustaban tanto las palmas, se encontró con la boca abierta, sin poder reaccionar por la alegría al ver cómo se adentraban bajo el agua tras la mampara.

El agua cálida humedeció aún más sus cuerpos y cuando Claudia se disponía a colocarse de rodillas, la frenó, colocándola contra la pared.

—Espera, espera. Necesito besarte, disfrutarte —dijo sin dejar de mirarla a los ojos.

Se perdieron en un beso largo, en ocasiones dulce, en otras, incluso violento. Claudia sintió cómo sus piernas flaqueaban cuando la abrazó y alzó, colocándola sobre él. Su sexo se sumergió con facilidad entre sus paredes, que esperan dilatadas poder sentirlo, notar cómo la embestía con fuerza, cómo sus brazos aprisionaban con intensidad su cuerpo mientras las manos de ella se hundían con pasión en su espalda. El agua caía sobre ellos y humedecía todo lo que encontraba

a su paso. Claudia no podía dejar de mirarlo. Por fin volvían a ser uno. Había tenido que sufrir un paso por Urgencias para darse cuenta de lo que podían compartir.

—Para, cariño, para. Sabes cómo quiero que esto acabe. Deseo estar de rodillas frente a ti, ansío que disfrutes, que me veas sometida a tus fantasías, a tu voluntad. Lo necesito. No hay nada que anhele más.

Claudia no pensaba si se entregaba demasiado en algo que igual no volvería a repetirse en mucho tiempo. Solo pensaba en sentimientos que ahora la devoraban con todas sus ganas retenidas por sentirlo suyo y que podía que, en un futuro próximo, la desgarrarían en un dolor dantesco que la devolvería a la rutina a la que, en ese momento, no quería hacer el más mínimo caso. Quizá ese fuera el problema, dar el cien por cien para que, más pronto que tarde, doliera al doscientos por cien. Lo único que sabía era que merecía la pena el riesgo.

La colocó en el suelo y esta se agachó despacio; podía verla tan cerca que deseaba poder parar el tiempo. La acarició, observando cómo los ojos de Adrián no desviaban su mirada de sus manos, deslizó su lengua sobre ella y sintió cómo sus caderas se contraían bajo sus manos. Por fin podía quitarse el mal sabor de boca de aquella mañana. Disfrutó más aún de lo que esperaba. Resbalaba su lengua sobre ella, serpenteaba despacio, más rápido, despacio de nuevo, esta vez centrada en su glande, mientras veía cómo Adrián no podía evitar volver a morderse el labio como en la cama al mirarla. Se deshizo en sus hombros y sus pechos mientras entrelazaba fuerte el pelo de Claudia con sus manos y le susurraba de manera entrecortada cuánto la quería y deseaba compartir momentos así con ella. Esa intimidad. Tan de los dos. Solo suya.

«¿Tan difícil era hacer esto aquella dichosa mañana?», no pudo evitar pensar en silencio. Era mujer al fin y al cabo.

Se ducharon, enjabonándose el uno al otro. Las esponjas se convirtieron en unos perfectos juguetes sexuales, como no podrían haber imaginado. Bueno, más que nada por no dejarlo en mal lugar a él pensaba en plural, seguro que no dudáis que, de una época para acá, Claudia comenzó a imaginar miles de escenas diferentes y aún no paraba de hacerlo. Estaba, sin duda alguna, *on fire*.

Al terminar, cogieron las toallas y se secaron uno al otro sin dejar de mirarse, acariciarse y zambullirse en sus miradas, sin necesidad de pronunciar palabra.

## Capítulo 9

### Necesidades olvidadas

*No sabía si tenía hambre, sueño, ansiedad o ganas de amputarse los dedos tras el maratón de Play; Claudia se esforzaba mucho no, muchísimo. No podía obviar que tenía un papelón que, si fuera él, seguro que no sería capaz de comportarse de la misma manera, y menos aún mostrarse tan entero como parecía estarlo ella. Acompañó al médico a por el alta sin rechistar, cuando seguro que, en realidad, no dejaba de darle vueltas a miles de preguntas acerca de cómo hacerlo todo en casa con él de esa guisa.*

*Se moría de hambre pero sabía que cocinar no era precisamente una de las aficiones con las que ella disfrutara, y ya bastante poco le hacía disfrutar él. Suponía que podría intentar probar a hacerlo juntos y esforzarse en que fuera algo más ameno. Se levantó y fue hacia su diminuta cocina. Estaba aún casi sin desvirgar, y sin el casi. Comida preparada es lo que más había visto el microondas. Tras unos minutos, no sabría decir cuántos, pero dudaba que hubieran sido más de cinco, se da cuenta de que no es ni de lejos el lugar de la casa donde se encontraba más cómodo. A parte de confirmar sus sospechas. Por mucho que se hayan puesto de moda los cocineros y concursos de cocina, eso no era para él. La verdad es que no sabía qué demonios pretendía hacer Claudia. Desconocía si quería demostrarle que se divierte, o más bien intentaba que él no se sintiera incómodo lejos del sofá. Se movía —por llamarlo de alguna manera— como si estuviera en un after, y parecía disfrutar como en alguna de esas series de chicas que tanto le gustaban y transcurrían más dentro de la cocina que en otra parte de la casa. Claro, esas cocinas eran amplias, siempre limpias y con todos los*

*utensilios imaginables —e inimaginables—, que solo entienden ellas cómo funcionan. Siempre se preguntó por qué si los americanos son los reyes de la comida rápida, por no decir basura, esas escenas donde aparecen saben cocinar mejor que Arguiñano —no dudaba de que en ese momento había mil cocineros más, pero él solo recordaba ese—, ocupan casi la totalidad de los capítulos. En fin, eran cosas de chicas sin más, en las que era mejor no meterse. Creyó que lo mejor sería esperar en el sofá y que pudiera cocinar tranquila; en ese momento era más un estorbo.*

*No le dolía nada, hacía mucho que no se encontraba tan bien; las drogas del hospital habían sido cojonudas, estaba claro. Mmmmm, «qué bien huele, igual sí sabe cocinar y lo único que le falta es tiempo para poder hacerlo más a menudo», pensó Adrián, creyendo que igual antes no se había siquiera planteado esa posibilidad. Eso de estar sin poder hacer nada no parecía ser tan malo como lo contaban, pero por las maneras con las que le dieron la patada en el hospital, dudaba que fueran con él. En ese momento, Claudia apareció por el pasillo con uno de los platos grandes en la mano y le pidió que se sentara en la mesa. Volvió a la cocina y, nada más sentarse en una de las sillas, ella ya estaba de vuelta con su plato. Los grandes eran de Adrián. Otra cosa igual no, pero comer... Cuanto más grande fuera el plato, mejor que mejor, todo lo contrario a los de ella: pequeños, coloridos, de algo que se suponía que era de diseño; ¡vamos! Otra de esas cosas de chicas. Uffff, desde luego le había puesto empeño o, como había pensado hacía un momento, igual era una cualidad oculta que desconocía de ella, escondida bajo la rutina del día a día. Fuera como fuera, estaba riquísimo. No dejaba de ser pollo con patatas, pero algo hizo para que tuviera un sabor diferente, a comida casera, de madre. La miró de refilón y estaba preciosa, no sabía a qué se debía, pero se lo pareció más que nunca. La verdad es que, si lo pensaba, llevaba unos días así, con un brillo especial que hacía mucho no veía; igual era que tampoco se fijaba con tanto interés*

como en ese momento. Esperaba que esos días que había estado más lejos que cerca no hubiera pasado nada, aunque si lo pensaba... tanto Víctor como el doctor se comportaban de manera diferente cuando ella estaba delante. Bueno, sería que en su rol de paciente ellos tomaban una actitud distinta. Le pareció recordar que el día que lo llevó al hospital estaba demasiado pensativa, como en otras cosas, cuando llegó a casa. En realidad ese día todo estaba muy borroso como para dar credibilidad a lo que creía recordar.

Horas más tarde, mientras se lavaban los dientes, no podía dejar de mirarla. Ella le sonrió de una manera tan sincera y sexy que le entraron ganas de comérsela entera ahí mismo. Al final era también su casa, ¿no? Seguro que ella pensaba que sin maquillar estaba de todo menos sexy, pero así lo enamoró: natural, sencilla, divertida y con esa sonrisa capaz de captar toda la atención de cualquiera que se encontrara cerca. O no tan cerca.

Al terminar, lo acompañó a la cama y sintió la necesidad de que se quedara con él, que lo abrazara, sentirla tan cerca como antes de que el trabajo le absorbiera y la salud le abandonara. Le pidió que no se fuera y se quedara con él; más bien se lo rogó, poniendo morritos y haciendo uso de su condición de enfermo. No pareció reticente y, antes de lo que esperaba, se colocó bajo las sábanas junto a él. De lado, frente a sus ojos, Claudia parecía querer descifrar lo que pasaba por su cabeza. Supo que ella advertía que, si preguntaba, no sería capaz de explicar todo lo que pensaba desde que abandonaron el hospital. Se acercó un poco más y la abrazó con fuerza. Separados apenas por unos centímetros, colocó su pequeña y contorneada pierna sobre la suya y sintió cómo su segunda chica favorita respondía a su acercamiento. Seguro que ella no buscaba nada sexual en ese momento, pero su entrepierna tenía vida propia, sin necesidad de pedir permiso. Al sentirla tan cerca, Claudia en seguida se dio cuenta y se separó, extrañada.

—Sí, lo sé, no me mires así. Ya sabes que mi amiga no pregunta antes de despertarse. Antes eso te gustaba, ¿te acuerdas? —le dijo con la esperanza de que no le molestara su reacción.

No recordaba cuándo fue la última vez que estuvieron juntos, que compartieron intimidad, ni siquiera el sabor de sus labios o la piel de sus pechos, que se erizaban con solo rozarlos. Decidió tirarse a la piscina sin esperar un segundo más, deseando que no se repitiera la escena de la ducha que no dejaba de recordar. Creyó que, al prepararle el desayuno esa misma mañana, entendería que eran demasiadas cosas las que tenía encima, en la cabeza, entre manos; ya debería conocerlo como para saber que podía ser algo normal a lo que no dar más importancia. Pero se lo tomó a la tremenda. Otra cosa más de chicas, suma y sigue.

—Sí, claro, claro que me gusta; no me refiero a eso, es solo que... no sé, me sorprende. Hace mucho que tú y yo no... y ahora, recién llegado del hospital, es la última reacción que me esperaba, la verdad.

—Yo también, pero ahí la tienes, llamándote. —Sonrió de esa manera que tanto sabía que le gustaba, antes de dibujar esa expresión traviesa que al menos antes le ponía a mil—. Supongo que te echa de menos tanto como tú a ella.

Su expresión no revelaba mucho, pero si no quisiera que continuara ya lo habría parado. Se colocó encima, dejando su cuerpo entre sus codos, y rozó sus labios con los suyos con delicadeza. Necesitaba que saliera bien. Hacerlo despacio, sentirla, saborearla, recorrer cada centímetro de esa anatomía que no dejó de desear desde que la conoció. Sus mejillas, los lóbulos de sus orejas, ese cuello que lo enloquecía, esas pequeñas y perfectas clavículas que le excitaban solo con mirarlas. Sus manos no pudieron esperar más y estrecharon sus pechos tan perfectos. No eran excesivamente grandes, solo perfectos. Mientras, su mano no pudo separarse de uno de ellos, su lengua parecía mendigar el poder saborear su suave areola. Le costó reprimir sus

deseos de morder con fuerza ese pezón duro y maravilloso, que llevaba su nombre tatuado desde la primera noche que pudo engancharlo entre sus labios y sus dientes. Estaría horas humedeciéndolo, rodeándolo con su lengua y saboreándolo. Al igual que hizo antes con su mano, la otra no preguntó y descendió hacia su pantalón. Le gustó que ni siquiera se lo hubiera quitado para tumbarse a su lado, el morbo de desabrocharle cada uno de los pequeños botones le encendió aún más, si es que eso era aún posible. Dios. Claudia se arqueaba y no podía evitar gemir de manera evidente aunque tímida. Sus caderas se acoplaron a las suyas, su sexo duro aumentó de tamaño aún más y comenzó a palpitar cuando sintió el roce de su entrepierna. Introdujo despacio sus dedos bajo su ropa interior de algodón, tan suyas, siempre cómoda aunque quisiera desear estar siempre con encaje y transparencias, sin poder creer que pudiera excitarle aunque llevara una de esas bragas marrones de cuello vuelto. «Madre mía, ¡qué húmeda está! Cómo me gusta que responda así ante lo poco que he hecho!», no dejaba de repetirse con una sonrisa interna.

—No creía que estuvieras ya tan preparada —susurró en su oído.

Colocó sus manos sobre las caderas de Claudia y un escalofrío le recorrió de pies a cabeza antes de escuchar:

—Deseaba tanto sentir cómo se pone dura por mí, por mi cuerpo, por nosotros. Hacía tanto...

Lo mataba cuando le hablaba así, cuando se desinhibía y se dejaba llevar. Tenía una faceta sexual que aún no había experimentado ni explotado con él —o quizá no le dejó hacerlo— y la hacía irresistible. No pudo evitarlo y se lanzó sobre su boca, mordió sus labios, buscó su lengua, escuchó cómo le respondió agresiva, entrelazándose con él. Le contagiaba su ansiedad por devorarse, a pesar de lo cual consiguió apartarse para deleitarse al observar su expresión, su cuerpo, sus gestos, mientras él se mordía el labio hasta casi hacerlo sangrar. Deslizó sus braguitas, tan pequeñas, tan de ella, y su

*mano le abrazó la cintura por detrás mientras se deslizaba despacio por su tripa. Rodeó su ombligo haciendo círculos con su lengua, descendió a su pubis y continuó hasta situarse entre sus piernas. Saboreó durante unos minutos su humedad sin succionar lo que emanaba, se dio cuenta de que necesitaba más. Sumergió su lengua entre los labios de Claudia, se ahogó en esa humedad que tanto le gustaba en ella y deseaba saborear de nuevo. Era incluso aún mejor de cómo lo recordaba. Sus dedos querían sentirla también y se introdujeron sin dificultad entre sus piernas; primero uno, luego otro. Allanaron el camino a su lengua, que estaba impaciente por recordar su sabor al máximo. Mientras, sintió cómo su paquete se estremecía y no dejaba de aumentar de tamaño. Adrián se removió bajo las sábanas con lo que hacía. Consiguió que el orgasmo la invadiera y esta se tensó, oprimiendo su cara entre sus muslos.*

*Cuando se separó y leyó su mirada, no tuvo ninguna duda; sabía cuál debía ser el siguiente paso.*

*—Vamos a la ducha. Acabemos lo que no pudimos aquella mañana.*

*Sabía que intentaba contenerse y no dejar ver sus cartas. No decir en alto lo que sus palabras supondrían para ella. De camino a la ducha, su erección seguía llamándola a gritos, deseosa de lo que le esperaba. Nada más cerrar las puertas de la mampara, adivinó sus intenciones y la paró cuando intentaba ponerse de rodillas. No, aún no, quería disfrutarla todo lo que el cuerpo le permitiera. La colocó sobre él y le susurró al oído:*

*—Espera, espera. Necesito besarte, disfrutarte —dijo sin dejar de mirarla.*

*No era momento de comportarse como macho alfa, quería recompensarla por todo. Que supiera cuánto le gustaba lo que estaban haciendo, cuánto quería alargarlo. La abrazó, estrechándola fuerte mientras la acorralaba contra el dichoso gresite, que tantas discusiones provocó, y ella abrazó de manera automática sus caderas entre sus piernas. Se besaron de manera intensa, casi violenta. Sus dientes chocaban, sus lenguas se enredaban,*

*alternaban intensidad y pasión con dulce anhelo, tanto tiempo oculto bajo la rutina. Apenas sin darse cuenta, se encontró dentro de ella, siempre se acoplaron a la perfección; eran un puzle perfecto. Sus embestidas profundizaban cada vez más, ayudadas por la caída del agua. Paró, no quería que acabara. No sabía cuándo podrían volver a repetirlo de una manera tan natural como aquella, sin sentirse obligado ni presionado. Claudia se movía en círculos, estaba claro que no quería parar, contraía sus muslos y Adrián no pudo evitar penetrarla más fuerte, escuchando cómo un gemido agudo y profundo se adentraba en sus oídos. Sus dedos presionaban su espalda y le costaba no dejarse llevar.*

*—Para, cariño, para. Sabes cómo quiero que esto acabe. Deseo estar de rodillas frente a ti, ansío que disfrutes, que me veas sometida a tus fantasías, a tu voluntad; lo necesito, de verdad. No hay nada que anhele más —le dijo en ese tono que lo volvía igual de loco que el primer día.*

*No sabía a qué temperatura estaba el agua, si era o no la más correcta, pero el ambiente cálido y su mirada le empujaban a dejarle hacer lo que quisiera con él. Claudia se colocó de rodillas frente a él, observaba su sexo con deseo. Su lengua la recorrió mientras sus manos agarraban sus caderas. Rápido, lento, rápido otra vez. Adrián creyó que su labio no se escaparía en esa ocasión de que unas gotas de sangre asomaran a través de él con la misma intensidad con la que latía su corazón. Atrapó unos cuantos mechones de su pelo, rizado, tan húmedo que le recordó al sabor de su sexo entre sus mejillas. Estos le ayudaron, junto con la pared a sus espaldas, a poder mantenerse de pie. Qué bien lo hacía, creyó no poder aguantar mucho más. Cuando el movimiento de su lengua se intensificó al saborear y succionar su glande, se apartó. Los hombros y el pecho de Claudia recibieron todo su desahogo mientras consiguió articular palabra —aunque con dificultad— y decirle cuánto la quería y las ganas que tenía de compartir este momento con ella.*

*Se puso en pie y le acercó su esponja, tras echar sobre ella un poco de jabón que consiguió una gran espuma blanca. Ese gesto le provocó un déjà vu de hacía apenas unos minutos. «Ufff. Aún percibo la sensación desbordante que me ha provocado hace unos minutos». En otro momento, habría salido de la ducha para secarse y poder relajarse con tranquilidad en el sofá, pero la actitud de Claudia comenzó a resultarle muy excitante, más que de costumbre. Sentir y observar cómo enjabonaba su pene, tan grande, tan bien estimulado por ella, que parecía querer volver a retomar la actividad. Adrián cogió su esponja, repitió lo que había hecho ella, pero en sus pechos, y, sin darse cuenta, expulsó un poco más de su amor por ella, si aún podía quedar algo más en su interior. Los pezones erectos de Claudia, empapados y casi ocultos bajo el jabón, le estimulaban hasta un punto que le parecía abrumador.*

*Cuando el agotamiento pidió auxilio y reclamó descanso, se secaron. Aún reticente, su sexo comenzó a relajarse.*

# Capítulo 10

## Asaltos inesperados

Adrián parecía descansar en la cama mientras Claudia estaba tumbada en el sofá, sin poder olvidar lo ocurrido hacía apenas media hora. En ese momento, la niña —ya adolescente— espera que solo sea el principio de una nueva etapa en la que poder olvidar lo que quiera que sea que los hubiera distanciado. Pero ¿podrían hacerlo sin saber qué es lo que lo había provocado? No tenía ninguna duda de qué es lo que le impulsaba a ella, pero a él... Se incorporó de un salto al recordar que había abandonado a Mario en el jardín del hospital cuando la llamó Pedro. Fue a por el móvil, inquieta por haberlo dejado tanto tiempo «abandonado», y vio tres mensajes que parpadeaban en la pantalla del móvil, reclamando su atención.

*Me voy, bonita. Solo me acerqué al hospital por si estabas sola y necesitabas un hombro sobre el que llorar. Ánimo. Ya sabes dónde encontrarme.*

Media hora después:

*No quiero que lo «nuestro» suponga ningún problema, ni con Adrián ni contigo misma; solo quiero lo mejor para ti.*

Hacía dos minutos:

*Me muero de vergüenza, de verdad. No quiero ser pesado, pero necesito saber si estás bien. No puedo explicar el porqué, pero desde que te conozco te has convertido en alguien muy importante. Por favor, dime algo.*

«Madre mía, me marché y me olvidé completamente de él. Mejor lo llamo». Antes de poder pulsar el botón de llamada, el móvil comienza a vibrar: es Virginia.

—Hola —respondió sin poder disimular su decepción. En el fondo deseaba que fuera Mario.

—¡Vaya! Qué efusividad. ¿Qué ha ocurrido, Claudia? ¿Tan mal han ido las cosas?

—Por suerte, no. Adrián está durmiendo, le dieron el alta hace unas horas y parece encontrarse bien, pero... —Se calla mientras piensa qué debe decir y qué guardarse para sí antes de continuar—: Mario fue al hospital. ¿Se lo dijiste tú?

—No, supongo que lo harían los de Recursos Humanos. Sabes que, con tal de tener toda la información que necesitan, venderían hasta a su madre. Pero cuéntame, ¿qué te dijo? Qué fuerte que se presentara allí sin hablar contigo antes, ¿no? ¿O es que ha pasado algo entre vosotros que yo no sepa?

—¿La verdad? No sé qué contestar a eso. En el hospital me abrazó y me sentí como en casa, como si lleváramos haciéndolo toda la vida. Fue... natural, espontáneo, sin necesidad de preguntarse si era lo correcto. Ni siquiera sé si es el momento adecuado para preguntármelo.

—Nena, no sé si tú te estás oyendo, pero sin duda son palabras mayores lo que escucho. ¿Qué tipo de intimidad es esa con alguien al que apenas conoces de unos días? ¡¡Ni siquiera la tengo yo con él, y llevamos trabajando juntos un año!! ¿Sabes la cantidad de chicas de la oficina que van detrás de él sin importarles que esté casado? —sentenció, realmente sorprendida.

—¿Crees que no lo sé? No me permiten dormir todas las preguntas que desde el viernes me avasallan, me someten a un juicio conmigo

misma que me desborda y del que no sé salir. Mario no paraba, ni para, de repetir que no hacemos nada malo, que somos afortunados de habernos conocido y solo compartimos una conexión especial que debemos no dejar escapar, y menos aún por clichés sociales. Qué cómodo, ¿no? Yo, sin embargo, no dejo de verme como la protagonista de la película *Infiel* —explicó Claudia, antes de chasquear la lengua.

—Wow. ¡Vaya explicación, nena! ¿Tan intenso es? ¿Y todo esto con Adrián ingresado en el hospital? ¿Él no ha notado ni te ha dicho nada? Y ya que lo has dicho, no es como en la peli. No cruzasteis la línea, ¿no?

Un sonido lejano captó la atención de Claudia y se despidió de Virginia, no sin antes prometer que, en cuanto pudiera, la llamaría. Sabía que dejarla otra vez a medias traería consecuencias.

«Vuelve, Claudia, vuelve».

Cogió todo el aire que pudo entre las paredes de su casa y se dirigió hacia la habitación, despacio, con miedo de no saber qué se iba a encontrar cuando deslizara la puerta. Lo hizo despacio. «¿Es el despertador lo que suena?». Vio a Adrián sentado en la cama, con los pies apoyados en el suelo y una cara de sueño más graciosa que preocupante. «Creo que solo se acaba de despertar».

—¿Cariño, estás bien? —preguntó sin poder disimular el miedo de que su tono de voz fuera demasiado jocoso.

Adrián alzó la mirada del suelo y sonrió con ternura, esa tan típica en él.

—Sí, conecté el despertador, no quería malgastar la tarde aquí solo en la cama. Ven, tumbate conmigo.

Extendió la mano hacia ella y Claudia se acercó, junto con todas las dudas que le acompañaban sin ánimo alguno de desaparecer.

Se sienta sobre las sábanas revueltas y deja un hueco junto a él mientras su mirada parece querer ¿repetir? «Joder, debería contestar los mensajes de Mario, pero... ¡bah! Esto es lo más importante; lo que de verdad importa». Llegó junto a la cama y, de un salto, se sentó a su lado. La mira y aparta un par mechones de su cara mientras la profundidad de su mirada la atraviesa. Era la profundidad que hacía meses no recordaba haber visto y tanto echaba de menos, hasta un punto del que ni siquiera era consciente.

—¿Este nuevo Adrián es producto de las drogas que te inyectaron en el hospital? —se aventuró a preguntar junto a una sonrisa juguetona, a pesar de que en el fondo no rechazaba la posibilidad de que esas drogas hubieran podido provocar su aumento de ganas de estar con ella.

Ganas de intimidad.

Ganas de compartir un nivel más profundo, uno que solo podían compartir ellos dos. Ellos. Adrián y Claudia.

Sonrió y sus labios se acercaron despacio para fundirse en uno solo. Era tan placentero, tan natural. «¿No es la misma palabra que he utilizado para definir mi abrazo con Mario cuando hablaba con Virginia?». Claudia no olvidaba cómo su subconsciente había definido su *relación* con Mario. Decidió no pensar e intentó, sin pensarlo demasiado, dejar a un lado su fusta e inseguridades para centrarse en lo que tenía entre manos, sin duda más placentero y divertido que esas divagaciones que parecían no tener fin. Y, al menos de momento, tampoco respuestas.

Parpadeó, estiró los brazos sin saber qué hora era e intentó abrir los ojos. Miró a su izquierda, Adrián parecía un ángel; apostaría a que Morfeo lo tenía inmerso en un plácido sueño. Se levantó despacio,

intentó hacer el menor ruido posible al cerrar la puerta y fue a la sala de puntillas. «Dichoso cuchitril, no puedo ni tirarme un pedo sin que todos nuestros vecinos lo oigan. Bueno, para eso aguanto yo los suyos, ¿no?», pensó con una sonrisa silenciosa. Estaba claro que no había nada como el haberse reencontrado con el sexo para un cambio de actitud y humor radical. No dejaba de sonreír al pensar que, aunque cuchitril, coqueto era un rato. «No lo había comentado antes, ¿verdad? Eso de coqueto ni parece estar ya en mi vocabulario, cómo echo de menos los emoticonos del *WhatsApp* para definir con más facilidad cómo me siento ahora». Ni *Lexatín* ni infusiones budistas, el sexo le ordenaba todas las neuronas y las colocaba a cada una en su sitio. El reloj de la entrada —sí, entrada y sala como única estancia— marcaba las cinco y media de la mañana. Se debieron de quedar sumidos en un profundo sueño tras su segundo momento íntimo del día —un gran asalto, por cierto—, sin ni siquiera dejarles ganas de cenar. No se había dado cuenta de la oscuridad que aún entraba, tímida, por las ventanas. Se sentó en el sofá mientras decidía si quedarse en casa, ir a trabajar en unas horas o volver a la cama y programar el despertador por si decidía que ir al trabajo era una buena idea (no frunzáis el ceño, de verdad que podía pasar). Se dio cuenta de que era demasiado pronto para tomar decisiones fueran del índole que fueran, y más sin un café —o dos— en el cuerpo. Así que, ¿adivináis que hizo? Sí, volvió a la cama, no sin antes programar el despertador para que sonara en una hora. Bueno, venga, sí, mejor en hora y media. Era capaz, aunque no lo creáis, de escuchar vuestros aplausos a través de la distancia.

De nuevo ese sonido lejano. «¿Ya? ¡¡Pero si acabo de acostarme!!». Ese comentario tan repetido en su cabeza. En ese momento, tenía más sueño que al acostarse, no dejaba de pensar que era una

verdadera pena ser pobre y no poder pasarse la mañana bajo las sábanas sin pensar en lo que podría suponer para su nómina. Apagó el despertador, esta vez el suyo, uno precioso y divertido que le regalaron sus amigas, esas que ahora estaban más allá de la frontera, de manera literal, en el que un pajarito salía de su jaula y no dejaba de canturrear hasta que atinabas y conseguía cerrar la puerta con él dentro. Creedla cuando piensa que encajar el cierre de esa maldita cerradura con sueño era laborioso y agotador. Se giró y observó al nuevo Adrián, aunque más bien parecía de nuevo el Adrián que la enamoró. Consiguió escapar despacio de entre las sábanas, que parecían agarrarla con fuerza mientras le imploraban que no las abandonara junto con la soledad de un nuevo día en solitario. Bajo la ducha, sintió cómo su sexo se contraía. «¡Fenomenal! Qué pronto me habitué a las buenas costumbres, para que él vuelva a las andadas en un par de días, o antes». Estaba claro que su raciocinio se resistía a abandonarla; «al menos tengo», pensó al mismo tiempo que sonreía. Como de costumbre cuando pensaba en su relación con Adrián, Mario conseguía infiltrarse entre sus pensamientos y se acordó de que, al igual que lo abandonó en el hospital, continuaba sin responder a sus mensajes. Se envolvió dentro de una de las toallas aún húmedas, sin tiempo a secarse tras su excitante ducha con Adrián, que se encontraban colgadas junto a la mampara, y se dirigió a la sala. Rescató su móvil del bolso y vio cómo parpadean dos mensajes nuevos, también suyos. De Mario.

Hace cuarenta y cinco minutos:

*Sé que es tarde y parezco un acosador, pero ¿va todo bien?*

Hace media hora:

¿Vendrás a la oficina? ¿Quieres que hable con RR. HH?

El último mensaje era más escueto y la verdad era que no le extrañaba. Si ella fuera él, activaría el modo *PivaOn*, que precedía a una bronca de órdago. Pensó unos minutos qué contestar cuando Adrián apareció por el pasillo. Dejó el móvil bloqueado sobre la mesa y le sonrió. Parecía estar bien, solo con sueño.

Sintió que no podía aguantar más tiempo sin conversaciones de chicas. Aprovechó para recordar despacio, con todo lujo de detalles, su tarde con Mario, intentando comprender lo que pudo pasar por su cabeza, la de él, pero en especial la de ella.

—¿Qué haces aquí tan solita y desnuda bajo la toalla? Si buscas una neumonía, hay mejores maneras de conseguirla, y no se me ocurre ninguna en la que estés sola.

Hizo caso omiso a los mensajes de su cabeza e intentó explicar qué hacía ahí parada como un pasmarote.

—Me he acordado de que debía hacer algo desde ayer, y si seguía dejándolo para más tarde se me volvería a olvidar. Ya me conoces. — Sonrió tímida—. Si no lo hacía ahora mientras me acordara... — respondió, aún de espaldas a él, mientras escondía el móvil entre uno de los pliegues de la toalla.

Oyó cómo sus pasos se acercaban despacio y, antes de que llegara junto a ella, decidió mejor tirar el móvil de manera despreocupada entre los cojines del sofá, que estaba junto a la mesa, donde permanecía de pie. Cuando al fin se da la vuelta y lo encuentra a escasos centímetros, no parecía que hubiera visto nada raro, y el gesto de Claudia sí ha sido tan despreocupado como pretendía.

—Mmmmm. Aún estás húmeda; me encantan esas gotas que resbalan desde tu pelo hacia tu pecho. ¿Puedo seguir su recorrido? O

quizá, se me ocurre algo mejor.

Se colocó de rodillas, con una sonrisa traviesa, frente a Claudia. Comenzó a separar poco a poco los picos de la toalla alrededor de su pubis, apenas unos centímetros, y comienza a deslizar sin problema su lengua, dejando que resbalara y serpenteara por su sexo. Despacio, de manera casi imperceptible. Se adentró en él. Claudia se imaginó con los ojos cerrados cómo Adrián se encontraba entre sus piernas, hasta que sus manos acercaron más fuerte sus caderas a los labios carnosos y anhelantes de él. No pudo evitar ronronear y moverlas con sutileza. Introdujo un dedo. Dos. Tres. Cuando la lengua de Claudia comenzaba ya a humedecer sus labios, se separa y lo miró con extrañeza.

—No pares, cariño, no pares, lo haces tan bien... —pronunció de manera intensa, aunque casi entre la inconsciencia y la realidad.

—¿Qué es eso?

Abrió los ojos y lo miró, sorprendida.

—¿El qué?

—¿No lo oyes? Algo parece vibrar en el sofá —respondió con la mirada fija en los cojines y el entrecejo contraído.

«Mierda, mierda, mierda», se repetía de manera automática Claudia.

Consiguió escabullirse de entre sus manos y labios, no sin decepción, y recuperó el móvil, donde pudo ver el número de RR. HH en la pantalla. Descolgó.

—Ah, ¿sí? Sí, sí, ayer le dieron el alta, estoy preparándome para ir a la oficina. —No puede evitar mirar de reojo a Adrián y ver esa sonrisa pícaro, tan típica en él cuando algo le provoca un morbo inesperado, mientras Claudia intentaba contener el tartamudeo que la situación le incitaba. «¿¡Podían haber llamado en peor momento!?»

—. Claro, sí, llevaré todos los justificantes que me dieron en el hospital —respondió de manera clara y hasta seria.

Cuelga y se deja caer sobre los cojines, sin dejar de morderse el labio mientras continuaba mirando a Adrián.

—¿Para trabajar en Recursos Humanos el requisito imprescindible es ser inoportuno? —pregunta Adrián entre risas mientras se dirige al pasillo.

—Eh, eh, eeeeeeeeeeh, ¿a dónde crees que vas? —replicó con pena. Se da la vuelta y su sonrisa traviesa se convierte en perversa.

—Así tendrás más ganas de mí cuando vuelvas del trabajo, morena. Se quedó repantingada sobre el sofá, aún con el teléfono entre las manos, sin ganas de mover ningún ápice de su cuerpo.

Las siete y aún sin arreglar ni responder a Mario. «¿No va a desaparecer de mi cabeza? ¿Ni siquiera tras todo lo que hemos hecho Adrián y yo desde que volvimos?». Se puso lo primero que encontró en el armario, se calzó sus bailarinas planas, siempre preparadas para salir a la carrera, y con un poco de colorete salió por la puerta, tras dar un fugaz beso a Adrián sin dejar de repetirle, mientras esperaba al ascensor, que la llamara si necesitaba cualquier cosa. Oyó su «que sí, pesada, que sí» antes de cerrar la puerta de casa. Subió al ascensor y se preguntó qué pasaría cuando viera a Mario, cómo se comportarían.

«¿Se habrá cabreado por no contestar los mensajes?».

# Capítulo 11

## Y ocurre... ¿por qué razón?

Fichó un minuto más tarde de la hora fijada de entrada, pero se lo tomó como un triunfo, dada la mañana que llevaba. Se dirigió, sin pensarlo demasiado, al ascensor para entregar todos los justificantes a *RR. HH*, y creía estar preparada para lo que fueran a decirle, sin esperar ni siquiera una falsa disculpa por su parte. Y tal y como pensaba: problemas, problemas y más problemas. Se tenían que reunir para decidir cuál podía ser la mejor manera de recuperar los dos días perdidos. Volvió al ascensor sin que dejara de sorprenderle la facilidad que tenían para complicar las cosas, con lo fácil que sería quitarle dos días de vacaciones o restar el tanto proporcional a su nómina. El caso era darse importancia. Aun sin haber llegado a su hora, decidió que la mejor manera de retomar la rutina era ir a por un café. La máquina seguro que fue la que más la echó de menos esos días. Porque, seamos sinceros, seguro que Virginia solo había estado ahí por cotillear. Intentó no ponerle mucho empeño ni más credibilidad de la que ese pensamiento necesitaba.

Fue despacio, incluso sigilosa, hacia los ascensores, sin hacer caso a las voces que provenían de las escaleras. La verdad era que se parecían mucho, no, muchísimo, a la de su madre, e imploraban que hiciera uso de ellas. Salud cardiovascular, ejercicio aeróbico y toda esa retahíla. Sí, podrían ser perfectamente un plagio de las de su madre, desde que ella tuvo edad para ser consciente de lo que oía. Se notaba que no la conocían nada en absoluto. Vamos, igual que su

madre. Tras unos minutos que le parecieron eternos, se abrieron las puertas del ascensor. Parecían hacerlo con chulería, frente a los mustios escalones situados detrás de ella. No pudo evitar mirar de reojo, pensar que es inocente, o incluso demasiado, pero la madera viene de los árboles y estos son seres vivos como los humanos. ¿Y si de verdad sufrieran cada vez que alguien pasara de largo y eligiera subir al ascensor, dejándolas tiradas sin hacerles caso? Sí, ya, ya, no hace falta que digáis nada. El caso es que, cuando alzó la vista entre tanto debate interior, ahí estaba, con esa mirada de pocos amigos que ya empezaba a reconocer.

—¡Mira qué sorpresa! —Escupe mientras se echa a un lado—. Menos mal que no me quedé en casa como una tonta, a la espera de que me devolvieras la llamada. Toma, es el café que iba a llevarte. Al no verte en tu silla, supuse que estarías aquí. —Y le acerca el vasito de plástico marrón con cara de pocos amigos.

—Lo siento, de verdad. Desde que Adrián salió del hospital, no he tenido tiempo de nada.

Se gira hacia Claudia y la mira con expresión afligida.

—Tienes razón, perdona. —La abraza y le da un beso en la mejilla—. Bueno, pero dime, hazme al menos un resumen. Desde el principio, ¿eh? No te quedes para ti los detalles más tórridos, que viendo tu cara de hoy seguro que los hay.

Le contó todo lo que su cerebro no había olvidado y, por supuesto, puso todo el énfasis que pudo en los momentos íntimos con Adrián. ¡Cómo no! Mario se adueña de todos sus pensamientos, haciendo que los encuentros en pareja pasen a un segundo plano.

—¡Joder, Mario! —No pudo evitar decir unos tonos más altos de lo necesario.

Se abrieron las puertas y se encontraron frente a frente con él. Tras unos minutos de desconcierto sin decir nada, Mario decide ser él quien hable:

—¿Subís, bajáis, os quedáis...? —preguntó de manera brusca, sin miedo a que Virginia se diera cuenta de la tirantez en sus palabras.

Aún no había llegado al momento de contarle todo lo que había ocurrido entre Mario y ella. Pensó que era mejor empezar por Adrián, lo más reciente o... bueno, no lo sabía. Igual lo que debía. Quizá ni ella misma sabía en qué punto estaba con su recién descubierto compañero de trabajo, por lo que no le sorprendió la expresión de confusión que se reflejaba en su cara. Por suerte, *su chica* tenía más experiencia que ella en estas lides y sabía que lo mejor era no tomar partido.

—¿Sabéis qué? Mejor me voy a mi mesa. Tú mejor quédate aquí, Claudia, ya bajo por las escaleras —añadió Mario antes de que ellas pudieran siquiera abrir la boca.

Sin decir nada más, se da la vuelta y se aleja, cuando Virginia le da un empujón para que salga detrás de él. Sin conceder ni un segundo a sopesar en qué posición le dejaría el hacerlo. «Que si es rebajarse, que si una chica no debe ni puede hacer algo así». Pero intentó llamarlo sin alzar mucho la voz mientras se encaminaba hacia él, acercándose cada vez más a sus pasos.

—Mario, eh, Mario. ¡Espera! —No se detuvo y aceleró el paso.

Cuando al fin lo alcanzó, agarra su muñeca y este se gira con cara de póker; ni siquiera de pocos amigos. Claudia se dio cuenta de que no sabía qué era peor.

—¿Qué? —contestó también en unos tonos alejados de lo políticamente correcto, sin poder disimular su disgusto.

—Lo siento, de verdad. —Intentó subir la mano por su brazo, pero se apartó dando un paso atrás. A pesar de su expresión corporal, Claudia continuó—: No sé qué decirte, cómo disculparme por haberte dejado allí, por fav... —La interrumpió sin dejarla terminar.

—No lo entiendes, ¿verdad? —Su mirada es intensa, fría, incluso agresiva.

—¿Bajamos a por un café y lo hablamos?

—No sé qué te habrán dicho en *RR. HH.* ¿Sabes qué? Ni siquiera me importa, pero algunos tenemos que trabajar y tú ya tienes uno en la mano. No entendería por qué deberíamos hacerlo.

Se dio la vuelta y la dejó allí plantada como un pasmarote, en medio del pasillo. Su expresión de desconcierto y tristeza —que poco a poco se quedan despacio con sus ganas de vivir— hicieron que se mantuviera allí, sin moverse, hasta que un compañero de Mario apareció, no sabía muy bien de dónde. Le preguntó si necesitaba algo. «Sí, que tu compañero me escuche», se dice a sí misma con el ceño fruncido. Volvió al ascensor y cuando llegó a su ventanilla, lo que menos le apetecía era oír faltas de respeto y quejas acerca de cómo funciona la Seguridad Social. Nada más sentarse, echó un ojo a su móvil y vio un *WhatsApp* de Adrián, pidiéndole que volviera ya a casa, que la echaba de menos. «Fenomenal, esto es justo lo que necesitaba. Y yo aquí haciendo el subnormal frente a un macho alfa que ni siquiera cree serlo». No sabía si se lo decía para animarse o porque de verdad era lo que necesitaba, en un intento de olvidar la expresión en la cara de Mario.

Han pasado un par de días y Virginia y ella no habían cruzado palabra. Tras haberse quedado dormido Adrián, Claudia no pudo evitar levantarse con sigilo y salir de la habitación para llamarla y

contarle lo que había pasado. Por suerte no hacía frío y desde la terraza pudo hablar con ella, sin miedo a que Adrián la escuchara. Le contó con pelos y señales todo lo que pasó entre ellos. Los oficiales; Claudia y Adrián. Ya de paso, aprovechó para relatarle en un tono muy sensual todos los asaltos con él. «¡Ay, nena! Qué envidia, y nada sana». Claudia no pudo evitar sonreír para sus adentros cuando oyó las palabras de Virginia. Se sentía tan orgullosa...

«Mala pécora», aunque en ese momento no sabía quién lo era más, si Virginia o ella.

Podría esperar hasta el día siguiente para hablar con ella, parecían unos minutos los que habían pasado desde los pasillos café en mano, pero no creía poder aguantar más sin conversaciones de chicas en profundidad, de las de verdad, las auténticas. También aprovechó para recordar despacio, con todo lujo de detalles, una de sus tardes con Mario, intentando entender entre expresiones lo que pudo pasar por su cabeza.

No sé a vosotras, pero a ella le enseñaron desde pequeña cómo era el aspecto de la conciencia: un monstruo parecido a los que aparecían en la película de *Monstruos* (los supermegamalos y feos, claro). Quizá el payaso de *It* también podía sumarse a la imagen esperpéntica en su cabeza. Siempre esa mezcla junto con su boca abierta. Ellos no dejaban de gritar alaridos e improperios, hasta hacerle sentir muy, muy, pero que muy pequeñita. Imaginaos cuánto la hacía sentir así, que cuando se veía en su casa hasta provocaba que esta pareciera un palacio donde podía ocupar todo el espacio posible. Sí, esa casa ya de adulta, aunque con niña pequeña y gritona a cargo de hipoteca. El mundo al revés, sin duda. El mensaje de Adrián debería reconfortarla, y en el fondo creyó que lo había hecho, pero una de

esas vocecitas que luchaban con sus neuronas por ver quién era la más lista, consiguió imponerse y la culpabilidad ocupó su silla del trabajo, junto con la presión que provoca un grito ahogado y silencioso en su pecho. Demasiadas emociones. Demasiadas sensaciones. Demasiado todo.

Tenía que esperar un minuto para poder fichar la salida y recuperar el que perdió esa mañana al *retrasarse*. Se sentó sobre una mesa cercana al reloj, con las piernas colgando, y observó cómo todos deslizaban sus tarjetas por él con expresión de felicidad y alivio. Cuando por fin ese eterno minuto, que parecía no pasar nunca, se acercó a su fin, vio cómo Mario se aproximaba con paso rápido, tarjeta en mano.

—¡Vaya! ¿Tú llegando tarde? —preguntó con soltura y un tono irónico a la vez que simpático.

—Digamos que no pude dormir bien anoche. ¿Adivinas por qué? Seguro que sí, aunque no quieras reconocerlo.

¡¡Zasca!! Su comentario la apuñala, junto con una mirada que nunca antes había visto dirigida hacia ella por nadie, ni siquiera cuando se encontraron hacía unas horas en el ascensor. Y eso que pensaba que esa sí le había hecho daño. Ni siquiera su madre cuando pisaba el suelo recién fregado había conseguido tal efecto.

Fichó por fin y se dirigió hacia la puerta. Claudia hizo lo mismo y, antes de que la cruzara, le gritó que parara. Ya le daba igual quién pudiera oírlo. Mario se dio la vuelta con expresión de sorpresa.

—¿Peeeeerdone? —Y el tono continuó sin ser conciliador, más bien el retintín se oyó casi más que el alarido de ella.

—Sí, Mario, tenemos que hablar. Me merezco al menos el poder explicarme. No tienes ni idea de lo que ocurre en mi vida, de cómo

son mis días o de los problemas que pueda tener para comportarme tal y como lo hice.

—Vale, muy bien, hablemos. Pero utiliza esa misma reflexión para cuando no entiendas el comportamiento de los demás. El mío, por ejemplo —contestó con resignación, sin mirarla.

«Maldita sea. Me va a costar más de lo que creía, pero ahora no puedo echarme para atrás después de ponerme digna». Sabía que, aun así, debía intentarlo.

—¿Aquí? ¿En medio de la puerta? Vamos al menos a tomar algo.

—¿No te espera tu novio convaleciente en casa? —Y su respuesta trajo de vuelta todo el resentimiento que llevaba escondido desde el fichaje de la mañana.

Claudia lo miró con una mezcla de sorpresa e indignación mientras intentaba respirar despacio y contar hasta tres, al menos, antes de volver a abrir la boca.

—Tienes razón, mejor no perder el tiempo contigo cuando tengo a alguien en casa que sí me valora. Disfruta de la tarde con tu mujer —alegó con el mismo resentimiento utilizado por él en su comentario.

«Ya está, me puse a su altura sin conseguir aclarar nada. Maldita boca y maldito pronto el mío». Perdió el primer asalto. Intento fallido, al menos creía haberlo intentado. Aunque le costara reconocerlo, sabía que tenía que agachar la cabeza, rectificar, al menos si quería encontrar una respuesta que le aclarara, al menos un poco, todo lo que había pasado entre ellos.

«¿Debo llegar hasta cinco cuando cuente la próxima vez?». No lo dudaba, si hubiera una próxima vez sería el primer paso.

Desde luego la situación de ambos no podía quedar así. Por los dos, por lo inesperado que no ocurre sin razón y tenía que encontrar antes de que fuera demasiado tarde y ya no hubiera vuelta atrás. Debía

descubrir el qué lo había provocado y por qué había ocurrido en ese momento. En realidad, tomaba el mando su raciocinio mientras su modo *PivaOn* hacía oídos sordos a un comentario maduro tan novedoso en ella. Despacio, pero de vez en cuando, parecía que la edad de su carné de identidad se ajustaba a la de su cabeza.

Solo unos segundos después, ni siquiera creyó que fueran minutos, volvía la niña que se agarraba con uñas y dientes a su protagonismo, ese al que llevaba tantos años alimentando sin preguntarse el por qué lo hacía con tanto ahínco. «¡Muy bien! Ya me puse a tu altura. Mejor no pongas a prueba mi dignidad, majo. ¿Quién leches te crees que eres? ¿Tengo que besar por dónde pisas por el simple hecho de haber ido al hospital y dejarte ahí sin mirar atrás?». Y según lo pensó, una ofendida lágrima asomó despacio y descendió por su mejilla.

«Si ni siquiera soy capaz de conseguir que haya tranquilidad dentro de mi cabeza, ¿cómo voy a conseguirlo no solo en los demás, sino con ellos?».

Cuando llegó a casa, Adrián la recibió con un fuerte abrazo que consiguió reiniciarla. O al menos eso creyó sentir. La besó al mismo tiempo que la estrechó contra la pared nada más arrojar el bolso sobre el sofá. Sus manos masculinas y anchas recorrían su cuerpo mientras sus labios le susurran la necesidad que tenía de verla, tocarla, acariciarla. Los engranajes de la cabeza de Claudia seguían con su lucha interna: quería de verdad poder, si no olvidar, al menos dejar a un lado la discusión con Mario. «¿Para qué todas esas emociones tan intensas día tras día si tengo a Adrián en casa que me quiere con locura?». No paraban de besarse, pero ella continuaba preguntándose qué lógica tenía que Mario hubiera aparecido en su vida. Tantos años trabajando juntos y no recordaba el haberse cruzado siquiera con él.

## Capítulo 12

### ¿Por qué cuesta tanto?

—¿Hablaste ya con ella?

—¿Disculpa? —respondió Mario con un tono que, a su pesar, esperaba que fuera lo más neutro posible, como parecía requerir la situación.

Su expresión parecía reflejar sorpresa, aunque Virginia no parecía querer cesar en su intento de querer saber qué ocurría entre él y Claudia.

—A ver. De verdad que yo te entiendo, Mario, en serio, aunque no llegue a comprender cómo habéis llegado al punto en el que parecéis estar. Puedo comprender tu malestar tras lo que hiciste al ir al hospital, pero tenéis que hablar. De verdad. No podéis dejarlo así.

Mario se mantenía en silencio mientras esperaba su café frente a la máquina. Cogió aire todo lo despacio que pudo y se dio la vuelta para colocarse cara a cara con ella.

—¿Y qué punto es ese? —preguntó después de respirar hondo con toda la paciencia del mundo, tras dar un sorbo al café. Creyó necesitar mil más como ese para mantener una conversación como la que se le avecinaba.

Intentó mantener la calma y que el tono de su respuesta no sonara brusco. «Demasiado tensa es ya mi relación con Claudia para que sea igual con una compañera que se sienta dos mesas más atrás», se dijo a sí mismo mientras el sorbo de café le despertaba un poco más, al

descender por su garganta y llegar al final del recorrido en su estómago.

—¡Venga, Mario, yo estaba allí aquella tarde! Pude ver cómo la mirabas. Bueno, más bien cómo os devorabais ambos con los ojos. Los dos —dijo al mismo tiempo que levantaba dos dedos de su mano derecha a escasos centímetros de la cara de Mario—. ¡¡Si se te caía la baba, hombre!! Era imposible disimular esos ojos de cordero degollado y... ¿enamorado?

—Mira, Virginia, no quiero ponerme borde contigo porque tú no tienes la culpa de nada de lo que ha pasado, pero... —Ella lo interrumpió antes de que pudiera terminar.

—Es que esa es la cuestión No tengo ni idea de lo que ha pasado. Claudia no parece querer contármelo, a pesar de que entre chicas siempre sabemos cómo echar una mano, y para colmo tú tampoco pareces colaborar. No entiendo por qué no queréis ser conscientes de que se os pudo escuchar el otro día a la salida como dos adolescentes: enfrascados en una pelea que ninguno de los allí presentes podíamos llegar a entender.

Una sonrisa sarcástica escapó de entre los labios de Mario mientras alzaba la vista al techo y chasqueaba la lengua. Terminó el café de un trago. No pudo evitar resoplar mientras negaba con la cabeza.

—¡¿Qué demonios pasa?! ¡¿Acaso no sois adultos?! ¡¡¿Queréis hacer el favor de hablar y dejar de amargarnos a todos los que nos cruzamos con vuestras caras agrias?!! —Virginia continuaba tal y como una madre haría al ver como él no contestaba. Insistía e insistía. La verdad era que no le daba respiro. Cada vez se metía más en el papel y parecía que fuera a entrar en implosión.

—Déjalo, me equivoqué con ella, pensé que era diferente. Solo fui el clavo ardiendo al que agarrarse.

—Creo que tu café ha debido de ser irlandés; comienzas a desvariar. ¡¡No tienes ni puta idea de cómo es Claudia!! Eres muy afortunado de haberla conocido y más aún de haber conectado con ella. Haz el favor de dejar que se explique. Si continúas con esa actitud, tu dichoso orgullo hará que te arrepientas en un futuro. Uno no muy lejano.

Virginia dio media vuelta y se marchó sin mirarlo ni esperar respuesta. Desapareció por el pasillo, orgullosa de su faceta de *femme fatale* y de haber puesto los puntos sobre las íes. O al menos eso quería creer.

«Joder, ¿por qué demonios me cuesta tanto darle la opción de escuchar lo que tenga que decirme? ¿Acaso tengo miedo de que ella quiera que nos distancieemos? ¿De ser solo amigos? Y, de ser así, ¿qué significaría ese miedo? La verdad es que ni siquiera sé qué somos ahora». Mario seguía negando con la cabeza y, tras decidir que otro café sería un mal antídoto contra la ansiedad que le provocaba la situación, se encaminó hacia la mesa de Claudia.

—Llevo media mañana buscándote —sentenció esperando réplica.

—Pues no debieron darte la medalla al mejor rastreador cuando formabas parte de los *Boy Scouts*. No me he movido de aquí desde esta mañana —replicó sin apartar la mirada de la pantalla del ordenador.

—Claudia, por favor, vengo en son de paz. ¿Podemos hablar?

Esta consiguió no inmutarse —tampoco comenzó a hiperventilar como cabría esperar en ella—, hasta que una vocecilla la animó —aunque sin mucho ímpetu, la verdad— a darse la vuelta. Al girarse hacia él, pudo ver cómo una expresión angustiada se reflejaba en la cara de Mario.

«¿Será verdad lo que ven mis ojos, o es solo lo que quiero ver?». Su inseguridad parecía haberse olvidado de lo ocurrido en el hospital,

de lo que le había ocurrido a Adrián, y parecía querer volver a pedir cariño, viniera de donde viniera.

—Muy bien, vamos entonces —contestó en un tono neutro. No sabía cómo, pero de verdad que sonó así, de verdad que sí. Los aplausos resonaban en su cabeza; sonrió por dentro y una risita interna casi hizo que se cayera al intentar levantarse de la silla.

Se puso en pie, sin dejar a nadie a la espera de ser atendido en su ventanilla, y se dirigieron ambos al patio trasero. Sí, donde todos se escondían para poder fumar, y de ahí su apodo como *patio submarino*. Era pequeño y en hora punta el humo apenas permitía ver con quién se hablaba o quién se encontraba allí.

—Muy bien, aquí estamos. Dime. —Su tono en ese momento no era nada neutro, sino bastante alejado de ser conciliador. Parecía que el trayecto la fue encendiendo poco a poco. Tampoco quería ponerle las cosas fáciles después del numerito en la puerta; ese que tanto recordaba y animaba a su niña interior a no callar ni pincharla.

—No quiero que esto acabe así —sentenció con mirada triste.

—¿A qué te refieres con «esto»? —preguntó Claudia sin dejar de mirarle a los ojos.

—Te parecerá extraño. No me creerás, pero... te quiero.

Claudia no puede evitar comenzar a reírse. Sí, una risa irónica, cínica e incluso hipócrita. «¿Se burla de mí en mi propia cara? ¡¡¿¿Qué leches significa lo que acaba de decir??!!».

—Mira, Mario, no tengo tiempo para estos juegos.

Intentó marcharse, pero él se colocó frente a ella, cortándole el paso. Alzó la mirada desafiante y se dio cuenta de lo cerca que estaban el uno del otro. Su corazón comenzó a bombear cada vez más rápido. Intentó controlar su respiración acelerada —sí, frente a él sí que hiperventilaba, no podía evitarlo— y, sin poder reaccionar,

Mario abrazó su cuello con las dos manos, entrelazó sus dedos con el fino y suave pelo de Claudia y el tiempo se detuvo. La gente desapareció. Era como si estuvieran solos. Pudo observar cómo sus labios se acercaban a los suyos, sintió cómo su aliento parecía mecer uno de los mechones que escaparon sin pedirlo del abrazo, y justo cuando la humedad de sus labios esperaba con ansia encontrarse con la de él, apartó la cara de manera automática, siendo su mejilla la que recibiera esos labios aún sin descubrir. Pero no sin imaginar.

«¡¡¡Joooooooooooooooooooooooooder!!! ¿¿¿De verdad le he hecho la cobra??? Pero qué lechesssss».

Mario retrocedió, retiró las manos de su cuello, dejándolas en alto, y su mirada pareció transmitir tristeza e incredulidad. Una mirada real que la apuñaló y le hacía sumirse en la pena más profunda, que no habría podido imaginar unos minutos antes.

—Ah, creo que no hay más que decir —argumentó Mario, con sus ojos fijos sin dejar de mirar a los de Claudia.

«Madre mía, pero ¿qué demonios ha pasado? Y lo más importante: ¿qué diantres he hecho?». Claudia intentó controlar la velocidad de su respiración y hacerlo de manera profunda, antes de poder decir algo que empeorara más aún la situación.

Mario bajó las manos, que seguían en alto frente a ella. Se dio la vuelta y Claudia lo agarró de la muñeca, en un último intento por arreglar las cosas.

—Por favor, hablemos, dejemos las cosas claras. —No dejó de implorar después de su reacción, esa que ni siquiera ella entendía.

Mario soltó la muñeca de Claudia de su brazo y, en ese momento, era su indiscutible expresión sarcástica la que se reflejaba en su rostro.

—¿No sabes el significado de hacer una cobra? Creo que lo has dejado todo muy claro; de hecho, cristalino. No hay reacción más sincera y transparente.

Ese transparente la atravesó. Tan profundo. Tan sincero. Tan intenso. Lo había deletreado despacio, consiguió atravesarla. Tardaría mucho en olvidarlo, si es que lo conseguía.

—Mario, antes de un beso hay mil cosas, muchas sensaciones y sentimientos que llevan a dar ese paso, y más aún en nuestra situación.

—Pues si tú no te has estremecido con esas sensaciones que creía haber compartido contigo desde que nos conocimos, esas que me llevaron a un hospital para darme cuenta de que en realidad eras una extraña, está claro que yo solito me monté la película. —Se giró y, antes de salir por la puerta, se da la vuelta para añadir—: ¿Sabes? En realidad esto solo refleja aún más tu rechazo. Pensé que esa actitud universitaria que pareces demostrar en ocasiones era solo eso, en ocasiones. A nuestra edad debería haber desaparecido ya. O al menos debería estar haciéndolo. Que todo solo fuera un espejismo, una fachada. Aún me cuesta creerlo.

Claudia casi pudo oír cómo su lengua chasqueaba con su paladar mientras la decepción la recorría cuando menos lo esperaba.

—Pero Mario, tú estás casado y yo, aun sin papel de por medio que lo demuestre —continuaba repitiendo—, es como si lo estuviera. Nunca hablamos de que esto pudiera convertirse en algo físico, que pudiéramos cruzar la línea...

—Da igual, Claudia. De verdad, no importa. Todo está bien, solo dame algo de tiempo.

Y sin añadir nada más, desapareció tras la puerta y Claudia quiso morirse, o al menos que se la tragara la tierra. Nunca le pareció tan

largo el camino de vuelta a su incómoda silla.

«No entiendo por qué todo tiene que ser tan complicado. Quizá somos nosotros los que hacemos que así sea, y no somos capaces de comunicarnos para poder entendernos», no dejaba de pensar con amargura. En ese momento no sabía el rapapolvo que le había dado Virginia horas antes de su cobra, pero aun sin saberlo, suponía que habría tenido un día tan complicado y difícil como el de ella.

El día se le hizo eterno, no paraba de mirar el reloj cada dos por tres y, ya de paso, para no malgastar el estar más allá que acá, también echaba un vistazo al móvil por el rabillo del ojo a cada momento. Adrián parecía no haber perdido el supuesto efecto secundario —y carnal— de las drogas. Quizá de verdad eso les supusiera un antes y un después en su relación.

Al fin llegó el momento de fichar. Devolvió la tarjeta al bolso tras oír el sonido celestial que le permitía marcharse de allí y alejarse por fin de un día en el que no dejaron de arreciarle encima chuzos de punta. El móvil comenzó a vibrar. Número desconocido. Descolgó bajo el sol caliente de la supuesta hora de la siesta, hasta con temor de que hubiera pasado algo.

—¿Sí?

—Hola, Claudia, soy Pedro.

Tras unos segundos incómodos en silencio, comenzaron a hablar a la vez sin lograr entenderse. Claudia optó por callar, prefería que hablara él; no tenía ni idea de quién podía ser y creyó que esperar sería lo más inteligente. No recordaba que hubiera ningún Pedro en su vida.

—El doctor Abarca, perdona. No sé si sabías cuál era mi nombre de pila. La semana que viene tenéis que venir a consulta, pero no podré

ser yo quien os reciba. Solo quería saber cómo iba todo.

Claudia abrió los ojos como si fueran dos platos enormes, pero de una vajilla china preciosa, y creyó que iba a ahogarse con su propia saliva mientras sus ojos se tornaban en dos perfectos corazones parpadeantes. «¿Y ese interés? Víctor ya me comentó que su comportamiento no era el más habitual con un el familiar del paciente, desde luego esta llamada se aparta bastante de lo habitual. ¿Será por Adrián? ¿Por mí? Vuelve, Claudia, vuelve. Cada vez tengo menos dudas de que Mario ha puesto mi vida del revés. Estos días alejados de los cuidados del hospital deben ser importantes. Sí, la llamada debe de ser por eso, aunque no pienso entrar en ciertos detalles si no son estrictamente necesarios».

— ¿Hola? ¿Sigues ahí? —preguntó Pedro ante su silencio, que debió parecerle eterno.

— Eh, sí, sí, perdona, es solo que no esperaba tu llamada.

Claudia comenzó a contarle que desde el alta todo parecía ir bien, sin mencionar su aumento desmesurado e inesperado de libido, claro; le mentiría si diera a entender que no estaba encantada con el cambio que eso suponía en sus vidas.

Cuando terminaron de hablar y devolvió el teléfono al lugar donde debería estar siempre —tal vez así podría evitar encontrarlo justo cuando dejaba de sonar—, su expresión aún reflejaba, cuanto menos, perplejidad.

— ¿Todo bien?

Se giró sobresaltada al escuchar la voz de Mario.

— Eh, sí, sí, era el médico de Adrián. Me extraña que haya llamado, solo es eso.

— Bueno, al menos me consuela darme cuenta de que no soy el único que cae rendido a esos encantos tuyos que insistes en ocultar.

Trató de continuar su camino cuando Claudia intentó frenarle como hacía unas horas en el patio. Sujetó su mano con suavidad y una descarga pareció estallar entre ambos. Aprovechó el haber conseguido frenarle para no dejar nada en el aire.

—Sé que me pediste tiempo, pero creo que es mejor que en ese tiempo tengas toda la información necesaria para poder tomar la decisión más adecuada.

Sintió cómo su móvil vibraba de nuevo, pero ni siquiera hizo intención de buscarlo. «Tengo que pasar página con Mario o, al menos, cerrar este capítulo de hoy, sea cual sea al resultado». Este la miró con dulzura mientras asentía con la cabeza.

—Muy bien, vamos al irlandés entonces.

Tal y como ocurrió por la mañana desde que le hizo *la cobra* hasta que llegó a su ventanilla, el tramo hasta el irlandés parecía irse alejando cada vez más según se acercaban a él.

Se sentaron en la misma mesa de la última vez. Oscura. Escondida. Al fondo del local. Esta vez no se colocó junto a ella, sino enfrente, sin acercarse ni rozarse siquiera. «¿Para qué quiero que lo haga? Encima parece tranquilo el tío. ¿Fue un sueño el abrazo del hospital? ¿De verdad ocurrió? ¿Las últimas veces que nos vimos aquí fueron tan reales como las recuerdo? ¿Y el beso que intentó darme esta mañana? ¿Cómo tanto Virginia como yo vimos que me devoraba con los ojos el primer día? Ahora soy yo la que necesita un manual para mantener a raya a mi autoestima, que se abalanza sin freno al precipicio. Joder, no puedo seguir callada, tengo que decir algo antes de que la bilis me convierta en un dibujo animado verde, feo y aterrador».

—Lo siento, lamento la supuesta cobra. —Mario subió las cejas, sorprendido. No parecía hacerle ninguna gracia el comentario, igual

no esperaba que fuera directa tan pronto—. Siento haberte dejado tirado en el hospital, no haber devuelto tus mensajes, no haberme sabido explicar esta mañana, no... —Mario puso su mano sobre la de ella, que abrazaba el vaso como si se lo fueran a quitar, antes de interrumpir el vómito de palabras en forma de piedras que no dejaba de expulsar y no parecía tener fin.

—Claudia, de verdad, todo esto se nos ha ido un poco de las manos. No pasa nada. De verdad que no hay ningún problema, volveremos a la normalidad y olvidaremos todo esto. Han sido unos días demasiado... eh... intensos.

—¿Olvidarlo? Yo no quiero olvidarlo. Tú y yo no tenemos *normalidad* a la que volver. —Y mientras lo decía, dibujó unas comillas en el aire con todo el retintín que pudo en la palabra *normalidad* antes de continuar—: ¿Vamos a volver a no conocernos? Porque te recuerdo que esta conexión, esta relación especial, como tú mismo dijiste, nació en el momento que nos presentaron, que te recuerdo, no fue hace tanto tiempo.

—Solo intento ponerte las cosas más fáciles, Claudia, nada más.

—¡¡Joder, no tenemos edad para que las cosas sean fáciles, ya es hora de dejarlo todo claro y saber qué es lo que sentimos y qué significa todo esto!!

—Vale, vale, tranquila; me parece bien. Es evidente que hay una atracción física que me permitiría tirarme al vacío contigo, a pesar de que ya no estamos en edad de quedarnos con las ganas y sí con la culpa, pero no creo que pases por el mejor momento para una situación así. Ahora mismo saltaría esta mesa y no pararía de besar esos labios que no puedo dejar de mirar, de desear —decía mientras se mordía el labio—. Muero por conocer su sabor, Claudia, tu sabor. Por eso no me he sentado a tu lado. Todo esto que siento no puede ni

debe pasar; o al menos eso es lo que no paro de repetirme. Tu sitio está junto a Adrián, igual que el mío está junto a Marta.

—¿Y ya está? ¿Así de fácil? Me dijiste que... que... ¡¡que me querías!! Y de eso hace apenas unas horas —contestó ofendida, haciendo acopio de todas sus fuerzas para no comenzar a llorar, como lo haría la niña chica que llevaba dentro.

Sintió, sin lógica alguna, cómo algo agonizaba despacio dentro de ella, en lo más profundo, en lo más alejado de cualquier rincón conocido de su interior. Pero Mario, sin embargo, parecía no solo verlo, sino también leerlo con nitidez en su rostro.

—Eh, venga, cambia esa cara, que te pones muy fea —comentó junto con una expresión provocadora, Claudia dudaba de si de manera intencionada o no, y continuó escuchando—: No digas eso, sabes que es lo mejor. Insisto en que tenemos que normalizar nuestra relación, intentar ser amigos con... no sé, con una conexión especial.

—Pareces convencido de lo que dices, pero sé cómo acabará. En lugar de normalizar lo que quiera que sea esto, nos iremos alejando y todo quedará en un sueño o en un mero recuerdo. Una fantasía que no se hizo realidad, ni lo hará nunca. Un sueño en el que perdernos cuando todo lo demás parezca no ser suficiente.

—Claudia, lo primero que me dices es que lamentas «la supuesta cobra», parece que pides una sinceridad que ni tú misma te aplicas. ¿Te das cuenta de lo contradictorios que son tus mensajes? ¿Lamentas la cobra o no? ¿Desearías que hubiera algo más como yo, aunque eso suponga cruzar la línea? Al final, todo esto es más simple de lo que creemos: o se cruza o no se cruza, no hay más. Que reconozcas que te gustaría de verdad no implica nada. Por mi parte yo he sido sincero. Espero lo mismo de ti.

Esa expresión provocadora de hacía un momento brillaba por su ausencia y Claudia no pudo descifrar lo que veían sus ojos en ese momento. ¿Decepción, tristeza, sorpresa? Quizás la mezcla de todas ellas.

—Está bien, tienes razón. Parece que entramos en un bucle del que no sabemos o no queremos salir; solo necesito que sepas que no quiero que salgas de mi vida y poder llegar a conocernos, aunque solo sea como amigos. A veces la amistad es la mejor relación posible, o quizá la más verdadera.

Claudia se levantó al mismo tiempo que dejó el dinero de su bebida sobre la mesa, se acercó a él y no pudo evitar abrazar su cuello y darle un beso en la mejilla, cerca, quizá más de lo que se propuso en un principio, de las comisuras. Largo. Sentido. Dulce. Intenso. Como ellos.

Mientras se alejaba, sus ojos comenzaron a humedecerse y, de nuevo, vibró su bolso. Todo él. Se frenó en seco. Cabreada y sin mirar quién era, respondió:

—¡¿¿Sí??!! —berreó irritada.

Estaba claro que su niña interior controlaba todas sus emociones hasta unos límites insospechados; unos que hasta a ella le daban miedo. Tendría que volver a enseñarle a contar despacio.

—Claudia, soy Víctor. Estoy con Adrián en el hospital.

En ese momento sí que su mundo volvió a pararse, y no tenía muy claro si le daría tiempo a bajar, solo sabía que debía encaminarse al hospital y, de nuevo, dejar a Mario atrás. ¿Esta vez con todo hablado?

## Capítulo 13

# ¿Cómo encontrarse si no sabes dónde te has perdido?

«Joder, joder, jodeeeeeer», no dejaba de repetirse mientras corría hacia la boca de metro. No entendía qué demonios pasaba otra vez, apenas acababa de salir del hospital y ya estaba de vuelta; ¿un *déjà vu*? ¿Tan raros eran sus síntomas que no eran capaces de ajustarlos a nada conocido? Esperaba que estuviera Pedro con él. No sabía muy bien la razón ni por qué, pero le transmitía confianza, incluso aunque tampoco pareciera saber lo que le ocurría a Adrián. Igual solo es que, como médico, se reservaba para él sus hipótesis. Eso debía de ser como el *reservado derecho de admisión* en bares y restaurantes varios. Un básico ya considerado como normal.

Llegó casi sin aliento y vio a Víctor en la puerta que daba paso a los diferentes *boxes*; Pedro estaba junto a él y parecían hablar de manera distendida, lejos de ser preocupante, lo que ayudó a que Claudia se relajara, al menos de momento.

—¡Hola! Creo que voy a ser yo la siguiente en estar ahí tumbada como esto siga así —dijo casi sin aliento, antes de explicarse—: En serio, hacía mucho que no corría tanto.

Víctor la miró y sonrió sin decir nada. La expresión de Pedro parecía reflejar ¿satisfacción? ¿Alegría? ¿O era lástima?

«Vuelve, Claudia, vuelve; no es momento de irte por los cerros de Úbeda». Sitio que, por cierto, parecía ya conocer, aunque solo fuera

por la cantidad de tiempo que su cabeza pasaba allí. «Tendremos que programar un viaje cuando todo esto, sea lo que sea, mejore».

—¡Hola, Claudia! —la saludó Pedro con lo que parecía ser entusiasmo. Ahora creyó ver con menos dudas.

—¿Eso que oigo es efusividad? ¿Me esperan buenas noticias entonces? —preguntó esperanzada.

—No sé si hasta ese punto, pero al menos está estable y...

—Perdonadme, tengo que marcharme ya —interrumpe Víctor—. Claudia, ante cualquier novedad o si necesitas algo ya sabes dónde estoy.

Ambos se despiden de él y Pedro la anima a que tomen algo en la cafetería, y así ponerse al día en un ambiente algo menos intenso. Si era sincera, para ella era más aterrador que otra cosa. Sinceridad. Verdades. Futuro desconocido. Precipicio cuya pendiente no quería ni calcular.

De manera protocolaria, como así lo requería la situación, se sienta en la silla frente a ella, sin que desaparezca la sonrisa de su cara ni por un segundo. «¡¿Qué leches significa esa expresión?!». Porque no le parecía la de una reunión médico-paciente, la verdad, y menos a falta de este último.

—No puedo asegurarte nada, Claudia, al menos por ahora. En esta ocasión, cuando llegó al hospital lo que había perdido era la visión. Por suerte, ya parece haberla recuperado, no en su totalidad pero sí la mayor parte —aclara al ver su cara de espanto—. Y puede que al final del día, con los resultados de unas pruebas más específicas, enfocadas a lo que tengo en mente, podamos confirmar mis sospechas a ciencia cierta.

—Pero entonces, ¿la buena noticia es que al final del día podríamos tener diagnóstico? Me explico: ¿ese diagnóstico puede ser algo grave,

con mal pronóstico o incluso sin cura? Porque, desde luego, no parece que sea nada sencillo. Aunque me consuela, al menos, el poder saber que tiene nombre.

La verdad era que no pensó antes de preguntarlo todo en tropel. Según los interrogantes se amontonaban en su cabeza, los escupía. No podía guardárselos dentro si quería evitar que la ingresasen a ella por una crisis de ansiedad que desbordara toda su bilis. Para su sorpresa, Pedro colocó con suavidad su mano sobre la suya. «¡Pero qué manía tienen los hombres con los que me cruzo últimamente con mis manos! Esto ya no es casualidad. No puede serlo. Me niego a creerlo. Además, para nada pienso que ni siquiera sean unas manos bonitas o apetecibles. Primero Mario, ahora Pedro. ¿Qué o quién vendrá después?».

Él continuaba con su explicación médica, pero enseguida se dio cuenta de que Claudia estaba muy lejos de allí, y se levantó con sigilo para sentarse a su lado. Puso su mano sobre el brazo de Claudia, justo por detrás del hombro, rozando su espalda de una manera muy natural y tierna antes de acercarse un poco más a ella. Esta sintió que estaban demasiado cerca, cómo su piel se erizaba, y percibió... no tenía ni idea de qué percibía, la verdad. «Seguro que lo hace porque no piensa en mí como algo más que un familiar. Seguro. No hay otra explicación».

—No quiero decirte más antes de estar seguro por completo, pero aun si hay tratamiento, me atrevería a decir que no serán buenas noticias. Ni siquiera que será fácil.

Sin dejar de estar sorprendida por su gesto, Pedro acercó su mano a la cara de Claudia y le colocó un mechón de pelo tras la oreja con mucha delicadeza, o al menos así lo recordaba Claudia. «Que se separe, que lo haga ya. ¡Que paren el mundo, que no es que me

quiera bajar, es que salto ahora mismo! ¡No espero ni un segundo más!».

Se separó despacio; no quería repetir la cobra de esa misma mañana con Mario ni parecer brusca, y menos aún en un lugar público. Lo miró e intentó hablar de lo que acababa de decirle. Miró al suelo, avergonzada por sus pensamientos, y decidió que era mejor coger todo el aire que pudiera y centrarse en sus palabras.

—Ah, pero ¿tiene cura al menos? —escupió tan rápido como pudo, sin darle muchas más vueltas.

—Mejor vamos a ver a Adrián. No adelantemos acontecimientos más de lo que lo hice. Hasta que lleguen los resultados, solo son hipótesis.

En esta ocasión levantó la barbilla de Claudia, sin dar opción a que sus miradas no estuvieran a la misma altura, y eso para ella supuso que todo desapareciera a su alrededor. Sí, como en las películas o esas series de chicas en las que todo parecía tan sencillo. Sin decir nada más, Pedro se separó, se puso en pie y le indicó con un gesto que se dirigiera a la puerta. De camino a *boxes* ninguno dijo nada, pero las neuronas de Claudia comenzaron a sentir de nuevo otro *déjà vu*, al no poder olvidar el momento con Mario en el patio que podía verse a través de los ventanales del pasillo.

Cuando llegaron, apartaron la cortina despacio y vieron a Adrián con ese gesto de paz que solo el hospital parecía ser capaz de proporcionar. Claudia se acercó y le dio un beso en la comisura de los labios; fue un beso lento, largo, lleno de todo lo que sentía cuando él estaba cerca y era incapaz de expresar con palabras. No era Mario en esta ocasión, era Adrián. Él abrió los ojos y sonrió.

—Mmmm. Hola, preciosa.

—Hola, cariño, ¿cómo te encuentras?

Pedro los miraba desde cierta distancia antes de decirles que tenía que ir a ver a otro paciente y que Claudia podía quedarse con Adrián hasta que volviera con las enfermeras que realizaran las pruebas específicas de las que habían hablado.

Poco después de que un auxiliar se llevara la bandeja con los platos vacíos de la cena, apareció Pedro vestido de civil. Sí, ya sabéis, un sanitario sin bata blanca parece otro. Es como cambiar un chándal por un vestido de noche. No os dejéis influir por el cliché de que la imagen no importa; dependiendo de para qué, lo hace, y mucho. ¿Alguien iría a comprar un Audi R8 con unas mallas del rastrillo? Pues eso.

—Hola, chicos. Solo quería despedirme. Hasta mañana por la mañana no estarán los resultados de la analítica con los parámetros específicos que necesito, lo siento. Claudia, perdona, pero no puedes pasar aquí la noche. Además, te vendrá bien descansar en casa, en tu cama, y alejarte de estas paredes durante unas horas. Adrián te necesitará con fuerzas mañana. —Sonreía de una manera tan entrañable que era hasta casi familiar. «Igual esa conexión es porque en otra vida fue mi hermano», se justificó ella misma después de haber leído *Lazos de amor*, de Brian Weiss.

Decidió que lo mejor era hacerle caso y salió con él tras darle un beso a Adrián. Ya tras haber cruzado las puertas del hospital, Pedro comenzó a hablar:

—Claudia, debes de estar muy cansada. Llevas una semana de locos. ¿Quieres que te acerque a casa?

«Pero vamos a ver, ¿cuáles son los planetas que se alinearon para ponerme en estas tesituras? Y lo más importante, ¿por qué? Al principio pensé que era la falta de sexo, y por tanto mi necesidad de él, pero ¿ahora qué? ¿El brillo de la novedad por haberlo retomado

con Adrián? Mi maquillaje a estas horas debe de estar para el arrastre, mis ojeras deben de parecer dos agujeros negros por los que nadie que me mire puede salir con vida, y mi humor... bueno, no creo que sea el más atrayente». Antes de seguir dando pie a sus divagaciones y pensamientos, esos tan positivos, asintió con la cabeza mientras le contestaba:

—Sí, quizás tengas razón. Vamos. —Cogió todo el aire que creía posible y escondió a su pequeña niña confusa bajo la promesa de cenar chucherías a su elección.

Bajaron en el ascensor situado junto a la puerta de salida. Llegaron al *parking*, de nuevo sin cruzar palabra, y se metieron en el coche. Era un Mini precioso, plateado y con un olor que le embriagó nada más entrar. No pudo evitar cerrar los ojos y centrarse solo en ese olor. Pedro giró la llave del contacto, sonó el motor, aunque no en exceso, y comenzó a escucharse *Coldplay* con *Fix You*. «¡Cómo me gusta esta canción! Mejor céntrate, Claudia, céntrate. Ya no volver de tu extraño país interior, no, sino que ahora me toca centrarme y mantener los ojos bien abiertos».

—Me encanta esta canción. Eh, vivimos en el centro, así que si prefieres déjame donde mejor te venga, tampoco quiero que llegues tarde a tu casa por acercarme a la mía. Cualquier boca de metro me vale —le comentó, al mismo tiempo que una sonrisa fugaz, que dudaba que hubiera visto, se dibujaba en su cara.

—Nadie me espera, así que no pasa nada. Prefiero dejarte en la puerta, soy un caballero. —Y levanta las cejas, antes de mirarla de reojo con media sonrisa.

Claudia no pudo evitar que una contracción en sus muslos la dejara fuera de juego. Sí, en fuera de juego, y sí, sabía lo que era. Fue la primera de clase en sumarse a la actividad más molona durante los

recreos; las muñecas nunca fueron lo suyo. A pesar de los recuerdos de la escuela, un suave mordisco acaricia su labio inferior, sorprendido de lo que ocurría más abajo. Intenta no dejar de mirar por la ventana del copiloto para evitar que Pedro se diera cuenta, aunque solo fuera un mínimo atisbo, de su respuesta al comentario acerca de su soltería. Le indica cómo llegar a casa y decide que lo mejor era hacerlo mientras lo miraba a los ojos; nada de bajar la vista avergonzada y dirigirla de manera perdida al cuello de su polo, que, por cierto, le parecía precioso.

Cuando llegaron aparcó cerca, pero no en la misma puerta. Se giró hacia ella y la miró durante lo que le parecieron horas, antes de comenzar a hablar:

—Nunca he hecho esto.

—¿Llevar a una paciente a casa? Perdón, a un familiar de un paciente. —«Joder, joder, jodeeeeer, ¿qué significa esto?». Su cabeza no descansaba—. Siempre hay una primera vez para todo. En fin, gracias, mañana por la mañana estoy allí y esperamos a ver qué dicen los resultados. Otro día sin ir trabajar —añadió, intentando quitarle hierro al momento.

—Claudia —dice al mismo tiempo que agarra su muñeca cuando estaba a punto de abrir la puerta—. Ya estaban los resultados antes de irnos. Preferí esperar a mañana antes de decírselo a él; es mejor que Adrián esté descansado cuando reciba la noticia.

Se quedó paralizada. Eso no había podido sonar peor. Y ella en los mundos de Yupi, creyéndose la reina del mambo.

—Pedro, perdona que te tutee, pero me estás asustando. ¿Tan horrible es?

—Se ha confirmado lo que me temía: padece la enfermedad de Devic.

— ¿De qué? Es la primera vez que lo oigo.

— Desde la primera vez que vino, parecía claro que se trataba de un problema neurológico, pero desconocíamos cuál. Estábamos dando más palos de ciego que otra cosa. Debíamos esperar a que salieran a la luz más síntomas, para eso lo mejor era que volviera a su rutina, de ahí que le diéramos el alta y que te llamara esta tarde. — «Lo sabía, era la explicación más lógica, pero ¿que estemos aquí también lo es? Vuelve, Claudia, vuelve» —. Cuando hemos visto que su capacidad visual estaba afectada, lo he tenido claro y le mandé hacer la analítica más concreta para el diagnóstico.

— Pero ¿en qué consiste? ¿Qué es?

— Es una enfermedad autoinmune que afecta al nervio óptico. También se le denomina neuromielitis óptica. En el caso de Adrián, la médula espinal no parece estar afectada.

No pudo evitarlo y las lágrimas comenzaron a brotar sin control. No podía moverse, ni siquiera pensar. En ese momento, sintió cómo los brazos de Pedro la rodeaban y ambos se fundían en un abrazo largo, intenso y suave que le reconfortaba. Su respiración delicada y rítmica se fundió con la de Claudia, entrecortada y acelerada por oír los latidos de su corazón. Sin pensarlo, de manera automática, la estrechó más fuerte, y sus pechos parecieron envolverse, ser uno solo. Era capaz de poder escuchar cómo el suyo latía junto al de él, cómo se habían convertido en uno y su alrededor volvía a desaparecer. Se separó apenas unos centímetros y sus miradas se encontraron. Tímidas, temerosas de lo que sentían, del momento tan repentino e inesperado que compartían en una situación tan dramática y atípica. Parecían mostrarse ansiosas de expresar, a través de los labios húmedos de ambos, lo que la situación provocaba. La angustia de lo que depararía el mañana. El desconocer cómo

evolucionaría todo. Las corrientes que recorrían cada rincón de sus cuerpos, la novedad de un «juntos» que ninguno esperaba. Decidieron, sin preguntar en alto ni susurrarlo siquiera, que acercarse despacio era lo que parecían necesitar. Sus bocas se entreabren a medida que pudieron percibir cada una de sus delicadas fisuras, antes de que sus lenguas salieran al alcance la una de la otra. Se encontraron, se enredaron y saborearon sin pensar. Claudia se sumergió en lo que parecía un abismo en el que querer esconderse y dejar el mundo atrás, hasta que algo dentro de ella pareció activar el interruptor de vuelta a la realidad.

Se alejó todo lo que pudo y apoyó la espalda sobre la puerta, que gracias a Dios había cerrado de manera automática, dispuesta a marchar hacia casa, cuando él agarró su muñeca hacía unos minutos.

—¿Qué? Perdona, pero ¿qué se supone...?

—Lo siento, disculpa. No sé cómo he podido... —respondió Pedro mientras se frotaba la cara con ambas manos.

La miró y, donde antes había deseo, ahora solo parecía haber remordimiento.

—Tranquilo, no pasa nada, yo también me dejé llevar. Nos vemos mañana.

Se bajó del coche, intentó que su estado de ánimo no diera un portazo y se dirigió a casa.

«¿Pero...? ¡Vamos a ver, Claudia! Haz el favor de centrarte. ¿Cómo es posible que de pronto solo revolotee a mi alrededor un tío tras otro? ¿Desde cuándo soy de esas que dan pie a que estas situaciones ocurran? Y Adrián solo en el hospital. Joder, me estoy superando por momentos como la mejor novia». La culpabilidad se apoderó de ella sin entender nada de lo que ocurría, cómo había llegado a ese punto y en qué situación estaba antes de que todo ocurriera, para que al

final haya pasado en el peor momento posible. La debilidad. La inseguridad. La falta de autoestima o como se le quisiera llamar a todo lo vivido en los últimos días. Todo le había superado. Y de qué manera.

Entró en el portal, llamó al ascensor y, nada más cerrar la puerta de su casa, comenzó a llorar desconsolada. Sintió rechazo a todo lo que había hecho, a su comportamiento adolescente y completamente fuera de lugar. No solo por todo lo ocurrido en el coche, también en la cafetería del hospital, en sus pensamientos. A su manera irracional de actuar con Mario y en especial con Pedro. Ni que decir tenía con Adrián. Aunque en el fondo él, o mejor dicho, el beso que compartieron, hubiera conseguido tranquilizarla, aunque no consiguió entender de qué, si ni siquiera comprendía qué le pasaba. Se sentía desbordada. Perdida entre tantos sentimientos contradictorios, muy alejada de la persona que creía ser. O al menos, pretendía ser.

Sí. Completa y absolutamente perdida. En ese momento, aparecieron en cabeza y en un diálogo interno todos los discursos que no dejaban de repetir sus padres durante su infancia, y se dio cuenta de cómo se la intentó empujar hacia la perfección y no al progreso. Error no forzado. Suponía que las diferentes épocas cayeron sobre ella con todo el peso del que pensaba haberse desprendido.

# Capítulo 14

## Al límite de la consciencia

Algo más tranquila, o quizá se deshidrató tras tantas lágrimas, berreos y sollozos que salieron de su cuerpo, decidió abrir la ventana de la habitación antes de esconderse bajo las sábanas. Corría una agradable brisa, era perfecta. Adoraba ese tiempo primaveral. Una vuelta. Dos. Tres. A ese paso, la sábana acabaría en el baño o la cocina, ella con el culo aire y un resfriado de los que no te abandonaban hasta que aparecía el de otoño, con síntomas diferentes pero igual de agotadores. Continuaría con las bajadas de temperatura que daban paso al invierno y el bucle parecería no tener fin. El móvil vibró sobre la mesilla y consiguió apartarla de pensar en el futuro resfriado para volver a cómo iba a ser capaz de dormir con todo lo que no cesaba de dar vueltas en su cabeza.

Alcanzó el móvil entre todo lo que aún continuaba sobre la mesilla. Era un mensaje:

*No puedo dejar de pensar en lo que ha pasado. ¿A ti te pasa lo mismo? ¡Qué tontería! Claro que no, tal y como has bajado del coche, seguro que piensas en lo poco profesional que he sido hoy. Repito que lo siento mucho, estoy muy avergonzado. Intenta descansar, nos vemos en unas horas.*

Estaba claro que esto le ayudaría a dormir. Sí, no tenía duda. Esperaba que algún día fuera capaz de apagar el móvil al irse a la cama. Virginia siempre le decía que con silenciarlo era suficiente, pero ¿qué podría silenciar su cabeza? Las veces que quitó el sonido lo

había mirado aún más, a la espera de que algún mensaje hubiera llegado y, al no oírlo, no lo hubiera podido leer. Al final, tanto divagar le daba mejor resultado que contar ovejas. Enumerar ideas absurdas le parecía ser lo mismo. Pero un momento: ¿cómo había conseguido el número de teléfono? Sí, lo habría dado la primera vez que fueron al hospital, pero ahora estaría en su casa, no en el hospital con toda la información a mano. ¿Acaso desde el principio lo grabó en su móvil? «Este Víctor... ¡¡Cuánta razón tenía!!». Como cabría esperar, entre pregunta y pregunta debió caer fulminada en brazos de Morfeo. Mejor él que Pedro o Mario, ¿no?

Abrió los ojos con los primeros rayos de sol. Otra vez a llamar a Recursos Humanos, dar explicaciones y escuchar comentarios políticamente correctos pero falsos, muy falsos. Se sentó sobre la cama, cogió el móvil —bonita rutina había adquirido— y vio cómo parpadeaba el icono del *WhatsApp*. Se volvió a tumbar —sin soltar el móvil, claro— y miró la pantalla sin abrir el mensaje, hasta que decidiera qué sería mejor, leerlo con al menos un café en el cuerpo o tumbada en la cama bajo las sábanas.

Ya había dado varios sorbos a su taza roja con lunares blancos cuando se decidió a mirar de reojo el móvil, casi con miedo. Lo cogió despacio y abrió el *WhatsApp*. Era Pedro. «Joder, joder, jodeeeeer», gritó sin importarle que la oyeran los vecinos, en un intento de soltar la tensión acumulada. «Espera, espera. Igual le ha pasado algo a Adrián, tengo que abrirlo cuanto antes». Pulsó donde se veía el nombre de Pedro junto a un estetoscopio, mientras su cabeza seguía con sus cavilaciones. Por no perder la costumbre, vamos. Pero se le ocurrió que así igual decidía si era mejor borrar la conversación antes de volver al hospital. La verdad es que, pusiera lo que pusiera en el

mensaje, nada explicaría que la avisara con un *WhatsApp* y no una llamada. Comenzó a leer:

*Buenos días, Claudia. Solo quería reiterar mis disculpas e informarte de que Adrián se despertó bien, animado y asintomático. Cuando llegues le daré la noticia y si te parece, podremos olvidar lo que pasó ayer entre nosotros, aunque todavía no haya sido capaz de quitármelo de la cabeza.*

No creo que haga falta que describa su cara ni lo que siente Claudia. De buena mañana eso no podía ser bueno. Al final, optó por coger todo el aire que pudo y pensar en... «¿qué leches más voy a pensar? ¿Hay algo diferente a todo lo pensado ya?». Dejó el móvil donde estaba y fue al baño a darse una ducha, a ver si así se aclaraban sus ideas, porque estaba claro que ella misma se enturbiaba más.

Tras llamar al trabajo, vestirse sin pensarlo en exceso, aunque pensarlo sí que lo pensó, pero su atención estaba ligeramente difusa, más centrada en otras cosas, reflexionó más en qué debía hacer o más bien en cómo debía hacerlo. Entró en el hospital a paso de tortuga, que ya era mucho, cuando sus piernas no tardaron en flaquear nada más cruzar la puerta.

—¡Claudia! —Oyó a lo lejos.

Se dio la vuelta y ahí estaba, más guapo de lo que recordaba —si es que en algún momento se había parado a observarlo con calma— y con una sonrisa de oreja a oreja. «¡Qué demonios! ¿Cómo leches no iba a pensarlo? Creo que es algo implícito en toda mujer de mi edad, y más con unas relaciones sexuales tan extrañas». Al momento vio un rostro conocido tras él, que se aproximaba sin apartar su mirada de ella: era Mario. «¿Pero qué leches he hecho yo para que dos tíos así se hayan fijado en mí? Y ahora Mario. ¿Qué demonios hace aquí?

¿Quiere rememorar cómo acabó la última vez que vino al hospital?». Chasquea la lengua contra el paladar, desconcertada, y, para no perder la costumbre, siente cómo vibra su móvil.

«Vuelve, Claudia, vuelve. Primero lo que tienes delante. El móvil puede esperar».

Llegan frente a ella a la vez, la saludan con un escueto «hola» y ambos se miran.

—Eres el médico de Adrián, ¿verdad?

—El mismo, y tú el amigo de Claudia que vino antes de darle el alta a Adrián, si no me falla la memoria. El del jardín.

Se estrechan la mano en lo que le parece la escena más surrealista que pudieran ver sus ojos, hasta le parecía que de los ojos de ambos de desprendían rayos láser para aniquilarse el uno al otro; pero igual solo era su imaginación, no os asustéis. Verlos allí le recordaba a dos de los momentos más embarazosos de su vida: la llamada de Pedro cuando estaba en el jardín con Mario y la supuesta cobra. «Pero oye, ¡qué buena memoria tienen ellos! ¿Qué son, tías? Deberían haberse olvidado el uno del otro nada más salir por la puerta. Demasiadas conexiones entrelazándose. *Danger. Danger. Danger*».

—Bueno, ¿pasamos? —preguntó Pedro mientras colocaba su mano en la espalda de Claudia, más a la altura de la cintura que de una zona neutral y sin peligro.

Allí estaban los tres, como si de una película de ciencia ficción se tratara. Esto sorprendería más a Adrián que la noticia que le esperaba.

Mario pasó por detrás de ambos y se colocó al otro lado. Con ella entre ambos todo parecía aún más aterrador, o cómico, aún no lo sabía muy bien. Cuando llegaron los tres al *box* de Adrián, ahí ya sí que le daban el Óscar a la mejor actriz. «Joder, a ver a quién le

cuentas algo así y se lo cree, no sin antes dudar muchísimo», reflexionó para sus adentros.

—¡Hola, mi vida! —Se abalanzó sobre él sin pensarlo y le abrazó, besó, acarició la cara, le... le todo.

En ese momento pudo dejar a un lado todo lo prescindible y se dio cuenta de que si Adrián no estaba en una habitación aún, era porque igual se planteaban darle el alta de nuevo, pero... «¿cómo puede ser? Lo que le dijo ayer Pedro (olvida el beso, olvida el beso, olvida el beso) era algo grave». Antes de que sus neuronas pudieran encontrar una respuesta lógica a su pregunta, algo más fuerte que ellas interrumpió sus divagaciones.

—Encantado, soy Mario. Trabajo con Claudia. —Se acercó y le tendió la mano a Adrián mientras su colonia se adentraba por las fosas nasales de Claudia y la sacudía lentamente.

—Bueno, a mí ya me conoces —añadió Pedro con una sonrisa sarcástica y divertida al mismo tiempo. Nadie mejor que ella creía saber cómo interpretarla.

Mira qué grupo más bien avenido, debía pensar Adrián. «De verdad que estas cosas solo me pasan a mí», seguía pensando Claudia mientras Pedro comenzaba a dar la *buena nueva* a Adrián. Él la miró con ojos incrédulos y vidriosos al escuchar *neuromielitis óptica*, y estrechó su mano con fuerza mientras Pedro continuaba, sin darle mucha importancia a su respuesta:

—Es más frecuente en mujeres que en hombres, pero tiene tratamiento y, en tu caso, dados los síntomas mostrados, no tiene por qué complicarse su evolución. Realizaremos una punción lumbar y comenzaremos un ciclo de corticoides por vía intravenosa.

—Pero si ahora mismo me encuentro bien. No tengo dolor, veo muy bien, con nitidez, puedo mover sin problemas piernas y brazos. No lo

entiendo...

—Cursa con brotes, aún debemos decidir si tendrás un tratamiento continuado o solo en las fases más agudas de la enfermedad. El resultado de la punción y el efecto de los corticoides nos darán la información que necesitamos. Os dejo para que podáis hablar, dentro de un rato vuelvo por si surgen más preguntas.

Claudia y él se miraron con disimulo y Pedro desapareció tras la cortina.

—Lo siento, Adrián. Desde luego no es el mejor momento para habernos conocido. Creo que es mejor que yo también me vaya y os deje solos —se despidió Mario.

«¿Pero entonces para qué leches ha venido?». Claudia intentó borrar ese pensamiento tan pronto como apareció y se centró casi al cien por cien en Adrián. Se sentó junto a su cama y aprehendió su mano. Sabía que lo intentaba con todas sus ganas, pero no pudo evitar que las lágrimas, despacio, recorrieran sus mejillas de chico vulnerable ante una noticia así.

Mario se acercó con sigilo y, tras poner una mano sobre su hombro, le dio un casto beso en la mejilla antes de marcharse.

Ya solos, Adrián comenzó a llorar desconsolado. Era un llanto atormentado, profundo y penetrante. Claudia creyó morir poco a poco con cada una de las lágrimas que escapaban de sus ojos en busca de consuelo; lágrimas que huían a la espera de que todo fuera solo una pesadilla. Intentó acercarse más a su lado, se inclinó sobre su pecho y él la abrazó con todas sus fuerzas.

«¿Cómo he podido comportarme como lo he hecho estos días, dejando a Adrián en un papel tan secundario? ¿De verdad me importa tanto el sexo? ¿Acaso lo necesito para sentirme deseable y mujer? ¿No soy capaz de sentirme así por mí misma?». Al mismo

tiempo que las preguntas se agolpaban en su cabeza, la hipotética imagen de su madre recriminándole su falta de pudor y respeto hacia Adrián provocó un dolor agudo, pesado y punzante. Sin articular palabra, entre más lágrimas y sus brazos, él se encontró asediado por una noticia que en, un segundo, había supuesto un antes y un después. Ella, por la misma razón, además intensificada por sus decisiones adolescentes e incomprensibles, junto con la educación que tan malos clichés le han dejado, no podía dejar de llorar una vez hubo comenzado.

Percibió a lo lejos de nuevo cómo vibraba su móvil y suspiró con disimulo. No pensaba separarse del pecho de Adrián. Sin saber por qué, en ese momento todos los sonidos procedentes de las innumerables máquinas en los diferentes *boxes* se hicieron más difusos. Oía las voces de enfermeras y familiares como si estuvieran a su lado y comenzó a sentir una angustia que le oprimía el pecho. Su respiración se agitó e hiperventiló hasta que todo se difuminó por completo a su alrededor. De manera rápida, sin darle tiempo a ser consciente de lo que pasaba.

## Capítulo 15

### ¿Lo que veo en el espejo es mi reflejo?

Parpadeó con dificultad hasta que consiguió, tras mucho esfuerzo, abrir los ojos. Una mirada familiar —desdibujada por no poder aún enfocarla— le transmitía calma. Estaba frente a ella, muy cerca, pero no era la de Adrián. Se esforzaba para encontrar la nitidez que le permitiera una visión clara, o al menos algo más de lo que podía enfocar. Al mismo tiempo intentaba, no sin dificultad, incorporarse de donde quiera que estuviera tumbada. No podía. Una mano sobre su hombro la frenó y la volvió a tender sobre la cama con delicadeza. Fijó la vista aún con más empeño: era Pedro. Sí, ya no le cabía duda. Miró a su alrededor; estaba en uno de los *boxes* del hospital. En uno de sus brazos, una vía introducía un líquido transparente y, antes de poder pronunciar palabra, Pedro le acarició la mejilla sin apartar su mirada de ella.

—¿Qué ha pasado? Recuerdo estar apoyada en el pecho de Adrián, todo empezó a ser difuso, los sonidos se hicieron más intensos aunque lejanos...

—Te desmayaste, Claudia. Tranquila, en nada volverás a estar bien, es normal después de toda la presión a la que has estado sometida. Lo siento por la parte que me toca, no creo que el beso de ayer ayudara a que estuvieras más tranquila. Creo que necesito explicarme, expresar todo lo que se me pasa por la cabeza desde que te conocí, y así intentar pasar página. Nada de esto puede seguir

adelante, si es que en algún momento hubo algo que pudiera ir a algún sitio.

—No hace falta. Apenas nos conocemos, Pedro, solo surgió una conexión, una chispa, una complicidad inesperada que la hace aún más bonita, explicada quizá por las circunstancias. Por mi parte debí bajar la guardia y no sé, simplemente pasó. No hay que darle más vueltas; solo fue eso, un beso. ¿Para qué intentar explicarlo? Las sensaciones llegan sin permiso, sin explicación, de ahí su importancia. Le podemos dar o no el valor que queremos. Para mí el recuerdo valdrá más que todo lo demás...

Claudia pensó en ese momento que igual las drogas también le estaban afectando de la misma manera que lo hicieron en Adrián.

—Quizá eso es lo que significó para ti, pero a mí nunca me había ocurrido, y menos aún con el familiar de un paciente. No dejo de darle vueltas a qué es lo que pasó y qué pasó desde anoche por mi cabeza para comportarme así, para morirme de ganas de darte un beso ahora mismo y revivir nuestro *momento* de ayer, una y otra vez, aun con Adrián solo a unas camas más allá.

—Entonces lo siento, lamento que te encuentres en esa tesitura. Mis problemas con Adrián han desembocado en todo esto y, como bien dices, sabemos que no puede ser. No podemos convertirnos en nada más de lo que somos, pero sí podemos recordar lo que sentimos, aunque fuera por un momento.

«¿Esto no es un *déjà vu*? Porque desde luego a mí me lo parece. Menos mal que no es Mario quien está junto a mí».

—¿Y qué es lo que somos? ¿Tiene nombre?

—Sí, conocidos que, en otro momento, quién sabe qué podrían haber sido. Ahora mismo puede llamarse una bonita e inesperada conexión. ¿Suficiente?

Pedro se levantó con todo el sigilo que pudo y dijo antes de desaparecer tras la cortina que cuando terminara la infusión que programó para un par de horas, vendría a darle el alta y así podría volver junto a Adrián.

En sus ojos creyó ver tristeza, pero ¿podía ser real? Claudia tenía claro, o al menos eso creía, qué era lo que no le permitía dormir, lo que no era capaz de quitarse de la cabeza, lo que faltaba en su vida para haber bajado tanto la guardia con él como con Mario, pero ¿cuál era de verdad su carencia? ¿Qué era lo que necesitaba él? Desconocía las razones de Pedro, pero de lo que sí estaba segura era de que prefería no pensarlo, relajarse y esperar a poder volver pronto junto a Adrián.

Tal y como había dicho, dos horas más tarde Pedro acudió con el informe de alta en las manos y la misma tristeza y decepción reflejada en sus ojos.

—Aquí tienes, Adrián parece más tranquilo tras el sedante que le hemos dado. No para de preguntar por ti, como es lógico.

Acerca la bolsa de plástico donde dejaron la ropa de Claudia, que ni siquiera recuerda cómo le quitaron. No esperó a que viniera una enfermera a retirar la vía, lo hizo él mismo, despacio, sin provocarle ningún dolor —al menos en el brazo—. La besó en la mejilla al mismo tiempo que ella se incorporaba sobre la cama, y le acarició suavemente el pelo antes de marcharse.

«¿Será una despedida para siempre? ¿Volveremos a vernos? Otra cosa en la que no es el mejor momento para pensar».

Se vistió y volvió lo más tranquila que pudo junto a Adrián.

La expresión de su cara cambió nada más verla y, de nuevo, sus ojos vidriosos le pusieron la piel de gallina. Esa vez, al menos, pudo sentir

cómo la alegría parecía invadirle al verla otra vez junto a él. Juntos. Él. Ella. Solos. Los dos. Nadie más.

—¿Qué vamos a hacer ahora, cariño? ¿Cómo vamos a poder enfrentarnos a esto sin ayuda, solos los dos?

—¿Solos? —preguntó Claudia con tono comprensivo—. A lo mejor entre tanto trajín no te diste cuenta, pero tenemos mucha gente alrededor que nos ha tendido su mano y brindado toda la ayuda que podía.

—¿De verdad? —contestó con otra pregunta, desconcertado.

—Víctor estuvo a mi lado en la sala de espera. Cada vez que el doctor Abarca me daba noticias nuevas no se separaba de mí. Ya conociste a mi compañero Mario. —Al escuchar su nombre no puede evitar fruncir el ceño—. Así que no estamos solos, aunque a veces creamos que sí, mi vida.

Un profundo e intenso dolor volvió a oprimir su pecho y dejó a un lado la alegría. Su corazón se hacía más pequeño al sentir el pinchazo del recuerdo de Mario, el beso con Pedro, la vida que compartía con Adrián antes de que todo esto pasara. El todo se había hecho tan grande y ella tan pequeña...

—¿Qué ocurre? Pareces haber visto un fantasma.

—Es por recordar estos días, que me han parecido años. Tranquilo, saldremos adelante como siempre hemos hecho.

Pedro aparece tras la cortina y, de manera automática, Claudia se incorpora y se separa de Adrián.

—Solo quería decirles que enseguida vendrá una enfermera para comenzar con el primer bolo de corticoides.

Se va con la misma parsimonia con la que llegó y, sin decir nada, Claudia fue tras él.

—Pedro, espera.

Lo alcanzó y prefirió pararse antes de mostrar a todo el personal y pacientes de Urgencias una escena sentimental que les pudiera hacer ver lo que él se negaba a entender.

—Deberías estar con él mientras dura el ciclo de corticoides. Puede hacerse muy largo y pesado.

Su gesto no dejó lugar a dudas; su mecanismo de defensa estaba de nuevo en marcha.

—No, por favor, no hagas eso.

—¿Hacer el qué, Claudia? —contestó con una pregunta cargada de reproche—. Si me disculpas, tengo pacientes que atender.

—No, lo siento. No te disculpo. No pienso dejar que te vayas sin que hablemos.

«Yo y mi manía de hablar, hablar y hablar».

Lo agarró de la muñeca con fuerza, casi haciéndose daño en la yema de los dedos, sin dejar de mirarlo. La desesperación era quien actuaba antes de poder filtrar si era o no lo más correcto.

—Doctor Abarca, esto es para el *box* cinco, ¿verdad? —interrumpió una enfermera, tan perfecta que parecía salida de *Anatomía de Grey*.

—Sí, Lorena. Claudia te acompaña, es la mujer del paciente —le respondió junto a una sonrisa impecable, cuyo significado no llegó a entender.

—¿Me acompaña? —preguntó ella sonriente.

A Pedro le costó soltarse más de lo que esperaba de su mano, pero aun así, lo consiguió hacer con un gesto sutil, sin llamar la atención ni siquiera de la enfermera.

De camino al *box*, Claudia no dejó ni un segundo de mirar de reojo a Lorena —había conseguido escuchar, sin saber en qué momento, su nombre— y, para no perder la costumbre, sus palabras con Pedro y la actitud que la acompañaron no dejaban de retumbar en su cabeza.

«Será perra». Igual que cuando conoció a Virginia, la misma sensación. Deseaba que ojalá algún día todas esas impresiones o falsas apariencias pasaran de largo y fuera capaz de no darles importancia. O al menos tanta.

Mientras ella hacía su trabajo, Claudia continuaba sin quitarle el ojo de encima y darle aún más vueltas. «Seguro que Pedro también tiene la misma opinión que yo. Con otras palabras, claro». Además, ella no la imaginaba frente al espejo, pinza en mano hacia un pelo sobre su precioso y delicado mentón.

«Vuelve, Claudia, vuelve».

—Ya está. He programado un goteo lento, así tu cuerpo lo asimilará mejor —comenta a Adrián mirándolo a los ojos. Les sonrió a ambos y desapareció tras la cortina.

—¿En qué piensas? —preguntó Adrián con los ojos puestos en ella.

—¿A qué te refieres?

—Te conozco. Mientras la mirabas, algo se masticaba en esa cabecita tuya.

—¡Qué va! Creo que es esta medicación, te hace desvariar —respondió con una sonrisa burlona, que esperaba que le convenciera, mientras señalaba el bolo.

—Ya —respondió, apartando la mirada por no querer discutir. La conocía bien y seguro que prefería no saber la respuesta a su pregunta, y menos en esos momentos. Aun así, no pudo expresar lo que pasaba de verdad por su cabeza—. Por cierto, menos mal que es mi médico y no tengo de qué preocuparme, pero te comía con los ojos. A mí desde luego no me mira así.

Su expresión no era de enfado, quizá porque en el fondo creía que era un pensamiento demasiado enrevesado y ¡menos mal! No podría imaginar que Claudia llevara unos días dentro de una película de

ciencia ficción. A lo mejor Virginia, el día que la pusiera al día, pensaba que esa temática no era la más adecuada y que se asemejaba más a un drama romántico, pero drama al fin y al cabo por su manera de sentirlo.

—Bueno, cariño. Tienes que reconocer que aun con estas ojeras tengo mi punto. —Y le sonrió de manera divertida, para quitarle hierro al asunto y poder cambiar de tema sin dar pie a la sospecha.

# Capítulo 16

## Cuestión de vida o muerte

El agua se deslizaba por su cuerpo despacio, tibia, como todos esos pensamientos que no sabía en qué momento había conseguido dejar apartados, o al menos, alejados. A una distancia menos dañina. Igual los abandonó tras ella en el hospital, cuando cruzó la puerta de salida camino a casa. Adrián se había quedado dormido como un bebé tras su primer bolo y el sedante. Volver a casa e intentar descansar era la mejor opción. No vio a Pedro y tampoco se planteó buscarle. Comportarse como una niña de quince años no era lo que más le apetecía en ese momento, demasiado tenía con esa que vivía a sus anchas en su cabeza. Dejarlo a él también atrás quizá era lo más inteligente mientras pudiera. Cuando llegó a casa, la decisión de ir directa a la ducha había sido la más acertada, pues consiguió espantar toda esa tensión que la envolvía, tanto por fuera como por dentro. Al salir, abrazó la toalla y observó su reflejo en el espejo. Hacía tanto que no se paraba a pensar en sí misma que hasta creía ver a una extraña.

¿De verdad le habían cambiado tanto esos días? ¿Habría un antes y un después de todo eso? Desde luego, con una enfermedad como libro de cabecera en la mesita de noche, las cosas se verían alteradas, pero ¿y ella? ¿Podría aceptarlo? ¿Sería la misma, lo sería su autoestima? Podía sonar egoísta, pero todos habían estado pendientes de Adrián. Ella también reclamaba su derecho de ser persona, de respirar, de vivir. ¿Tan egoísta parecía su intención?

¿Cómo podría cuidarlo a él si ni siquiera sabía cómo se encontraba ella?

Tenía —más bien se lo debía— la necesidad de ser sincera. Querer a Adrián quizá no fuera suficiente, porque no tenía ninguna duda de que lo hacía incluso más allá de lo que creía; lo que había descubierto era que la única obligación real y necesaria era quererse a mí misma. ¡Vaya obviedad!, pensaréis, pero sintió llevar toda una vida en la sombra. ¡Vale, sí! Tampoco era tan mayor como para pensar en toda una vida, pero de verdad que se lo parecía. Nunca había rebatido comentarios con los que no estaba de acuerdo, esos que solo alimentaban su inseguridad y dejaban que su autoestima muriera desnutrida en algún rincón del colegio o incluso de la universidad; porque sí, a la universidad también se llevó esa falta de necesidad por expresar su opinión, tan escondida dentro de ella, luchar contra lo que pensaba que era injusto y mantener la creencia de que no merecía destino mejor del que parecía tener frente a sí misma. Por si os preguntáis cuál creía que era ese destino, os lo explicaré: solo se creía la amiga morena, simpática, esa a la que acercarse para llegar a la rubia despampanante que está a su lado, y así intentar conseguir el polvo con el que fardar al día siguiente. ¡¡Halaaaaaaa!! ¡¡Exageradaaaaaaaa!! Sí, os oigo y escucho, pero la inseguridad puede llevar a límites insospechados, y sus propios pensamientos lo sabían, lo habían vivido en primera persona. Los empujones de sus neuronas al chocar unas con otras provocaban —si es que no lo seguían haciendo aún— unas sinapsis defectuosas que le hicieron llegar a ese punto tan autodestructivo. Aun ahora, en la treintena ya avanzada, más de una manera mental que física. Tenía dudas sin un criterio que las hiciera entendibles. Hasta su reflejo en el espejo parecía asentir y estar de acuerdo con sus pensamientos.

Hizo acopio de todas las fuerzas que encontró cerca y pensó — aunque sonara egoísta de nuevo— en las reacciones que había provocado en Mario y Pedro. ¿Y si hubiera despertado las mismas sensaciones en otros hombres y no se había dado cuenta? Nunca se paró a pensarlo, así que igual pasaron inadvertidas, alejadas de un codazo por esa realidad que no se cuestionaba ni planteaba, pero ¿acaso ahora era la primera vez que lo veía como una posibilidad factible de verdad?

Horas más tarde, tras el reconfortante y práctico momento a solas en el baño, tumbada sobre el colchón, un sonido lejano la despertó. No era molesto, más bien repetitivo e incómodo. «¿Qué demonios suena? ¡¡Joder!! No para, qué pesadilla». Intentó con todas sus fuerzas abrir los ojos y estirarse. Estaba sobre su ya tan mencionada sábana. Parece que no tenía otra, pero creedme que sí, y no solo eso, también las cambiaba. Se dio cuenta de lo bien que se estaba. Lo reconfortante del silencio, hasta de la soledad. Se revolvió como una niña pequeña. Se dio la vuelta. Remoloneó todo lo que creyó poder y desafió al móvil, que no paraba de vibrar y sonar sobre la mesita, en un intento de no hacerle caso. No quería volver a la realidad. ¿A dónde fue Morfeo? ¿Por qué la abandonó a su suerte? Suspiraba mientras intentaba pensar en quién podía ser. Le gustaba hacer apuestas consigo misma, ¿qué más daba si con quien perdía era contra su cabeza? ¡¡Total!! Ella ya estaba acostumbrada a ganarle. A ver. Podía ser Pedro, Mario o Virginia —esta opción, si era sincera, era la que menos le atraía—, o Pedro, Mario... Y vuelta a empezar. ¡¡Vale, ya está!! Ganaba Pedro, por goleada, ni más ni menos. Tras la última vez que hablaron en el *box*, antes del primer bolo a Adrián —sí, fue hace menos de un día, pero podría ser él—, se quedaron en un

punto... La verdad era que no sabía cómo explicarlo ni qué punto era ese. Punto aparte, seguido, final o quizá muchos suspensivos. Prefirió obviar que Lorena —la maravillosa y perfecta enfermera— estaba la última vez que habló con él. Pulsó sobre el *WhatsApp* y allí estaba: ¡¡Virginia!!! «Oh, qué agradable sorpresa», pensó mientras fruncía el ceño.

Sí, sí, debería alegrarse. ¿No se preguntaba hacía unas horas si la última semana la habría cambiado? Pues su cabeza pretendía demostrarle que nada lo había hecho. Era la misma, con sus inseguridades en el mismo punto de siempre. Antes de seguir con la fusta en su espalda o leer el mensaje, optó por lo segundo, sin apartar demasiado el utensilio de tortura:

*¡¡Eh, desaparecida!! ¿Qué pasa contigo? Lo sé, lo sé, Adrián. Pero si tú no te cuidas, no podrás cuidarlo a él. Si vienes a la oficina, cuando salgamos nos tomamos una caña. Hace sol y te vendrá bien para tener algo de color cuando vuelvas al hospital.*

No le apetecía nada, pero nada, nada, ir a trabajar, aunque tampoco podía quedarse en casa hasta que decidieran qué hacer con la situación de Adrián. Igual pasaban semanas antes de que les dijeran cuál sería el siguiente paso, cómo afrontar la enfermedad o si él podría seguir trabajando, mantener o no su vida de siempre o hasta qué punto. Esos pensamientos le provocaban unas náuseas de terror ante un futuro demasiado ambiguo, incierto, gris y complicado. Sin pensarlo dos veces, decidió contestarle:

*Tienes razón, me ducho y voy para allá.*

Cuando entró por la puerta, se dio cuenta de que de nuevo volvía a llegar antes de la hora; normal, vista su trayectoria de los últimos

días. La normalidad le había abandonado en algún punto desconocido del camino. Igual eso era con toda seguridad lo que había cambiado desde la semana pasada: la normalidad desaparecida y el abono en nómina de lo estipulado por cumplir con la puntualidad.

Se había quedado más tranquila durante el trayecto en autobús, tras hablar con Adrián. Llegó bien al hospital desde casa. Su vena protectora lo invitó al taxi por no decirle que le daba pánico que fuera solo en metro. Estaba ya en una planta específica para tratamientos ambulatorios y parecía tranquilo durante su conversación. Mientras esperaba el café que llevaría a Virginia a modo de disculpa, Mario apareció tras la esquina del enjuto pasillo que llevaba a las máquinas de comida y bebida. Todo sano, muy, muy sano, ya os podréis imaginar.

—¡Ey, qué sorpresa! No pensaba que vinieras mientras Adrián estuviera hospitalizado. ¿Le dieron el alta ya? Bueno, antes de contestarme dame un abrazo, anda.

Extendió los brazos y Claudia no pudo rehusar. Se acercó despacio, se paró justo frente a ella, a escasos centímetros de su boca, y susurró:

—Estamos bien, ¿verdad? —preguntó en voz baja sin apartar la vista de sus ojos.

Mario abrazó su cintura y la estrechó fuerte contra su cuerpo. Pudo percibir su respiración en el cuello antes de escuchar junto a su oído:

—Tú y yo ya no volveremos a estar mal nunca, morena.

No se separan y, como era de esperar, el tiempo pareció detenerse en torno a ellos.

—¡Huy, mira! Los tortolitos. Al menos ya habéis arreglado las cosas. ¡Venga, petarda! Dame un abrazo a mí también. Se te ha echado

mucho de menos, pero no te me subas a la parra.

Le costó horrores separarse de Mario, pero las manos de Virginia, haciéndose hueco entre ambos, ayudó a que lo hiciera.

Permanecieron de pie los tres mientras Claudia les contaba la llamada de esa misma mañana con Adrián. La calma que le transmitió. Al despedirse y encaminarse detrás de Virginia a su sitio, no pudo evitar girar la cabeza, buscando la mirada de Mario. Ahí estaba, no se había movido de donde estaba con la esperanza de que ella se volviera a mirarlo, o quizá a la espera de que volviera a por el café, que pasó a ser algo secundario y estaba en la repisa de la máquina.

—¡¡¡Vierneeeeeeees!!! —gritó Virginia según se le acercaba por detrás—. Deja lo que sea que tengas entre manos. Unas tapas y unas cuantas cañas te harán llegar como nueva a casa.

—¿Mario no viene? —preguntó Claudia como quien no quiere la cosa, con cara de cordero degollado a medio morir y mirada perdida.

—Mira, bonita —dijo con las manos en alto a modo de reprimenda, con un tono tan intenso en sus palabras que parecía que se avecinaba bronca de la buena, de esas de madre—. Tú y yo necesitamos ponernos al día sin testosterona de por medio. Con la tuya, que ha aumentado peligrosamente, rodeada de tanto hombre estos días, creo que ya es suficiente.

No es que le faltara razón, pero le apetecía compartir tiempo con Mario y comprobar que de verdad entre ellos todo estaba bien y nada había cambiado, como hubiera sido lo más normal dadas las circunstancias.

# Capítulo 17

## De vuelta... ¿a la realidad?

Virginia tenía razón. «¡Otro punto para ella en su dichosa lista de cualidades perfectas!». Cruzó la puerta del hospital, con una sonrisa de oreja a oreja y la cabeza muy lejos de allí tras las horas de desconexión. «¡Cómo empiezo a querer a mi petarda favorita!».

Tan absorta estaba en sus pensamientos que no se dio cuenta de que Pedro se aproximaba a ella, mientras seguía divagando con las fantásticas horas que habían pasado Virginia y ella.

Él no dejaba de mirarla durante el corto pasillo que recorría el uno hacia el otro. Él consciente, ella no tanto.

—Hola, Claudia. Creo que deberíamos hablar, no me gustó cómo terminó nuestra última conversación. ¿Vamos a la cafetería antes de que subas a ver a Adrián?

Asintió nerviosa y se encaminaron a la abarrotada cafetería de la primera planta, sin cruzar palabra. Se sentaron uno frente al otro y Claudia se mantuvo en silencio, a la espera de que fuera él quien comenzara a hablar.

—Lo siento, pero me da la impresión de que cada vez que hablo contigo debo comenzar con una disculpa, y eso no debería ser así.

—Ya, te entiendo, pero ¿cómo debería ser? Pensaba que ya lo habíamos dejado todo claro. Ni disculpas ni más explicaciones.

Buen intento, pero no coló. En los ojos de Claudia se podían ver las ganas de hablarlo bien alto, sin ninguna Lorena pululando alrededor con pijama de *Anatomía de Grey*.

—Lo hemos hecho, sí, pero creo que yo aún tengo cosas que decir. Además, creo que la fuerza de tus dedos, casi incrustados en mi muñeca el otro día, me da la razón.

La miró de una manera tan intensa y penetrante que un cosquilleo consiguió recorrerla de pies a cabeza, sin poder disimularlo.

—Muy bien, dispara. —En ese momento, un breve pitido escapó, procedente de su móvil: era un *WhatsApp* de Adrián. Mira la pantalla el tiempo suficiente para ver el principio del mensaje: *Estoy deseando verte...*, antes de que Pedro colocara su mano sobre la de ella, e intentó no pensar y solo zanjar el tema—. Perdona, dime. —Alzó los ojos y volvió a mirarlo.

—Claudia, esto no tiene explicación. No hay lógica alguna en la que sustentarlo, pero es real y no sé si podré soportarlo, así que solo quería decirte que Adrián pasará a tener otro médico.

—¿Perdonaaaaaaaaa? —gruñó en el tono más apropiado que encontró dentro de la exasperación que estaba a punto de explotar en ella, proclamando aquella cafetería como zona de guerra—. ¿Me lo dices en serio? ¡Qué curioso! Los médicos podéis elegir qué paciente tratar o no en función de lo que os apetece. Muy profesional todo, sí.

«¡Al cuerno con lo considerado como apropiado, políticamente correcto o educado! ¿De verdad va a dejarnos tirados así, sin más, por un sentimiento al que ni siquiera sabe poner nombre? Pensaba que los médicos eran valientes y no se dejaban llevar por sus emociones. ¿No hay un juramento o algo así? Sí, hombre, ese que mencionan en todas las series de la televisión. ¡Bah, da igual, esto es real! Ninguna serie me sacará de esta sin heridas de guerra difíciles de cicatrizar».

No pudo permanecer sentada frente a él más tiempo. Se puso en pie y se marchó todo lo digna que pudo, aunque dentro de ella no dejara de buscar una explicación lógica. Creíble. Una lo menos

dolorosa posible y que su raciocinio pudiera entender. ¡Como si algo de lo ocurrido en la última semana tuviera algún sentido! Entró en el primer baño que encontró para echarse un poco de agua en la cara e intentar calmarse antes de llegar junto a Adrián. De nuevo, volvió a ver ese reflejo en el espejo en el que no se veía reflejada, ni siquiera identificada.

Subió a la segunda planta, donde estaba Adrián. Cuando entró por la puerta de su habitación, pues había mantenido su dignidad lo suficiente como para preguntar en cuál estaba a la chica de información y no recurrir a Pedro, el gesto al verla alejó todos sus fantasmas. Se dio cuenta de que eso era lo que necesitaba y no tanto drama sin explicación. No entendía por qué, pero aún había gente que creía en las tragedias de amor desdichado y desgarrador de siglos pasados, hasta el punto de querer revivirlas en sus carnes cuando todo podía ser más fácil. Podéis reiros, pero «dame pan y llámame tonto».

Ella quería amar. Solo eso. Un propósito fácil que creía merecer. Una relación en la que se complementaran ambos con los únicos dramas que trajera la vida. No quería todos los que provocaba la gente sin razón lógica, solo por buscar no sabía muy bien el qué. Quizá era una vía de escape, cada uno tendría su razón. Por su parte, ella había decidido plantarse. No los necesitaba, para eso ya estaban las películas. Se acercó a él con sigilo y se abalanzó sobre su pecho como si no hubiera un mañana, o al menos que este no tuviera tanta importancia como ella pensaba. ¿Quién sabía si lo habría? De ser así, ¿sabrían como sería? Lo abrazó fuerte, como si el mundo fueran solo él y ella. Ellos. Esa habitación. Nada más allá.

Solo ellos. Ellos y nada más que ellos.

—Si hubiera sabido que esto era lo que me esperaba, te habría obligado a venir antes, nena —le susurró al oído, provocando que se estremeciera.

—Te quiero, te quiero, te quiero tanto. Siento haber llegado tan tarde, siento haberme separado de este hospital, de ti. No deberías haberte quedado solo ni un segundo. Siento tantas cosas que no debería. Te mereces a la mejor novia posible, y no sé si puedo estar a la altura.

Ese día todo era diferente. No se trataba de una gran habitación con algunos asientos para las diversas medicaciones. Solo estaba él y podían hacerse todos los arreglos que quisieran, hasta que llegara una enfermera y frunciera el ceño.

Compartieron un beso largo, húmedo e intenso en el que sus lenguas no dejaban de saborearse con vehemencia y anhelo, hasta el *interrumpus* de la enfermera. Se ruborizaron, pero algo en su interior los llevaba a volver a ser ellos, a querer recuperar el tiempo perdido. Claudia se acurrucó más sobre él y sintió cómo algo intentaba llamar su atención bajo la sábana.

—Lo siento, moreno, pero tendrás que esperar a llegar a casa para cerciorarte de que sigue funcionando igual de bien que antes; así que ya puedes ponerte bueno pronto con estos bolos, porque estarlo ya lo estás un rato. Esto solo es ambulatorio, ya llegará nuestro momento. Y te adelanto, por si tenías alguna duda, que entre estas cuatro paredes nuestra amiguita solo calentará banquillo. —Y lo miró con una sonrisa tan provocadora que hasta sus propios muslos se contrajeron.

En ese momento, se abrió la puerta y Pedro entró con firmeza, fijando su mirada en Adrián, como si Claudia no estuviera allí, antes de comenzar a hablar:

—Tengo buenas noticias, Adrián. En cuanto acabe mi turno, tu médico será el doctor González. Siento que el cambio llegue en este momento en el que aún estás asimilando la noticia. Tras los dos bolos que te hemos administrado, y a falta del de mañana, pareces evolucionar bien y no hay nada que indique que eso pueda cambiar. Estarás muy a gusto con el doctor González, es un gran profesional. Más a gusto aún te encontrarás en casa, desconectado de todos estos aparatos y batas blancas por un tiempo que espero sea lo más prolongado posible. En cuanto llegues hoy a casa, no podrás creértelo: uno más mañana y listo. —Sonrió sin dejar de mirarlo.

—¿Esto es algo habitual? —preguntó ella con tono de resentimiento mientras podía ver el gesto de confusión en la cara de Adrián—. Me refiero, ¿ese doctor tiene más experiencia que tú, perdón, que usted, en lo que le ocurre a Adrián?

—Claudia —dijo Adrián estrechando su muñeca—. El doctor no tiene que dar explicaciones. Muchísimas gracias por cómo me ha tratado desde que llegué aquí, doctor, por cómo nos ha tratado a ambos —concluyó, sin esperar a oír nada más mientras la miraba de soslayo.

—Ha sido un placer poder hacerlo, todos aprendemos de situaciones así, con cada paciente y con sus familiares.

Sin hacer amago de contestarle y ni tan siquiera mirarla, desapareció tras cerrar la puerta.

—Deberías ir a disculparte, Claudia. Has sido muy brusca. ¿Tutearle? ¿Poner en duda su experiencia? Espero que todo eso no sea por algo que le dijeras cuando todo era un caos. Eres demasiado visceral, siempre te lo he dicho.

Empujada por sus palabras, dejó claro que corrigió su comportamiento tras tutearle. Se dio cuenta solita sin necesidad de

que nadie se lo dijera, sin que su niña interior volviera a exaltarse. Aun así, le pareció buen momento para salir tras él, por segunda vez en dos días.

«¿No se supone que era él quien sufría por tener los *sentimientos* más fuertes?».

No tuvo que llegar muy lejos, estaba apoyado en la cristalera del pasillo hablando por el móvil, y una sonrisa en su cara que la sorprendió. ¿Era de ilusión? Se acercó despacio —que no des-pa-ci-to— después de coger todo el aire que pudo inhalar, mientras contaba en esa ocasión hasta diez.

—Perdona, Pedro, lo siento. Solo quería decirte que mi comentario ha estado fuera de lugar.

Se separó del cristal con calma, y con una expresión de tranquilidad, colocó de manera sutil y muy suave su mano sobre el hombro de Claudia. Se despidió de quien quiera que fuera con quien estuviera hablando y le preguntó, quizá de manera retórica, en un tono dulce y sosegado:

—¿Acaso no ha estado todo fuera de lugar en estos últimos días? Igual no tengo por qué contártelo, pero hace tiempo que una chica maravillosa quiere conocerme mejor, y creo que ya ha llegado el momento de darle una oportunidad.

—Ah, fantástico. Me alegro mucho por ti.

Miró en otra dirección y no esperó a escuchar más.

«¿Me ha dolido más de lo que debería? ¿Por qué demonios me siento así?». Seguía dándole las mismas vueltas que siempre, las preguntas que alguien debía haber puesto en el *microchip* insertado en su interior al nacer. No tenía duda; si tuviera dinero, buscaría un médico que pudiera encontrarlo.

Le sonaba convincente, excepto por la prisa que se dio en alejarse de allí. El orgullo dañado que sentía la niña pequeña escondida en su cabeza ayudó a que sus piernas flaquearan y casi perdiera el equilibrio, pero de nuevo la fuerza de la dignidad dañada consiguió mantenerla en pie y que prosiguiera su camino. Quizá la necesidad recién asumida o descubierta en estos días de tener que gustar a todos no había desaparecido del todo, solo disminuido hasta un punto llevadero. En su rostro, aunque Pedro ya no pudiera apreciarlo, se dibujaba un gesto de resignación, que se transformó en anhelo al cruzar la puerta de la habitación y ver a Adrián con esa mirada sincera y llena de ilusión tan típica en él, fueran las que fueran las circunstancias.

Tumbados en la cama —sí, mientras se llevara ropa encima, cualquier gesto de cariño estaba bien visto—, enredados con sus manos entrelazadas, Claudia oye cómo suena el teléfono dentro del bolso, olvidado sobre el suelo a los pies de la cama. Semanas atrás, este mendigaba porque alguien le hiciera caso y pudiera sentir cómo un mensaje, un *tuit* o cualquier muestra de atención que significara que había alguien que pensaba en ella, fuera real. Pero en ese momento solo pensaba en estar junto a Adrián, entre sus brazos, acogida y protegida por su mirada; en que ese momento se convirtiera en una constante para el resto de sus vidas. Lo cogió para zanjar el asunto cuanto antes, y quien quiera que fuera el que no dejaba de mandar un mensaje tras otro se dio cuenta de que no estaba disponible. Así podría volver a su burbuja, la de ambos.

Era un *WhatsApp* de Virginia, de los típicos en ella. Uno detrás de otro, incapaz de simplificar en uno lo que quería decir:

*¡Ay, ay, ay, nenaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa! ¡¡¡Te necesito!!! Es cuestión de vida o muerte, de verdad.*

*Te lo juro, en serio. No pienses que no es tan grave, que síiiiiii. ¡No es como el cuento ese del lobo!*

No puede evitar reírse al imaginar lo histérica que estaría mientras tecleaba las letras a la velocidad de la luz, con esos perfectos deditos suyos y su manicura francesa siempre estupenda.

# Capítulo 18

## Seguro que podrás ayudarte

Deslizó la tarjeta por el reloj del ministerio y ¡¡sorpresa!! De nuevo puntual. Antes siquiera de poder darse la vuelta y dirigirse a su ventanilla, una mano estrechó su codo y la arrastró detrás de la columna, junto a la puerta, fuera del alcance de todos los ojos cotillas que entraban en la oficina con prisa por fichar. Pero no, la curiosidad les hizo aminorar el paso al verlas en situación *sospechosa*. La vieja del visillo llegó a la ciudad mucho antes de lo que todos creían.

—Eh, ¡¡feliz lunes a ti también!! Fue un fin de semana en el que Adrián y yo pudimos vivir al límite, con bolos por aquí y por allá. Él está bien, por cierto —pronunció con tono de reproche, al que añadió el guiñarle un ojo para que no se sintiera del todo culpable.

«¿Qué leches pasaba para ese ímpetu antes de nuestro primer café?».

—Hoy es el día, Claudia. HOY ES EL DÍA —contestó, haciendo oídos sordos al reproche de Claudia, separando todo lo que pudo cada sílaba, enfatizando cada una de ellas—. ¡¡¡Vas a conocer a mi ligueeeee!!! Sé que te reíste de mi *WhatsApp* del viernes. Ya sé, ya, al final no fue cosa de vida o muerte si estoy aquí delante de ti, pero ¡hoy no podrás negarte a unas cañas con él! Estoy deseando presentártelo, no te imagi...

Claudia oía cómo hablaba, veía sus labios moverse e incluso sus manos, que no paraban quietas, pero no podía escucharla; ese don de hacerle desconectar cuando la información estaba envuelta de paja y

se convertía en prescindible. Estaba convencida de que podría vender humo en el desierto, pero Claudia seguía con el objetivo de priorizar; demasiadas experiencias en poco tiempo. Debía aprender a saber qué descartar y qué tener en cuenta. En eso también le ayudaba su *Virgi*.

Tras conseguir que fuera a su cubículo después de tomar un café, se sentó tras su ventanilla, con el móvil junto al teclado. Sonaría como no había dejado de hacerlo esos días, excepto el fin de semana en el hospital de manera ambulatoria, con los bolos de corticoides. A excepción de los mensajes de Virginia, todos los demás parecían haberse puesto de acuerdo para darle espacio. Pero la verdad es que le daba igual. Centrarse en Adrián era su nuevo primer pensamiento de la mañana. Bueno, se alternaba con darse unos minutos a sí misma, aunque fueran cinco.

Solo pensaba en no cruzarse en ningún momento con Pedro, y fue el doctor González quien acudió con el informe de alta *definitiva* el domingo, sin darle la oportunidad de despedirse como Dios manda. Decían que «es de bien nacido ser agradecido», ¿no?

Nada más silenciar el teléfono y activar la vibración, este se deslizó por la mesa y estuvo a punto de caerse al suelo tras un par de movimientos. Tenía toda la pinta de que fueran dos mensajes. No pudo evitar leerlos: Adrián estaba solo en casa y, a pesar de no ser una llamada, y por lo tanto nada urgente, pensó que igual necesitaba decirle algo importante, así que le echó un ojo disimulado:

*Ya te echo de menos, siento que no lo hiciéramos anoche ni esta mañana, pero mi cuerpo aún lleva ritmo hospitalario. ;P*

Sí, era algo importante. Le encantaban esos mensajes de Adrián que terminaban con signos de «expresión»; indicaban que todo iba bien, o al menos que la normalidad estaba más cerca. La verdad era que, por primera vez en mucho tiempo, no le daba ninguna

importancia al sexo. Ya lo recordaba más como el chiste de Coca-Cola; sí, ese de primero normal, luego *light* y ahora *zero*. Excepto esos días entre ingreso e ingreso, la verdad era que así podía definirse su vida, como un chiste, en algunos casos de muy mal gusto.

La noche anterior habían leído todo lo que el doctor *Google* les mostró acerca de la enfermedad, y ahora no podía evitar quedarse pensativa frente a la pantalla del móvil. Tendrían que acostumbrarse a un seguimiento médico constante, a observar con más atención cualquier posible síntoma y vivir —que no sobrevivir— con esas cosas que se consideraban como *normales* cuando se hablaba de una enfermedad rara. Cogió todo el aire que pudo y decidió que era mejor no pensar. Ya se solucionarían las cosas según surgieran. O al menos se tomarían medidas cuando lo hicieran, nada de ponerse la tiritita antes de la herida.

—¡¡Vamos, vamos, vamooooooooooooos!! ¿¡Qué leches haces aún ahí sentada!?

—Sí, sí, ya voy —respondió a Virginia sin darse la vuelta hacia ella. Ese tono de voz era inconfundible y, más aún, cuando creía estar enamorada.

—De camino al irlandés te pongo al día. Pero vámonos ya, por favor. Ya en la calle, caminan agarradas del brazo mientras Virginia hablaba, hablaba, hablaba y convertía sus palabras en un *speech* sin pausa. Claudia prefirió no interrumpir, sabía que si lo hacía volvería a empezar otra vez desde el principio.

—Creía que era uno de esos imposibles, nena, en serio, de esos que juegan en otra liga y que nada tienen que ver conmigo. Guapo, ojos verdes en los que querer perderte sin ganas de encontrar el camino de vuelta a casa, unas manos preciosas, ya sabes que me encanta

fijarme en ellas, un culito para comérselo entero y que ojalá pueda hacerlo ya... —suspiró mientras se encogía de hombros, y consiguió hacer que disminuyera la velocidad de sus palabras antes de continuar—: Sabes, y no te ofendas, que aunque estés tú delante lo haría si pudiera. —Y la miró con esa cara de querer convencerla, de que no exageraba ni un poquito y que de verdad lo haría sin ni siquiera ruborizarse ni pensarlo. Claudia prefirió no decir nada y dejar que siguiera—. Llevaba detrás de él como un mes después de que una amiga nos presentara. Él no parecía mostrar ningún interés, mi amiga me decía que creía que había otra intentando robarme el protagonismo, pero es tan perfecto que hasta mendigar no me pareció tan mala idea; y sabes que nunca lo hago. Si ellos no quieren, son ellos los que se lo pierden. Fíjate bien lo que digo. ¡¡Yo mendigando, nena!! Y, de repente, el viernes me mandó un *WhatsApp*. Mira, te lo enseño.

Dejó de hablar mientras metía la mano en el bolso para rebuscar en su *maxibolso* el móvil.

«¿Aún está en pie esa cena...?», leyó Virginia en silencio. Sabía que antes de poder articular palabra lo haría ella.

—¡¡¡¡Con puntos suspensivos, nena!!!! ¡¡¡¡Suspensivoooooooooos!!! ¡¡¿Sabes lo que eso significa??!! Eso en mi pueblo es una manera muy clara, aunque sutil, de plantearse noche de sexo sin parar. Sí, ya sé, no debería haberle respondido enseguida, pero puesto que tú no acudiste a mi llamada de auxilio...

Se frenó en seco, algo se maquinaba en su cabeza y no quería pensar que pudiera ser real. Rehusaba que así fuera.

—¡Ay, nena, ¿ahora qué pasa? Vaya expresión tienes en la cara, parece haber visto un fantasma. Vamos, que ya estará allí, no sabes lo puntual que es. *Ains*, tan perfecto mi ligue...

Por suerte, Virginia estaba demasiado ensimismada en su historia para reparar en la posible razón por la que Claudia se había parado, aunque ahora que lo pensaba tampoco le había dado tiempo ni a contárselo. «¿Y si...? Bah, qué tontería, no puede ser. Prefiero no darle más vueltas y poner cara de buena amiga, sonreír y continuar de camino al irlandés».

—Mira, mira, allí está. —Le agarró con tanta fuerza el brazo que hasta la asustó—. ¡Te lo dije! Ahora quedaremos fatal y es culpa tuya. Tú disimula y pon cara de llegar agobiadas; si dice algo, dile que es culpa tuya. Pero la verdad es que, pensándolo bien, no es de esos. No querrá hacernos sentir mal ni incómodas.

Sus ojos siguieron fijos en el movimiento de sus pies sobre el suelo, hasta que se pararon frente a unos pies vestidos con unos zapatos familiares. Tanto, que sus piernas comenzaron a flaquear.

«Los fabrican en serie, Claudia, los fabrican en serie, habrá mil más como estos». No lo pensaba por pensar, era una realidad, pero aun así temía alzar la vista.

—¿Qué demonios te pasa, Claudia? —Oyó preguntar a Virginia en unos tonos más altos de lo normal—. Perdónala, está de un rarito... Debe de ser que es lunes y no nos dejaron salir del trabajo a nuestra hora —sentenció, antes de comenzar a reírse de la manera más forzada con la que nunca antes la había oído hacerlo.

Subió la vista del suelo e imaginó que su reacción, más habitual de lo normal, era por intentar haberle presentado a ese culito tan deseable y no haber respondido como ella esperaba. No entendía cómo no se caía muerta ahí mismo.

—Pedro, esta es Claudia, la amiga de la que te hablé. Claudia, este es Pedro. ¿Y a que no sabes qué? Seguro que podrá ayudarte con la

enfermedad de Adrián, es médico. ¿En qué hospital me dijiste que trabajabas?

Seguro que lo preguntaba para hacerse la interesante, pero Claudia era incapaz de no pensar en otra cosa, perdida en esos ojos que la devolvían a su momento, el de aquella noche, ese que parecía ya de otra vida, en su coche, con su aroma, su mirada tan expresiva. Aquel beso inesperado. «Aquel segundo que se convirtió en un fugaz *nosotros*; fugaz, pero un *nosotros* al fin y al cabo. ¿Cuántos de nosotros puede contar la gente a lo largo de su vida con la que compartió un momento así? ¿Tan malo es? Dios, parece que fue en un mundo paralelo, en un sueño. ¿De verdad fue real?».

# **Parte III**

## **La conclusión**

— Ahora mismo la situación es esperanzadora, Adrián. Los estudios con terapia celular están dando muy buenos resultados. Consiguen mejorar los potenciales evocados, que tan importantes son para la neuritis óptica. El trabajo multidisciplinar que realizamos en esta asociación os ayuda a evitar los posibles trastornos tras la adaptación, que pueden aparecer durante el transcurso de la enfermedad o en las diferentes etapas en las que puedes encontrarte. Tranquilo, estás en buenas manos, podremos ayudarte en cualquier circunstancia a la que tengas que enfrentarte: psicólogos, fisioterapeutas, logopedas, terapeutas ocupacionales...

Adrián y Claudia se mantenían en silencio. Ninguno de los dos sabía qué decir, qué preguntar o cómo reaccionar ante toda la información que les había llegado desde que el alta fue un hecho y se vieron en el sofá de casa, en silencio, con sus manos entrelazadas y la frase del doctor González en la cabeza: «Tened un papel cerca y cada duda que os pueda surgir cuando estéis en casa, apuntadla. No tendré ningún problema en contestar en dos semanas, cuando volvamos a vernos».

Habían llegado a casa apenas hacía media hora. El silencio se apoderó no solo de ellos, sino de toda la casa. De cada habitación en la que habían entrado. De cada esquina. De cada pared, cada rincón olvidado por la mopa, cada suspiro, cada *todo*. Claudia no dejaba de preguntarse si podría ayudarlo tanto como, sin duda, necesitaría. Si podría comprender lo que ella ni podría imaginar. Si podrían tener

hijos. Ni siquiera habían hablado de ese tema en los dieciocho meses que llevaban juntos, y la edad avanzaba sin poder evitarlo. ¿Necesitarían una rutina de vida diferente, no solo él, sino ambos, la familia que formaban como pareja? ¿Unos hábitos que fueran imprescindibles para el buen transcurso de la enfermedad? ¿Qué no deberían hacer bajo ningún caso? ¿De verdad todo no era tan grave? Desde luego, no había papel suficientemente grande para apuntar todo lo que se le pasaba por la cabeza, pero ¿y a él? ¿Qué pasaba por esa silenciosa cabeza, escondida en el misterioso? Quizá ese misterio solo se desarrollaba en la suya, esa en la que no dejaban de encontrarse neuronas perdidas y asustadas frente a lo desconocido.

—Cariño, ¿en qué piensas? —preguntó mientras se giraba hacia él.

Sentado en el sofá, aún con la cazadora puesta, parecía tan vulnerable...

—Son tantas cosas, Claudia, que ni siquiera soy capaz de asimilarlas, y menos aún de decirlas en voz alta. Mi cabeza va a la velocidad de la luz, como el *Enterprise* que quise comprarme por mi cumpleaños. —Y sonríe con tristeza mientras le agarraba la mano, sin alzar la vista.

Esa manía tan de ellos por querer quitarle hierro a todo. Claudia cada vez dudaba más de la viabilidad de esa vía de escape, esa que muchas veces escondía tanto sus sentimientos que creía olvidarlos, incluso perderlos, hasta que volvían a aparecer cuando menos falta hacía.

—Mi vida. —Claudia se giró sobre el sofá y se inclinó hacia él para estar más cerca, antes de continuar—: Creo que es mejor que anotemos lo que consideremos más importante, y lo demás mejor abordarlo sobre la marcha. Tenemos un número de teléfono con gente especializada detrás a la que poder llamar en cuanto ocurra

algo. Pienso que es mejor no agobiarse por ahora e intentar mantener la calma. Sé que es fácil decirlo, pero de verdad creo que es lo mejor. Yo no me alejaré de ti en ningún momento.

Adrián la miró con ternura, al mismo tiempo que posó su mano en el muslo de Claudia. La expresión de su cara transmitía más que cualquier palabra que pudiera expresar, pero aun así lo hizo:

—Soy muy afortunado de tenerte a mi lado, cariño. Soy consciente de que, en ocasiones, puede parecer que se me olvida, pero lo sé. Créeme que lo sé.

Abrazó el cuello de Claudia con sus manos y la besó. Un beso dulce, cariñoso, de aquellos con sabor a comienzos ya olvidados, con sabor a ellos. Siempre ellos. Un sabor que no era fugaz, no como el de una noche en un coche. Era un sabor a una vida juntos, un para siempre que, en ese momento, más que nunca, no dudaba de su fortaleza.

No pudo evitar que una punzada de culpabilidad la recorriera, acordándose de Mario, de Pedro y de su supuesta fortaleza. Por suerte, el último estaba controlado. Se portó muy bien tras aquellas cañas en las que Virginia y él le contaron que estaban muy ilusionados con un futuro prometedor juntos, con muchas posibilidades. Aunque lento, tras las decepcionantes relaciones anteriores de ambos. Pero ¿quién no llevaba auestas un pasado? ¿Quién no llevaba a rastras unos fantasmas que hacían pensarlo todo más de una vez, dos, tres o incluso más? La verdad era que no le guardaba rencor. Tampoco tendría razón para hacerlo. Pensaba que era una buena persona cuyo camino no se cruzó con el suyo en el momento adecuado. Solo eso. Y con Mario creía que el tiempo lo pondría todo en su sitio y la intensidad disminuiría. Podrían ser amigos, con un recuerdo intenso que muchos otros nunca llegarían a

compartir con nadie. Eran afortunados de haberse conocido, y su propósito sería el comportarse como adultos. Pero esta vez de verdad, sin necesidad de leer entre líneas, suponer o imaginar lo que puede o no puede ser. Amigos. En su definición más real y ajustada a la realidad.

Pero ¿podría? ¿Podrían? Claudia no tenía duda de que sus objetivos, sus metas más próximas, eran estar donde sabía que debía. En ese planteamiento no cabía un «podré», solo un «lo haré». Estaba convencida de que, antes o después, cada ficha caería en su lugar y que se darían todos cuenta de que los recuerdos eran solo eso, recuerdos. Recuerdos de una vida que pasó. Un momento que dejó huella. Unas preocupaciones que, al recordarlas, solo provocaban una sonrisa sin dolor alguno.

La verdad es que sobre el papel solo se dispone de una vida, al menos que se pueda recordar; una oportunidad, que desconocemos si se repetirá, para poder impregnarnos, empaparnos y digerir todo lo que nos ofrece cada uno de nuestros momentos; unos segundos en una vida más o menos larga. ¿Acaso debemos guiarnos por los clichés que hayamos podido creer importantes, aquellos que nos hayan intentado inculcar como las únicas opciones posibles?

No, creo —y cada día más— que no, que nuestra vida es precisamente eso, nuestra. ¿Y la vuestra?

Las expectativas son solo eso, la esperanza de que nuestros sueños se hagan posibles, de que nuestros anhelos se conviertan en una realidad tangible, y nadie excepto nosotros debemos saber cómo administrar y hasta dónde estamos dispuestos a llegar por ellas. No estoy en contra, solo reticente en la manera en que se nos presentan como obligaciones y no como el placer de soñar. No todos somos

capaces de afrontar el resultado de cada una de nuestras expectativas si al final no se convierten en realidad.

Debemos —porque no solo tenemos la obligación— ser felices al margen del número de expectativas, su relativa importancia y su objetivo final. Si todos los caminos llevan a Roma, para conseguir llegar a ser felices habrá más formas que las que nos inculcan los manidos clichés, ¿no? Por muy diferentes que sean unas de otras o descabelladas que puedan parecer.

# Epílogo

## Porque nunca es tarde

¿Pensabais que después de la Conclusión no habría un Epílogo? Pues lo hay, vaya si lo hay. Al menos siempre debería haberlo, o al menos esta vez, que depende de mí, lo hay.

Un epílogo, un desarrollo con sus batallas, porque aun si nos han hecho creer que la vida lleva un tiempo lineal, las líneas hay que continuarlas, interrumpirlas o incluso dejarlas suspendidas en el tiempo para que no queden atrapadas en solo un recuerdo o momento de nuestra vida. Hay un comienzo, del que prácticamente no tomamos parte porque nadie nos pregunta y ni siquiera sabríamos cómo hacer nada. Hay un suceso, que lo pone todo del revés, junto con nuestra forma de afrontar la vida, que puede cambiar por completo con cada paso. Y hay una conclusión, esa de la que a veces podemos formar parte; y otras, nos llega sin poder tomar partido en ella.

Habían pasado diez años y, aunque en ocasiones no parecía que hubiera transcurrido el tiempo, en otras, y me refiero a cuando lo veo desde otra perspectiva, claro, todo se encontraba muy lejos de donde habíamos imaginado aquel día en el que decidimos romper con todos los lazos conocidos para estar juntos, abandonar a nuestras parejas, enfrentarnos a nuestras familias y comenzar una vida juntos. La esperanza de que fuera una vida plena, completa, nos dio el pequeño empujón que necesitábamos y pudiéramos deshacernos, en la

medida de lo posible, de los vestigios de lo aprendido, de una vida *bien* a una sin posibilidad alguna de adjetivo que la definiera.

Habíamos cambiado de casa, continuaba siendo un apartamento muy coqueto —eso era básico, ya me conocéis—, pero céntrico, mejor comunicado y muy cerca del hospital. No es más grande que el que dejamos atrás, no sin pena, pero sí lo necesario para nosotros, y así conseguir comprar una pequeña casita en las afueras; esa en la que perdernos cuando parece que los problemas nos encuentran y se acomodan en cada rincón sin problema alguno.

Adrián no parece haber cambiado mucho físicamente. Estamos tumbados en el sofá frente al televisor, bajo la manta nórdica, y no puedo evitar mirarlo con el rabillo del ojo para que no se dé cuenta y piense que algo me pasa. Su barba de tres días me encanta. Si hablamos en plata, me pone, y mucho. Me inspira madurez, un cambio asumido y creo que asimilado.

Si pudiera hacerme un *selfie* para que me vierais, lo haría. Yo tampoco creo haber cambiado mucho, incluso mis ojeras parecen haber disminuido, aunque quizá eso tiene algo que ver con nuestro cambio de dieta, pero dejemos eso para otro momento más adecuado. Si lo que os preguntáis es si somos felices: sí, lo somos. Mucho. Nuestra vida es tranquila, alejada de lo que habíamos esperado en un principio. De lo que anhelábamos con dieciocho años. No penséis que ya nos conocíamos en aquella época y hagáis un Shonda Rhimes de *flashbaks* y giros inesperados, que ya hemos tenido suficientes. Solo nos hemos adaptado a un cambio de vida que no habíamos esperado. Hemos aprendido a disfrutar de los pequeños detalles, de esos de los que tanto se habla en las frases hechas e inspiradoras. Nuestra rutina se basa en ser felices, sin mirar más allá del mañana ni echar mucho la vista atrás, solo lo suficiente. O para

tomar impulso, como dicen. ¿Hacer planes y cambios es complicado? Por supuesto, pero seguimos luchando para compartirlos juntos, de la mano o en el hospital, pero juntos. No tenemos hijos, ni siquiera mascotas. Nos tenemos el uno al otro. Él y yo. Juntos. Sin mirar atrás. Siempre.

Por mi parte, continúo en el ministerio. Creo que conseguí dejar atrás mi fusta. Esos «vuelve, Claudia, vuelve», parecen ser un vestigio del pasado, que ahora son ya más un recuerdo que una realidad. Adrián tuvo que cambiar de trabajo por eso de pasar tantas horas frente al ordenador, y ahora está de cara al público. Me encanta llamarlo «solucionador de problemas». Él no lo creía —y aún dudo de que lo crea de verdad, de verdad de la buena, de esa que no plantea dudas—, pero tiene don de gentes y sabe gestionar bien los problemas que le llegan cada día de la mano de sus clientes.

¡Vaya! Tanto mirarlo para contaros nuestro punto y seguido, que me ha pillado. Me sonrío curioso, le devuelvo la sonrisa y lo beso. Nuestra intimidad también ha cambiado, también se ha adaptado a nuestras circunstancias; esas que son más importantes que el hecho en sí y te permiten ver la cantidad de posibilidades que hay y antes no veíamos posibles en la intimidad. Una palabra que engloba mucho más que la palabra sexo. Es significado en sí misma: INTIMIDAD.

Estoy abrazada a él. Si pudierais vernos, nuestra sonrisa os diría todo lo que querríais saber y no he sido capaz de transmitirlo con palabras. Se resume en algo muy simple: somos felices. Estar juntos a pesar de los tropiezos, los cambios y la salud. Todo eso nos ha hecho más fuertes. Solo os deseo una relación con pilares tan fuertes como los nuestros, porque cuando todo parece imposible, difícil,

desmoronarse e inverosímil, fuera de toda comprensión, tal vez un quizá baste.

# Agradecimientos

Qué manido empezar siempre por la primera persona que se te viene a la cabeza, pero mi pareja, mi Víctor, lo pasó casi peor que yo con mi diagnóstico. Muchas de estas experiencias de vida, las escribí pensando en cómo debía sentirse él al ver cómo yo era la que no dejaba de entrar y salir del hospital por un brote catastrófico de esclerosis múltiple. Sí, la familia estaba ahí, pero solo lo que me transmitía Víctor llegaba de verdad donde más hacía falta. Esas miradas, esas sonrisas, ese cosquilleo en mi interior que me animaba a seguir adelante.

A su amigo Víctor, a Alejandro, que siempre estaba disponible cuando la familia oprimía, y, por supuesto, a todos mis amigos 3.0, que en la distancia sabían cómo estar cerca.

A Daniel Benavides, que demostró que el fútbol puede resultar un catalizador de sensaciones fuertes y profundas, sinceras, de esas inesperadas que no se olvidan y te hacen descubrir otra persona en tu interior.

A mi tío Manuel, que siempre está ahí como *taxista* al hospital o al centro de salud de la acera de enfrente si hace falta. Aunque suene a chiste, así es.

A mi grupo de fatigas con Jose y *Chity*, que nadie como ellos para encajar en esta nueva etapa de mi vida, once años después de que empezara. Y a Miguel, mi compi esclerótico, que siempre intenta quitar hierro al asunto sacándome de mis casillas, consiguiendo renacer a mi yo más guerrero.

# Índice

[Introducción 7](#)

**[Parte I: El suceso 9](#)**

**[Parte II: La batalla 15](#)**

[Capítulo 1: Poco a poco 17](#)

[Capítulo 2: Más flashbacks 31](#)

[Capítulo 3: Realidad en carne y hueso 45](#)

[Capítulo 4: Danger, danger, dangeeeeer 67](#)

[Capítulo 5: Ni danger ni boquerones en vinagre 73](#)

[Capítulo 6: Montaña rusa sin Biodramina 85](#)

[Capítulo 7: En la salud y... ¿en la enfermedad? 95](#)

[Capítulo 8: La abstracta lógica de las conexiones 111](#)

[Capítulo 9: Necesidades olvidadas 119](#)

[Capítulo 10: Asaltos inesperados 129](#)

[Capítulo 11: Y ocurre... ¿por qué razón? 139](#)

[Capítulo 12: ¿Por qué cuesta tanto? 149](#)

[Capítulo 13: ¿Cómo encontrarse si no sabes dónde te has perdido? 163](#)

[Capítulo 14: Al límite de la consciencia 175](#)

[Capítulo 15: ¿Lo que veo en el espejo es mi reflejo? 183](#)

[Capítulo 16: Cuestión de vida o muerte 191](#)

[Capítulo 17: De vuelta... ¿a la realidad? 199](#)

[Capítulo 18: Seguro que podrás ayudarte 207](#)

### **Parte III: La conclusión 213**

Epílogo: Porque nunca es tarde 221

Agradecimientos 225